ESTHER DÍAZ

FILÓSOFA PUNK

Una memoria

Ariel

Díaz, Esther
Filósofa punk / Esther Díaz. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Ariel, 2019.
288 p. ; 21 x 14 cm.

ISBN 978-987-3804-88-5

1. Feminismo. I. Título.
CDD 305.4201

1ª edición: marzo de 2019

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446 de la República Argentina.

© 2019, Esther Araceli Díaz

Todos los derechos reservados

© 2019, de la presente edición:
Editorial Paidós SAICF
Publicado bajo su sello ARIEL®
Av. Independencia 1682, C1100ABQ, C.A.B.A.
difusion@areapaidos.com.ar
www.paidosargentina.com.ar

Diseño de cubierta: Departamento de Arte de Grupo Editorial Planeta SA.I.C.

ISBN 978-987-3804-88-5
2.500 ejemplares
Impreso en Master Graf,
Moreno 4794, Munro, Provincia de Buenos Aires,
en el mes de enero de 2019

Hecho el depósito que previene la Ley 11.723
Impreso en la Argentina – Printed in Argentina

ÍNDICE

Prólogo. Hablar en nombre propio y poner el cuerpo 9

Capítulo 1. Despertares 17
Nueva vida 17
A la intemperie 34
Autoerotismo 45

Capítulo 2. Abusos 51
Frente al piano 51
Ese oscuro objeto de deseo 67
Los violadores 70

Capítulo 3. Más allá de las prohibiciones 89
Estudiar 89
Espantos 107

Capítulo 4. Amores 127
Eros mujer 127
Eros varón 147

Capítulo 5. Sexualidades 161
Los goces y sus sombras 161
Irreverencia 192

Capítulo 6. Violencias 201
Violación 201
Violencias públicas 210
Violencia doméstica 219

Capítulo 7. Hijos 229
Hijos de la carne 229
Profesores y alumnos 264

Capítulo 8. El devenir es largo 271
Ciega 271
Protagonista 278

PRÓLOGO
HABLAR EN NOMBRE PROPIO Y PONER EL CUERPO

Desde que nací, la Argentina fue castigada por cinco golpes de Estado cívico-militares y dos gobiernos neoliberales, sin contar los derrumbes económicos ni las connivencias religiosas que actúan desde las sombras o desde el más desenfadado cinismo. Esas heridas políticas salpican este texto, tanto lo dicho como lo no dicho, que quizás sea lo más relevante.

Fracasos familiares y logros profesionales atraviesan estas páginas, así como celos, promiscuidades y drogas. Es recurrente también la interrogación sobre mi amor perenne por el estudio en general y por la filosofía en particular. Expongo algunos de mis encontronazos con la violencia machista y con la violencia institucional, con las miserias policiales y las indiferencias médicas. Reflexiono sobre el inconveniente de ser mujer en una cultura paternalista y el esfuerzo por devenir mujer a pesar de todo. Hay más sexo que amor porque eso es lo que hubo en mi vida. Asumo y denuncio discriminaciones, abusos, violencias,

injusticias cometidas y sufridas; en fin, como en una linterna mágica, voy proyectando fragmentos de mi vida y destaco los que consideré cruciales, los que produjeron intensidades: dolor, alegría, placer, asco.

Abro mi memoria, muestro mis vísceras y —por extraño designio de lo no pensado— digo bastante y sin eufemismos de modo directo y sintético. Pero hay mucho que queda fuera de campo, al menos por ahora: viajes por el mundo —de estudio, de placer, de trabajo— siempre en soledad, y cantidad de libros publicados y reeditados. Tampoco revelé el desierto que crece cuando se entra en la vejez ni muchas situaciones y anécdotas trágicas o divertidas. No sé por qué se resistieron a ser contadas y ahora, que el libro está terminado, vagabundean por mi mente al tuntún. Otro tanto ocurre con la hilera de años no rescatados acá y que, al igual que varios libros de mi biblioteca, quizás ya no vuelvan a ser sacados del olvido.

Derrida denomina *contranombre* al combate que se libra entre dos nombres: el propio y el que corresponde a la máscara con la que nos presentamos ante los demás. Se hereda un nombre y se deviene otro. La grafía puede coincidir, pero el origen y el significado son diferentes. Siendo muy pequeña me inventé un contranombre que en nada coincidía con el mío pero con cuya sonoridad me identificaba.

¡Qué linda nena! ¿Cómo te llamás?, solía decirme la gente. *Poroto Garbanzo*, contestaba yo, orgullosa de la

armonía de mi contranombre. En ese tiempo no sabía escribir. ¿Por qué entonces a esa forma inventada la pongo con mayúscula? Recuerdo que sentía que me otorgaba pertenencia y exclusividad. ¿Quién le va a poner Poroto Garbanzo a un hijo? Es curioso que no pensara en el significado de esos sustantivos comunes. Me seducía el sonido de esa dupla para escándalo de mi familia y sorpresa de los extraños, que largaban una carcajada o quedaban desconcertados. *Tenés que decir Esther Araceli Díaz*, repetía mi mamá, enojada. Pero yo perseveré hasta que me retó tanto que me sometí, aunque a medias. Para darle el gusto —contra mi propio gusto— comencé a decir *Esther Araceli Díaz Poroto Garbanzo*.

Nunca encontré una explicación plausible que justificara esa filiación. Tuve otros dos contranombres, pero menos originales. En la época en la que me casé, las mujeres usaban el apellido de sus maridos. Yo me negué a ser *de* alguien y mi modo de resistir fue seguir usando el de soltera. Luego comencé a estudiar filosofía y me fui de Ituzaingó. Me emancipé de esa aldea del conurbano y de las garras del matrimonio, aunque me hice cargo de mis hijos. Volví a sentir la necesidad de nominarme diferente. *Araceli* significa *altar del cielo*; tampoco quise esa filiación y soy Esther Díaz a secas. Hablo desde esa identidad nómade. Tiendo a ser cada vez más minimalista, a despojarme de moralinas. Apuesto a una ética estética: hacer de la propia

vida una obra de arte y considerar ético lo que produce alegría sin provocar tristeza a los demás, sin códigos preestablecidos y con flexibilidad para enfrentar la vida y sus conflictos.

En esta memoria trato de expresarme con la libertad de la que soy capaz y que quiero preservar. Estoy al tanto de los riesgos. Miles de años reprimiendo los apetitos corporales han hecho estragos en la aceptación de las emociones. Se las expulsa. La postura del poder académico es taxativa y conservadora: hay que erradicar las pasiones de los discursos *serios*. Si es una mujer quien expone su cuerpo y sus pulsiones, el estrago es mucho mayor, y ni hablar si además es vieja.

Sé que una memoria no es más real que un ensayo filosófico. Ambos son literatura. Pero en el ensayo se acostumbra a hablar en nombre de otros, de los que inventaron conceptos. Los grandes creadores hablan también en nombre de otra, de la filosofía en este caso. Salvo contadas excepciones, como Agustín de Hipona, Kierkegaard o Nietzsche, que hacen filosofía en primera persona, es una constante filosófica y científica suprimir el nombre propio. No el del autor del texto, sino el del doble que somos cuando escribimos: el ser humano concreto. Los discursos filosóficos hegemónicos no se *contaminan* con la carne, la transpiración, el semen, la menstruación, la saliva, la mierda, las lágrimas. Esa parte de la identidad de los autores

se esconde. Una autobiografía, en cambio, habilita a explorar recintos secretos de una misma y a hacerlos públicos. Utilizo un decir franco sin medir las consecuencias. Enuncio lo que considero verdadero y expongo mi época y mi cuerpo con sus anhelos y sus miserias. Además, soy breve.

Ahora bien, ¿por qué hablo? Tal vez porque los espectros me pesaban demasiado y no podía seguir sosteniéndolos sola, necesitaba compartirlos. También porque considero que mis vivencias pueden tener resonancia en otros seres. Si se produce la comunicación, algo se transforma. Hacer público lo íntimo, si bien tiene sus imprecisos peligros, alivia cargas. Lo privado también es político. Es lícito y a veces necesario exponerlo. Es un aliciente y puede ayudar a otras personas.

El ejercicio de la escritura —que está destinado al de la lectura— ayuda a que, desde el nombre heredado, se pueda coincidir con el construido. Identificarse con las propias máscaras siendo consciente de que son simulacros enciende resplandores de libertad. Emancipa frente a las presuntas verdades absolutas, las esencias y los universalismos, y nos revela múltiples perspectivas para ver y vivir. Con esa luz pretendo iluminar esta memoria que, de a ratos, se torna sombría aunque también tiene sus momentos de humor porque la vida es así: trágica y cómica al mismo tiempo.

Si se dice todo —lo sublime y lo espantoso—, por fuerza aparecerán contradicciones. No estoy exenta de ellas y las asumo. No somos simples ni lineales. Estamos hechos de laberintos, juegos de espejos, rizomas, coexistencia de valores contrapuestos en una subjetividad, en una relación, en una disposición histórica. ¿Se abarca con fidelidad la historia de vida en una memoria? Buñuel, en la suya, lo contesta con palabras que hago mías:

> En este libro semibiográfico, en el que de vez en cuando me extravío como en una novela picaresca, dejándome arrastrar por el encanto irresistible del relato inesperado, tal vez subsista, a pesar de mi vigilancia, algún que otro falso recuerdo. Lo repito, esto no tiene mayor importancia. Mis errores y mis dudas forman parte de mí tanto como mis certidumbres. [...] el retrato que presento es el mío, con mis convicciones, mis vacilaciones, mis reiteraciones y mis lagunas, con mis verdades y mis mentiras, en una palabra: mi memoria.

También juego con la materia de la que estamos hechos, el tiempo, que aquí se presenta por capas. Si bien no sigo un orden cronológico estricto, los acontecimientos se van articulando de manera entendible. He aquí el accionar de la memoria, para la cual los saltos en el tiempo son moneda corriente. El pasado se fragmenta desde diferentes perspectivas, se entreteje con el presente y con futuros posibles.

Así en la vida como en el libro. Surgen trozos temporales como elementos tomados digitalmente desde un paneo multidireccional o las polifacéticas entradas de un hipertexto o un grupo de personas que se acomoda para una *selfie* colectiva donde, aunque hay diversidades, la cámara las captura como una unidad significante.

¿Por qué se escribe sobre la propia vida? Quizás quienes no creemos que haya algo después de la muerte tenemos la esperanza de conservarla porque nos resistimos a dejar este mundo para siempre. Apostamos así a una incierta trascendencia en la inmanencia. Algo de mí y de mi época queda en estas páginas y, si estás siguiendo este relato, sobrevivirá a través de tus ojos, tu pensamiento, tus recuerdos. Seguirás luego tu camino, lectora, lector, gracias por acompañarme en el mío.

CAPÍTULO 1
DESPERTARES

Nueva vida

El acontecimiento, lo que marca un antes y un después, es cuando dejo de ser mujer y comienzo a convertirme en cerdo. Es invierno, amanece, llego temprano a la sede de Paseo Colón. Todavía no hay alumnos. El bedel de guardia me entrega un sobre a mi nombre. Entre los ventiluces mal cerrados se cuela música de una casa vecina. La letra apenas se escucha, pero conozco el tango.

> Voy camino a los 50, punto y coma de la vida.
> Sin pensar, sin darme cuenta: cerca del punto final [...]
> Me da bronca cuando pienso que ya está, que esto fue todo,
> y que sigo estando solo por mi modo de pensar.

Subo la escalera, baja la música. Pero queda sobrevolando el fantasma de esa edad. Siempre pensé que los cincuenta eran el comienzo de la muerte.

Levemente perturbada, abro distraída el sobre que me acaban de entregar. Pomposa invitación a la

celebración de los cincuenta años de una biblioteca. Me fijo en la fecha: 1939, el año de mi nacimiento. ¡Y estamos en 1989!¿Entonces estoy por cumplir 50? ¡Pero si tengo 48! ¿No? ¿Cómo? ¿Nunca tuve 49? Es como si el tiempo se burlara de mí. Frente al escritorio destartalado miro desolada los pupitres sin vida, los vidrios sucios, los puntitos de polvo flotando entre los primeros rayos de la mañana, y recuerdo.

Una luz cenital cae impiadosa. Desde bambalinas, la hermana Inocencia me da un empujoncito y me manda al frente. Me acomodo sobre mis pies descalzos y miro enceguecida al público. Cuando se van delineando las siluetas, trago saliva y comienzo: *¡Qué miedo me causa esta soledad! ¿Qué dirán mis padres de mi ausencia? ¿Y si me vieran?* Y no recuerdo más. Con esas palabras comenzaba una representación para las monjas mercedarias en el Sofía Bunge de Ituzaingó.

Rulos, ojos bien abiertos y camisón de muselina verde. Tengo 2 años y medio. Estoy en el proscenio. Debo recitar un versito, recostarme junto a un árbol de papel maché y hacerme la dormida. Entrarían hadas envueltas con tules que, desde el vértice de sus bonetes, caerían en cascada multicolor. Bailarían, cantarían. Llevarían canastitas con ramilletes de anémonas, lavanda y tomillo.

Pero eso no ocurrirá si yo no recito mi versito dándoles pie a las hadas. El cono de luz me impide distinguir a quiénes me estoy enfrentando. Aunque poco

a poco comienza a revelarse. Por primera vez estoy sola en un escenario frente a un público silencioso y numeroso. Repetición y diferencia a través de mi existencia. Levanto un dedo admonitorio y digo resuelta: *¡Escuchad con atención el cuento que voy a contar! ¡Ay, no, me equivoqué!* La carcajada colectiva se proyecta como una tromba. Deseo huir, pero me quedo así, con el índice en el aire. Desconcertada, atrapada, sin refugio. Ese instante es mi eternidad existencial y retorna cada vez que me siento humillada.

Hoy, cuarenta y tantos años después de aquella representación, descubro, en esta aula de la Universidad de Buenos Aires (UBA), que no sabía mi edad. Mejor dicho, que me faltan días para cumplir esos años que negaba. Confieso que he mentido, aunque no era consciente de mi falsedad. Siento vergüenza como en el Sofía Bunge. Pero lo peor no es haber descubierto mi autoengaño, sino devenir cerdo.

Perros, ratas y una enormidad de gatos merodeaban por el lugar, porque allí los feriantes del mercadito, que forma esquina, vuelcan los desperdicios. Como la curiosidad es más fuerte que el miedo, los amigos avanzaron unos metros. Oyeron, primero en conjunto y luego distintamente, injurias, golpes, ayes, ruidos de hierros y chapas, el jadeo de una respiración. De la penumbra surgían a la claridad blancuzca, saltarines y ululantes muchachones armados de palos y hierros, que descargaban un castigo frenético sobre un bulto yacente en

medio de los tachos y montones de basura. Alguien entrevió caras furiosas, notablemente jóvenes, como enajenadas por el alcohol de la arrogancia. Otro dijo por lo bajo: "El bulto ese es el diarero don Manuel". Se podía ver que el pobre viejo estaba de rodillas, el tronco inclinado hacia adelante, protegida con las manos ensangrentadas la cabeza destrozada que todavía procuraban introducir en un tacho de residuos.

Don Manuel era un cerdo, alguien que ya había traspasado los 50. Eso lo convertía inexorablemente en víctima de los jóvenes, como si fuera una ley de la naturaleza aplicada a la cultura. Salen a cazar viejos. A hostigarlos hasta matarlos. A sus 53 años, Bioy Casares escribió *Diario de la guerra del cerdo.*

Esa mañana embarazada de ausencias, sonsonetes y ritornelos, punto y coma de la vida, fue una bisagra. No sospechaba entonces que veintiocho años más tarde de que aquel bedel me entregara un sobre en 1989 y más de setenta y cinco años después de la función en el convento en 1941, evocaría todo eso hoy, en 2018.

Cuando estaba por cumplir 50 tenía un amigo muy amigo: Mario, perfil de águila, colorado, compendio de delicadezas y maldades; el espejo en el que me reflejaba. Éramos inseparables. Cada uno poseía copia de las llaves de la casa del otro. Él había formado pareja hacía pocos meses y yo me había puesto de novia con Roberto, veintiséis años menor. Mario y yo teníamos fantasías orgiásticas. Planeábamos hacer fiestas

donde ocurriera de todo. La compulsión sexual nos asediaba. Hacía un año que Menem había asumido como presidente. La marea neoliberal comenzaba a inundar el país, pero nosotros todavía no habíamos tomado conciencia. O éramos inconscientes. Estábamos hambrientos de experiencias inéditas. No aceptábamos que un día fuese igual al otro. Necesitábamos vértigo. Cazadores solitarios en la selva salvaje de la vida.

Era la jefa de Mario, pero en la cotidianeidad nos manejábamos como pares. Producíamos, competíamos, estudiábamos, trabajábamos, nos estimulábamos y amábamos a los muchachos. Aquella mañana de la invitación y el aula vacía Mario no estaba. En apariencia, no había nada que pudiera cachondearme. Sin embargo, acicateada por la verdad que acababa de descubrir, recuerdo que se me despertó el deseo. Otra vez la compulsión. Quería cogerme a todos los hombres. No solo a los que me gustaban: a todos. Quería tomarme todas las drogas. No solo las pocas que conocía, también las que me faltaba conocer. Y por sobre todas las cosas quería hacer un *ménage à trois, ménage à quatre, ménage à* todo.

Decidimos organizar una pequeña reunión en casa de Mario para concretar esas fantasías. Seríamos dos mujeres y dos varones. A ellos no les dijimos nada. Simplemente los invitamos a comer. ¿Qué llevamos? Nada, con ustedes es suficiente. Ahora me doy

cuenta de que esperábamos una especie de milagro, pero tomamos ciertos recaudos: les pedimos a nuestros respectivos novios que no estuviesen presentes.

Cenamos con vino tinto. Tomamos *whisky* importado, consumimos cocaína; también había marihuana. Después de comer bajamos las luces, pusimos música, salimos al balcón, bailamos. "Il y à de l'ambiance."

A eso de las tres de la mañana, apareció la pareja de Mario y nos cortó el mambo. Entró agresivo, no con todos, sino conmigo. Satirizaba mi relación con Roberto. Me refregaba la diferencia de edad con una crueldad que me dejaba sin aliento. Ignoro cuánto tiempo duró el asedio. Los invitados —psicoanalistas— se mantuvieron impertérritos. Yo miraba para todos lados como buscando refugio. Pero era evidente que los profesionales del silencio no se meterían y Mario, lejos de aliarse conmigo, disfrutaba el acoso. La inesperada reacción de mi amigo me sorprendió y me llenó de amargura. Una sonrisa mínima, de satisfacción, flotaba entre sus pecas. Sonrisa sin rostro que dolía más, mucho más, que los ultrajes de su chongo.

Decidí irme. Zigzagueé por la calle, pero avanzaba. Me encontré con un policía y le hablé. Dije algunas incoherencias, quizás un comentario sobre el clima. Me devolvió miradas sobradoras. Presentí el peligro y seguí caminando. A pocas cuadras, me crucé con otro policía. También le hablé y me miró con sorna. Más adelante apareció un tercero. El mismo trámite. Ahí

cobré conciencia de que se estarían avisando entre ellos que había una *femenina* reventada que andaba circulando. Temí que me detuvieran. Apareció un taxi, me abalancé. Portazo. Creí que me había salvado, aunque no sabía bien de qué. Adentro del auto me sentí sucia, muy sucia. ¿Tan mal estoy que intento levantarme a los vigilantes?

De niña fui testigo de la ignominia de esa gente: una noche de carnaval se habían llevado preso a mi papá por haberse disfrazado de San Francisco. Vestía una salida de baño larga, marrón, y llevaba alas de ángel. Un palito largo por debajo de la ropa le llegaba hasta la coronilla y sostenía un aro plateado (ignoro su origen) que orlaba su cabeza como la de un santo de estampita. ¿El detalle que lo condenó? En la soga que le servía de cinturón, en lugar de hacer nudos, colgó una escupidera.

A mi papá lo arrestó el mismo agente que todas las mañanas le daba charla mientras vendía diarios y tomaban mate. *Pero ¿cómo, amigo?*, le dijo papi. *Nada de amigo. Yo a usted no lo conozco*, le contestó el uniformado. Y marche preso. Un cuarto de siglo después, cuando mi hija comenzó a estar mal, más de una vez fue violada por alguno de ellos; después me llamaban por teléfono para que la fuera a buscar a la comisaría. ¿Y yo les hablé a individuos de esa calaña? Me avergonzaba más eso que todo lo que había ocurrido aquella noche, que en realidad no pasó de una intoxicación

grupal. Pensé que nada tenía sentido, que había que terminar con todo. ¿Quién no estuvo alguna vez sentado con angustia ante el telón de su propio corazón?

Desde mis 25 años me persiguen fantasmas de suicidio. Pero hasta esa noche nunca había intentado nada. Esa madrugada toqué un fondo oscuro. Sin embargo, como quien se ha hundido y emerge de repente, me di una mínima chance. Compré medialunas y el diario, y fui a casa. No había nadie. Preparé mate. No lograba reponerme de la humillación.

Mi hijo hacía rato que se había mudado del hogar compartido. Mi hija, estragada por las drogas y con un brote psicótico, no aceptaba tratamientos. Bajo presión comenzó a asistir a sesiones de terapia familiar. Ella, yo y el analista, que era médico. Un día llegó tarde a la sesión. Nos explicó con lujo de detalles cómo, dónde y qué sustancia se había inyectado. Nos mostró las venas con los pinchazos. El, ¿cómo llamarlo?, ¿profesional? empalideció y comenzó a agitar la pierna derecha que tenía cruzada sobre la otra. *Parece que se puso nervioso, doctor*, le dijo Fabiana sobradora. El tipo nos echó, no sin antes reclamar su pago, por supuesto.

Acudí a otros psiquiatras y psicólogos en busca de ayuda. Ella se resistía. Una vez llevé uno a mi casa diciéndole que era un amigo. Cuando lo vio le dijo: *Vos sos un psi y si no te vas ya mismo te tiro un cenicero por la cabeza*. Salió corriendo como una rata. Yo detrás de

él. Extendió la mano para que le pagara sus honorarios, después de lo cual me gritó con vos de pito: *¡Nunca más quiero ver a esa chica!*

De Sedronar mejor no hablar. Pedí una entrevista, les planteé el problema y las resistencias de Fabiana a los tratamientos, me dijeron: *Señora, échela, es su casa.* Seguí intentando soluciones hasta que un médico de la obra social de la Universidad de Buenos Aires (DOSUBA) me extendió una orden de internación. Pero me choqué con un obstáculo infranqueable. Para ese entonces ella había cumplido 21 años y amenazó al director de la clínica reclamando un abogado. También ahí nos dijeron que no volviéramos. Fabiana nunca me perdonó que haya querido encerrarla. Yo tampoco me lo perdono.

Para completar los malestares de esos tiempos, hacía unos meses que me habían echado de una cátedra que amaba. Era titular de otra, pero no era lo mismo. Vientos y mareas. La incertidumbre académica me seguía asolando. Dormía en los cajones mi tesis. No me llamaban a defenderla, ya habían pasado doce meses. La convicción de que nunca lograría alcanzar mi posgrado no era la menor de mis preocupaciones de esa madrugada.

En ese estado me acordé de que, en el baño, detrás del espejo, había cincuenta pastillas de Lexotanil. ¡Qué coincidencia! también eran cincuenta, como

la cantidad de años que me perturbaba. Busqué la caja y la llevé a mi escritorio, el mismo en el que ahora —tanto tiempo después— estoy escribiendo. La apoyé sobre el diario que no lograba leer. Comencé a tomar las pastillas. Una a una, despacio. Sentía cómo se demoraban un instante en la garganta y luego bajaban. Las tragaba con la misma tranquilidad con que tomaba mate. Una pastilla, una chupada, una pastilla, una chupada. Se escuchaban los trinos de los pájaros madrugadores de la reserva ecológica. De pronto —no sé por qué— quise apresurar el trámite. Comencé a ponerme de a varias pastillas en la mano, me las metí en la boca y seguía empujándolas con mate. Cuando se terminaron me di cuenta de que era difícil que muriera con esa dosis.

Me puse de pie, fui a la puerta de entrada y la destrabé, como Leopoldo Lugones. Dos meses antes había ido con Roberto a El Tropezón, la posada náutica que Lugones eligió para matarse. Ciento veinte minutos en lancha desde Tigre hasta el Paraná de las Palmas. Al llegar al cruce de los ríos se amplía el alma. Una plancha azul tan calma como profunda. Parecería que se puede caminar sobre ella. Arribando a la isla aparecen coquetas las magnolias perladas y a su sombra se amontonan hortensias, alelíes y gualdas. Dicen que en el caso de Lugones la sangre llegó al río: se reventó por dentro. Yo ignoraba un detalle: antes de tomar el cianuro había dejado la puerta sin llave. Me pareció

un gesto delicado y, con mayor o menor grado de conciencia, ese amanecer hice lo mismo.

Destrabé la cerradura y dejé la llave puesta. Fui al baño y llené la bañera. Me senté del lado de afuera, sobre el piso, apoyé los dos brazos en el borde y hundí la mano izquierda en el agua. Con tres dedos de la derecha sostenía una hojita de afeitar. Apoyé sobre la piel y apreté con miedo. Un ligero temblor me agitaba los dedos. No es tan fácil como parece en las películas. Pero algo logré. De la muñeca brotó un hilito, viboreaba rojo, dibujaba meandros. Di una última pitada al porro y perdí la conciencia.

* * *

Mario estaba preocupado. Hacía más de doce horas que yo no atendía el teléfono. Se sentiría culpable por su connivencia con mi agresor, supongo. Vino a casa. No logró abrir. Su llave chocaba contra la mía. Tocó timbre, golpeó la puerta, gritó. Nada. Irritado, porque era obvio que yo estaba y no contestaba, le dio un golpe al picaporte ¡y se abrió! El recurso Lugones resultó.

Recorrió toda la casa. Mi dormitorio está al final de un largo pasillo. Me encontró en la cama, desnuda, tapada con sábanas y cobijas. No sé cómo hice para desvestirme y acostarme, no sé. Parecía dormida, pero no lograba despertarme. En realidad estaba en coma.

Llamó a una ambulancia. Me llevaron al Hospital Italiano. Los médicos pensaron en practicarme una cirugía porque detectaban síntomas de lesión cerebral. Una vez inconsciente debo de haberme caído contra algo. Todavía tengo una marca sobre la ceja izquierda. Ignoro qué ocurrió; nadie lo sabe y nadie lo sabrá jamás. Hicieron nuevos estudios y confirmaron que no había lesión interna o, al menos, no una que fuera operable. Me derivaron a un neuropsiquiátrico. Me contaron que estuve una semana sin conciencia, gritando. Los médicos no garantizaban que sobreviviera y menos aún que recuperara la lucidez. Al octavo día desperté, volví a mí.

Cuando levantaron la restricción para las visitas, Mario fue uno de los primeros en ir. En cuanto lo vi, le pedí un cigarrillo. *No podés, tenés las manos atadas.* Confundida, le rogué que me lo sostuviera él. Insistió en que no, que estábamos en una clínica. Cuando caí en la cuenta de que realmente tenía las manos atadas, comencé a hacer cabriolas para desatarme. Fue tal el esfuerzo, sumado a tantos días sin comer, que me volví a desmayar. Otra vez prohibieron las visitas.

Una enfermera me contó cómo me salvaron. Con el suero me pasaron drogas fuertes, que se sumaron a los tóxicos que yo misma había ingerido, y de golpe suspendieron la medicación. Ella no me lo dijo, pero sospecho que me estimularon también con descargas

eléctricas. El *shock* me volvió a la vida. Tardé bastante, en cambio, en recuperar la conciencia y más aún en salir de esa angustia que me corroía el alma. ¿Lo de la sangre? En mi caso no llegó al río; fueron apenas algunas manchas esparcidas por acá y por allá. En realidad, nadie me habló de las manchas; más bien me las imagino o las recuerdo sin saber si existieron o no.

Adelgacé unos diez kilos, pero me sentía bien. Cuando me permitieron vestirme, la ropa me bailaba como si fuera varios talles más grandes. No había espejos de cuerpo entero, solo uno pequeño en el baño en el que solo alcanzaba a verme el alma. ¡Estaba mejor! Entonces pensé que mis penurias de los últimos meses se debían al cansancio. Pero no fue el descanso lo que marcó un hiato entre mi pena y la totalidad de mis pensamientos. El Halopidol me quitó la angustia y me hacía dormir. Sin embargo, pronto aparecieron los efectos colaterales, que eran peores que la angustia misma. Cientos de pelotitas rosas, celestes, granates (las de este color me perturbaban de manera especial) saltaban enloquecidas dentro de mi cabeza. Saltaban y saltaban. Un viento poderoso las impulsaba hacía arriba; luego caían por inercia, depositaban un poco de hiel en mi garganta, rebotaban y volvían a subir. Se arremolinaban en el techo craneano. Caían otra vez. El castigo de Sísifo. ¿Andaba buscando nuevas experiencias? ¡Agarrate, Catalina!

Comencé a escupir los psicotrópicos. Me costaba dormir, es cierto, pero escapé del perverso pelotero. Pedí que me trajeran un libro que, por difícil, nunca había podido abordar seriamente: *Lógica del sentido*, de Deleuze. En el texto desfilaban Platón, los estoicos, Mallarmé, Artaud, el zen, Fitzgerald, Leibniz, Carroll, Alicia y el país de las maravillas, donde —en el juego de croquet— las bolas son erizos y los mazos son flamencos, y, como en un sueño infantil, se deslizan gatos y conejos, brujas buena y malas y la reina de corazones sentenciando antes del juicio, *¡Que le corten la cabeza!*

A mi alrededor reventaban cabezas con medicalización, gente atada a sus camas y enfermeros nocturnos que cogían durante la guardia convencidos de que dormíamos. En realidad, todos lo hacían, menos yo que, huérfana de drogas, velaba o leía. Al mes y medio me dejaron ir. Después de aquel episodio —y durante largo tiempo— me repiquetearon unos versos de Borges: *No me abandona, siempre va a mi lado,/ la sombra de haber sido un desdichado.*

No morí del todo, pero algo murió en mí. Durante varios años estar con gente fue una tortura. Pero esa especie de fobia social que me sobrevino solo la conocían pocas personas. Sí se sabía desde el primer momento que había salido de la internación con el estómago destruido. No por lo que ocurrió en el encierro, aunque influyó, sino por mis propios

excesos sumados a los problemas familiares, relacionales y académicos. Estos últimos fueron fogoneados por el epistemólogo argentino más destacado del siglo XX, Gregorio Klimovsky, y por sus discípulos. No perdonaban que estuviera frente a una cátedra que, en los dos primeros años del Ciclo Básico Común (CBC), sumaba doce mil alumnos y ciento veinte docentes a mi cargo; no soportaban un pensamiento otro.

Cualquier tipo de exclusión nos afecta al punto de que el costo del éxito académico, para mí, fue casi equivalente a sus beneficios. Antes de aquella noche maldita luchaban en mí la atracción hacia el desorden y la necesidad de cierto orden. Había deseado la subversión y el derrocamiento del control pero, cuando las circunstancias me colocaron en el centro del volcán, sentí miedo.

Ignoro si las autoridades de Filosofía se conmovieron con mi intento de suicidio, pero me convocaron a defender mi tesis. Tenía claro que entre los miembros del jurado casi nadie me miraba con buenos ojos. La emancipación se paga con soledad y dedicarse a Foucault y a Nietzsche, por aquellos tiempos, era intolerable para el statu quo. Dos breves ejemplos sirven para ilustrarlo. En 1993, dicté un seminario sobre *El nacimiento de la clínica: una arqueología sobre la mirada médica* en la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional de Tucumán. Para la mayoría de los

médicos, Foucault era un desconocido. Al segundo día de clase, los médicos que asistían al curso me increparon con duros términos. Me recriminaban que diera contenidos de alguien que, según acababan de enterarse, había muerto de sida y *casi seguro* era homosexual. Prefiero tratar de olvidar momentos como esos. Pero hubo otro que me desconcertó aún más. En una señorial casona de San Isidro agasajábamos a la filósofa española Adela Cortina. Degustábamos un malbec mientras contemplábamos absortas una ánfora griega de dos mil quinientos años de antigüedad. Adela me preguntó cuál era mi tema de doctorado. Cuando le contesté que era sobre Foucault, la profesora de Ética largó una risotada grotesca. Me costó creerlo; desentonaba con su investidura, desentonaba con todo.

Con antecedentes como esos, mientras el ascensor de la facultad de la calle Puan se elevaba hacia el salón de la defensa, me sentí desahuciada. *¿Por qué me habré metido en camisa de once varas?*, me preguntaba aunque, al mismo tiempo, sentía que eso era lo que tenía que hacer. Me parecía que estaba yendo al matadero. Pero no a cualquier matadero, sino al de Esteban Echeverría. Me identifiqué con el unitario que torturan sobre una mesa sangrienta. En mi caso, era la mesa brillante, de caoba, del Consejo Directivo frente a la cual los cinco jurados ya estaban sentados.

¿Por qué en lugar de pensar en mi exposición me invadían, entrecortadas, secuencias de aquel relato?

—Primero degollarme que desnudarme, infame canalla.

Atáronle un pañuelo por la boca y empezaron a tironear sus vestidos. Encogíase el joven, pateaba, hacía rechinar los dientes [...]. Gotas de sudor fluían por su rostro, grandes como perlas; echaban fuego sus pupilas, su boca espuma [...].

—Primero degollarme que desnudarme, infame canalla.

Sus fuerzas se habían agotado.

Inmediatamente quedó atado en cruz y empezaron la obra de desnudarlo. Entonces un torrente de sangre brotó borbolloneando de la boca y las narices del joven y extendiéndose empezó a caer a chorros por entrambos lados de la mesa.

El jurado me escuchó con escepticismo. Caras adustas, chicaneos. *Pero si Foucault no es filósofo*, me dijo uno. *Usted relativiza la importancia del estructuralismo*, me reprochó otro. *La bibliografía sobre la brujería está desactualizada*, lanzó un tercero. También estaba Félix Schuster, un epistemólogo que, para no quedarse atrás, lanzó sus dardos. Parecía un bicho kafkiano, una laucha. La situación, aunque incruenta, era el matadero de Echeverría. Almas en lugar de cuerpos. El único amigable era mi director de tesis, Ricardo Maliandi.

La peleé, resistí. Ante los reclamos arbitrarios del jurado, mi boca se llenó de argumentos defensivos y avasallantes. Los miré a los ojos, levanté el tono y arremetí: hablé, fundamenté, ejemplifiqué y hasta me permití ironías. La ebullición interior se convertía en discurso apasionado y prolijo. Sufrí demasiado en esa defensa. Ya han pasado muchos años y recién ahora, en silencio, en la penumbra de mi gabinete, logro contarlo. Obtuve un sobresaliente. Alcancé lo que durante casi toda mi vida consciente había considerado inalcanzable: me recibí de doctora en Filosofía por la UBA. Engarcé la clave de bóveda que aseguró el edificio deseado. En esa edad temida —la del cerdo— estaba recién nacida a ese mundo que sigo construyendo en estas páginas ahora que estoy mucho más cerca de mi muerte que de mi nacimiento.

A la intemperie

Sostenía con fuerza mis piernas, en tensión. Estaba fresquita la noche. Me abrazaba las rodillas y formaba un ovillo con la cola en el piso de mosaicos anaranjados. Me estiraba la pollerita tomándola del dobladillo hasta rozar los zapatos guillermina y miraba el cielo. Era mi entretenimiento en el interregno entre la cena y la cama. A mediados del siglo XX no existían ni la televisión ni las computadoras ni

los teléfonos celulares ni la ciencia ficción los imaginaba. Recién en la década del sesenta apareció el *Superagente 86* y su muñeca-bomba repitiendo el estribillo: *Hola, me llamo Mary Lou. No me gustan los niños progres. Hola, me llamo Mary Lou. No me gustan los niños progres.* El personaje masculino calzaba un zapato negro que, en la suela, tenía un *celular a disco*, el *zapatófono*.

Todos los teléfonos eran negros en ese tiempo, excepto los de las divas del cine que lucían extraños en su blancura. Los objetos de entonces se polarizaban entre la claridad y la oscuridad: los guardapolvos níveos, el calzado oscuro; los sobretodos sombríos, la ropa interior albina; los teléfonos negros y las sábanas blancas.

Hoy suena increíble, pero en mi niñez únicamente los ricos tenían teléfono. Con dificultades, poco a poco, la clase media accedió a tener uno. He conocido personas que solicitaban una línea que esperaban durante años, a veces incluso hasta el final de sus vidas. Era un bien escaso.

En resumen, la tecnología no proveía diversión alguna. Solo contábamos con la radio. La de mi casa, de madera y con forma de capilla. Sin embargo, no era manipulable. Estaba alta en el cielo para que no la tocáramos los menores. También existía el piku para escuchar discos de pastas al que le decíamos *tocadiscos*. Pero nosotros no teníamos acceso a esos lujos.

Así que ¡a avistar estrellas! Me sentaba en el suelo a mirar el firmamento.

En mi casa no había ni libros para pintar; revistas sí, pero había que mirarlas con cuidado porque luego mi papá las vendía. *Billiken*, *Patoruzú*, *Mundo Infantil*, *El Toni*. Me reía con la panza de Upa, el hermano menor del cacique tehuelche Patoruzú, al que su creador —el dibujante Dante Quinterno— representaba como un gigante de barriga enorme y pocas luces que repetía incansablemente *turulú* como única expresión. Cuando aprendí a leer con soltura me gustaba *Intervalo*. Traía resúmenes de literatura universal en forma de historietas: *Los miserables*, *La tierra*, *La dama de las camelias* y novelas policiales (que yo pasaba de largo).

Pero antes de *Intervalo* ya había coqueteado con la literatura. Alrededor de los 8 años accedí a un tesoro: los libros amarillos de la Colección Robin Hood que me regalaban tías y amigos de la familia. *La cabaña del Tío Tom*, *Mujercitas*, *Los muchachos de Job*, *El conde de Montecristo*, *Los tres mosqueteros*, que despaché en una noche. Cuando llegó la mañana me sentí embargada de una dulzura infinita. Pocas veces en la vida me volvió a ocurrir eso de comenzar con un libro y —salvo paradas técnicas— no interrumpirlo hasta terminarlo. *Así habló Zaratustra* fue otro de ellos. Nietzsche es el único filósofo que puedo leer incluso cuando estoy triste. Es una castañuela filosófica y una

potente máquina de guerra. Se puede estudiar, discutir, gozar, pensar y volver a pensar. Lo mejor que me dio la filosofía.

Hay quienes van a los textos para debatir y otros para disfrutar. Me cuento entre los segundos. Si un autor me indigna, no lo leo. Ya no; bastante tuve que hacerlo cuando me lo exigían los contenidos mínimos. Si alguien no piensa como yo y quiere debatir chicaneando, no me prendo. Ya no. Ese verso de que la filosofía es disenso se lo dejo a los adustos. Amo el saber alegre y, como no me caracterizo por la corrección política, disfruto embarazando a los autores o dejándome embarazar por ellos.

Pero estas disquisiciones no eran imaginables para la nena que miraba el cielo acurrucada en el pasillo. ¿Qué hacían entonces las niñas en su tiempo libre? Jugaban a las muñecas. A mí no me alcanzaba. Tenía una bebota gorda, bucles blondos, cuerpo y cara de porcelana. Inmanejable. Ahí quedaba, de adorno, sentada en la cabecera de mi cama.

A veces le robaba una muñeca a mi hermana mayor. Era negrita, maleable, entrañable, con su cuerpo de trapo envuelto en un vestido violeta con lunares plateados. Al tacto parecía el burrito de un cuento que me leían las monjas. *Platero es pequeño, peludo, suave; tan blando por fuera, que se diría todo de algodón, que no lleva huesos. Sólo los espejos de azabache de sus ojos son duros cual dos escarabajos de cristal*

negro. Pero los de aquella pepona eran celestes. No conocía a nadie con ese color de ojos y los encontraba artificiales.

En cambio, la negrita tenía ojos como Platero. Esa era mi preferida. No para cambiarle los pañales ni bañarla o darle la mamadera ni ninguna de esas cosas, sino para pasear como amigas. La llevaba de la mano —nada de a upa— y conversábamos. La casa de la calle Zufriategui, frente a Los Portones, era humilde, pero tenía jardín, patio y potrero.

La casita del hornero
tiene sala y tiene alcoba,
y aunque en ella no hay escoba,
limpia está con todo esmero.

El olor de heno húmedo se mezclaba con el de las flores azules de los paraísos. Buscábamos tréboles de cuatro hojas. Una vez encontré uno y lo viví como una especie de privilegio. Con la negrita también mirábamos los laberintos de las hormigas y nos fascinaban las vaquitas de San Antonio. Semejaban el cómic del bichito Bucky Bug con su capa roja, se los consideraba sagrados y no había que molestarlos.

Prefería esa muñeca porque me sentía igual a ella. Su aspecto era de nena en miniatura, no de bebé. Con un bebé se balbucean bobadas; con una niña, en cambio, se puede hablar. Compartíamos el aroma de los

tilos, cazábamos mariposas a la hora de la siesta y luciérnagas por las noches. Visitábamos a los caballos. Papi tenía dos, el *Negro* y el *Tigre*.

Un par de veces por año nos llevaba a sus tres hijas, Tita, Marta y yo, en el sulky. Endomingadas, exultantes por acompañarlo en el reparto. Cuando estábamos por llegar a la casa de la viejita asomada a una pequeña ventana redonda, mi corazón se aceleraba. Siempre imaginaba que esa señora levantaría su mano y nos saludaría. Pero era de estuco. Nosotras nunca tendríamos una casona como esa.

Ahora que evoco al caballo negro y al palomino, caigo en la cuenta de que esa misma ecuación se repetía adentro de mi casa. A mi mamá le decían *Negra*, pero no era tan amorosa como el caballo. Linda sí y nos tenía siempre impecables. Ella y mi tío Juan eran los únicos morochos de una familia de nueve hermanos. ¿A quién habrán salido? De parte de mi papá también eran nueve hermanos, pero no había morochos. A mi papá le decían *Rubio* —Tito, el Rubio—, pero a mí no me lo parecía. Es difícil, cuando idealizás tanto a alguien, distinguir de qué color es. También era un poco distante, como el caballo claro. Sin embargo, era alegre papá, aunque salían chispas de sus ojos cuando se enfurecía. Brummm, brummm, brummm, como relincho en sordina. Su gran frustración era no haber tenido un hijo varón; quería hacerlo hincha de Boca. El único que llegó al mundo nació muerto.

Fue el anterior a mí. Viví con tristeza la ausencia de ese hermano. Me preguntaba incluso qué color de ojos habría tenido. Todos los ojos que me rodeaban eran oscuros, amarronados. Excepto los de mi abuelo paterno, Pedro, el Uruguayo, un pelirrojo de ojos verdes, según decían. De ese abuelo aún persiste el recuerdo, aunque sólo lo conocí a través de los relatos. Protagoniza el capítulo truculento de la novela familiar.

Pedro hacía el reparto de diarios por Ituzaingó a comienzos del siglo XX. Un atardecer, mientras andaba con su hijo Tito, divisó a un cliente remolón para los pagos en la puerta de una pulpería: un politiquero de pueblo chico alcohólico. Mi abuelo —desde el sulky— le reclamó el pago. Discutieron y el tono fue subiendo. Se insultaron. De pronto, el caudillejo desenfundó un arma y le disparó. Mi abuelo cayó seco al lado de su hijo, que era un niño. Toda su vida recordó el efecto de la sangre corriendo entre los cabellos colorados de su papá.

Mi papi heredó el sulky y el reparto; yo heredé el color de sus ojos, pero no el de su pelo. De chiquita era rubia y según pasaron los años se me fue oscureciendo. Cuando tuve hijos ocurrió lo mismo. Gustavo y Fabiana eran dorados, suaves, algodonosos, también ellos con los años viraron hacia lo oscuro, como yo.

Aquellas noches de mis silenciosas serenatas a la luna, soñaba despierta mientras mami lavaba los

platos. Tita y Marta, cuatro años mayor la primera, cuatro años menor la tercera, estaban en sus camas. Papá, que apenas sabía leer, deletreaba en voz baja *La Crítica* y *La Razón* (como si se anticipara a mis estudios kantianos). Yo, en el patio trasero de la casa chorizo, miraba atónita la grandeza del cielo. Ituzaingó era casi rural, de pocas casas. De noche se veía la Vía Láctea, los Siete Cabritos, las Tres Marías, la Cruz del Sur. Lo que más me intrigaba era el movimiento. ¿Quién se desplazaba?, ¿las nubes o la luna? En casa, si hacías ese tipo de preguntas, te pedían que no molestaras. Quise saber cómo se producían los truenos; por el choque de las nubes. Quise saber cómo entraban los Reyes Magos en las casas; atraviesan las paredes. Quise saber cómo se forma el arcoíris; porque sí. ¡Chupate esa mandarina!

Un bochornoso mediodía, cuando almorzábamos en el patio cubierto, papi le pidió a Tita que trajera algo de la cocina. Ella se demoraba, él rezongaba. Cuando la nena apareció entre las tiritas de colores de la cortina de plástico, vi un cuchillo volando a la altura de mis ojos. Salió de la mano de papá y se clavó en el hombro izquierdo de mi hermana de 9 años. *¡Me mataste, papito!*, susurró tapándose la boca con la mano. Mami corrió. El cuchillo vibraba a la altura de la oreja, se lo arrancó y le cubrió la herida con un pañuelo. Él la llevó al médico sentada en el caño de la bicicleta. Mi hermana más chica era bebé. Con mi mamá estábamos

espantadas. Yo repetía que Tita se podía morir; ella, que lo podían meter preso a papá.

Regresaron los dos a salvo. Mi hermana de milagro y mi padre porque declaró que la agresora había sido yo, una niña de 5 años. A pocos centímetros de altura desde la que miran los pequeños no me perdía palabra. Mi papá, sin mirarme, le explicaba a mami lo que le dijo al médico: *Las nenas estaban jugando y Esther, sin querer, le clavó el cuchillo a Tita.* No recibí explicación alguna, ni una excusa o disculpa, nada.

Lo gigante puede ser una forma de lo invisible. Nadie reparó en la inmensidad de mi estupor ni en la vergüenza que me acompañó durante el resto de mi niñez. Me tuve que hacer cargo de la culpa de los otros. Lo peor fue constatar que quienes estaban para cuidarme me arrojaban al oprobio. Me sentí a la intemperie. Cuando el doctor Jaeli —el primer paraguayo que conocí en mi vida— venía a casa, me escondía debajo de un arbusto de camelias. A través del follaje pispeaba para saber cuándo se iba. El aroma, riquísimo al principio, llegaba a marearme cuando estaba más de media hora debajo. Temía que el doctor me reprochara que hubiera apuñalado a mi hermana.

Unos años más tarde, el cuchillo volador se clavó en mi alma. Al terminar el colegio primario manifesté mi anhelo de seguir estudiando. Me lo negaron. A los 15 años, si quería, ya podía tener novio, luego casarme y tener hijos; estudiar o trabajar fuera de casa, no.

Y como yo insistía en estudiar, se decidió (otra vez sin considerar mi deseo ni mi opinión) que tomara clases de bordado a máquina. Me atravesé un dedo con la aguja mecánica, pero más atravesado tenía el corazón. No aceptaron ni consideraron que, para mí, estudiar era sinónimo de ser.

Me casé, me divorcié, mantuve a mis hijos. Cansada de arrastrar el estigma, a los 26 años comencé el secundario. Durante el día trabajaba de peluquera; por las noches, dejaba a mis hijos al cuidado de una chica y estudiaba. Rendí primer año libre, cursé segundo, di tercero libre, cursé cuarto y aprobé quinto libre: en dos años terminé el secundario. A los 29 pasé el ingreso universitario, me deshice de la peluquería, comencé a trabajar en el Indec y me mudé con Gustavo y Fabiana a la Capital Federal.

Seguí con el régimen simultáneo de cursar y dar libre. Cuatro años más tarde (regularizado hubieran sido cinco) terminé de cursar Filosofía en la UBA. No pude ejercer porque el país se estaba enrareciendo. Durante las sucias noches de la dictadura estudiaba filosofía en soledad y me perfeccionaba con el profesor Andrés Mercado Vera. Los colaboracionistas lo habían echado por peronista en las tres universidades en las que se desempeñaba aunque ni siquiera militaba. Ese estudioso sabía Hegel como ninguno. Fue una de mis técnicas de supervivencia en los días amargos de la Argentina. La otra fue el cine.

Todos los miércoles cumplía el ritual en una sala de Once. Había que esperar meses para que te aceptaran como socio, no por exclusivismo, sino porque muchos queríamos experimentar la libertad, aunque más no fuera por dos horas en una sala de cine. Y solo había lugar para trescientos por vez. Cine Club Núcleo nos posibilitaba ver —por única vez— una película que estaría prohibida para el resto de los argentinos. Hasta el momento de la proyección no se sabía ni el título, ni el director, ni la procedencia, nada. El secreto, los medios tonos, los claroscuros eran la modalidad epocal. La astucia de Salvador Sammaritano, uno de los fundadores del cineclub, hacía que los amantes de las imágenes pudiéramos ver perlas interdictas como *La luna*, *The Wall* o *El último tango en París*.

Después de la función nos reuníamos en bares cercanos a discutirlas, a comentarlas. Más de una vez se nos heló la sangre. Mientras estábamos charlando, bebiendo, comiendo e intentando olvidar por un rato lo que nos rodeaba, en cualquier momento se hacía el silencio. Los militares entraban al bar y el ambiente se podía cortar con un cuchillo. Pedían documentos y siempre se llevaban a alguien. Fin de fiesta.

Pero volvió la democracia y volví a la universidad. Ingresé a mi posgrado y al CBC, donde fui profesora durante veinte años de la materia Introducción

al Pensamiento Científico. Logré —ya bordeando la vejez— lo que mis padres me habían negado en la juventud: tener la posibilidad de encontrarle un sentido a mi vida distinto del que se había prefabricado para mí. Uno propio.

Autoerotismo

Un orgasmo espontáneo visitó mi cuerpo desnudo por primera vez cuando tenía 15 años. Me torturaba a mí misma con un libro que —ahora lo sé— sería el más represivo que leería: *La imitación de Cristo*, de Tomás de Kempis. Desde que presentí el sexo —alrededor de los 10 u 11 años— sin saber en realidad qué era, temí que las puertas del infierno se abrieran y me devoraran; no me atrevía a tocarme. Mejor dicho, ni siquiera sabía qué era masturbarse. Pero un domingo a la mañana llegué a casa después de misa y un impulso incontenible me arrastró hacia el baño. Tenía forma de pequeño pasillo, solo piletita y ducha. En rigor, era un bañador: una especie de pequeño tren, un Chile de mapa separado de la Argentina, solo, así, flaco y largo. El retrete estaba afuera, al final del patio de tierra, al costado del potrero. Consistía en una rudimentaria casilla de madera con un agujero. Cuando llovía o hacía mucho frío, lo pensabas dos veces antes de ir.

El día de mi iniciación masturbatoria estaba en el bañador, ese pasillito cerrado y con ducha. El agua comenzó a salir fría, y poco a poco se entibió. Vapor, vidrios empañados, baño turco. Me sentí bien. Cerré los ojos e incliné la cabeza hacia atrás. Los chorros me golpeaban la cara, acariciaban mi cuello, se deslizaban por mi vientre y por mi pubis. Selva, algas, cascadas cristalinas y un latigazo de placer con epicentro en la vulva me abrió las puertas a lo desconocido y se expandió por mi cuerpo. Mis manos con espuma de champú a la altura de la cabeza quedaron inmovilizadas. Ocurría y yo no sabía que existía. Breve pero intenso. Un encanto tan fugaz como auspicioso. *Incipit sexualitatis.* En ese momento no lo asocié con las lecturas sacramentales pero, de ahí en más, siempre me calentaron los relatos religiosos. No todos, obvio, pero sí los más insospechados: los catecismos, el Antiguo Testamento o los interrogatorios de los curas en el confesionario. Si el cura me gustaba, era excitante. Se formaba un caldo del que no quería salir o del que quería huir, según las circunstancias. Semioscuridad, música de armónium lejano, susurros misteriosos, humo sagrado; el rostro como estampado en la placa metálica llena de agujeritos. Te hablaba, le hablabas. Respirábamos. Al del otro lado no se lo veía, pero se lo sentía. Olor a hombre, mezcla de ácido y nuez moscada. Ahí había un volumen pesado, desconocido. Amalgama de seducción y algo prohibido. Otra incógnita entre tantas.

En casa éramos todas mujeres menos papá. Pero era mi papá, no lo veía como hombre. Traía la plata, dormía la siesta porque madrugaba y los domingos por la noche compraba en la rotisería una cabecita de lechón. La comía él solo. *Tiene poco contenido*, repetía, y el placer era escarbar entre los recovecos para encontrar algún bocadito. Mis dos hermanas y yo mirábamos. Mami refritaba lo del mediodía para el resto de la familia.

Cuando sea grande, pensaba yo, *los domingos me voy a comprar una cabecita de lechón para mí sola*. Pero las rotiserías están desapareciendo. La ciudad casi no ofrece el espectáculo (hoy considerado poco menos que caníbal) de esos cadáveres de pollos dorados rotando y rotando en una especie de vuelta al mundo lambeteada por el fuego. ¿Quién cocina chancho para cortarlo en trozos y ofrecerlo obscenamente en las vidrieras? No obstante, hubo épocas en las que esa comida no producía culpa. ¡Qué tiempos aquellos! Sin vegetarianos, nada de veganos, comíamos carne dos veces por día: puchero al mediodía, asado a la noche. En el momento que escribo estas líneas, mi madre ha alcanzado la edad de 102 años. Hasta los 99 siguió con la dieta cárnica de almuerzo y cena. Pero desde hace un par de años se clava un churrasquito, una milanesa o unas fetas de jamón solo una vez al día. Hay que cuidarse...

La atracción por la carne incluía el sexo. La de la *carne* es una categoría católica fuerte. Algo que me

interpelaba sin que tuviera cabal conciencia de su significado. Un deseo permanente. Un *no sé lo que quiero, pero lo quiero ya*. Para colmo, y de una manera confusa, creía que los niños venían de París. No terminaba de cerrarme eso de la cigüeña, aunque tampoco dejé de creerlo hasta que un compañero, que tenía dos años más que yo, me inició en el gran misterio montando una escena pública. Estábamos helados en la fila del colegio esperando a los abanderados, a los que envidiaba porque nunca había tocado una bandera. El chirrido de la roldana por la que se deslizaba hería los oídos. Dedos y orejas azulados por los sabañones. *Alta en el cielo, un águila guerrera*. Cada elevación y descenso de la celeste y blanca me suscitaba envidia y exaltación. Deseaba el lugar de abanderado y mi corazón se batía de infantil patriotismo. ¿Se seguirá cantando *Aurora* en las escuelas? Siempre que la entonaba, en lugar de decir *azul un ala*, decía *azulunara*. No entendía nada, la encontraba incomprensible y aburrida, pero me emocionaba.

Esperábamos tiritando en el patio de la escuela y de pronto: *Díaz, ¿sabés cómo se hacen los bebés?*, musitó en mi oído el compañero que estaba parado detrás de mí. Titubeé turbada. No tenía idea de qué me hablaba. *¡Díaz no está avivada! ¡Díaz no está avivada!*, repetía él levantando cada vez más la voz. El estribillo hizo eco en cada compañero de mi fila. Saltó a las otras y todo el colegio replicaba mi apellido junto a esa

acusación que, sin que supiera por qué, me llenaba de vergüenza. El grito de la directora los acalló de golpe pero, ante el escarnio, mi cara ya se había puesto como un tomate. Miradas burlonas todo alrededor. He aquí cómo se rompió el precario equilibrio de mi mundo.

El sexo sigue siendo un misterio aunque, paradójicamente, sea obvio y previsible. Ha corrido mucha agua bajo el puente, pero sigue presente. Parecería que no ha transcurrido bastante más de medio siglo desde que aquella nena quinceañera se dejaba acariciar por la tibieza del agua y, al regresar de misa, era poseída por el terremoto de un orgasmo.

CAPÍTULO 2
ABUSOS

Frente al piano

Son... ¡*para comerte mejor!*, gritó el lobo abalanzándose sobre Caperucita Roja.

Nunca conocí toda la casa de Lidia, mi profesora de piano, pero desde el exterior se veía un camino de lajas que llevaba a una puerta trasera. Margaritones blancos, setos de ligustrina, césped inmaculado. En el frente, un portón petiso se abría a una especie de *i* griega. El camino de lajas blancas estaba a la izquierda y a la derecha un sendero de pedregullo colorado llevaba al porche. Ahí estaba la entrada principal y se accedía a un recibidor angosto, una especie de cuartito con dos puertas lo suficientemente grande como para albergar un piano horizontal con banqueta giratoria y un sillón de dos cuerpos verde amarronado ajado y mullido. Ventanas altas semicerradas, cortinas de *voile*. A través de ellas veía a personas de la familia entrar o salir por el pasillo de la puerta trasera. A veces salían por el recibidor y yo —que estaba martillando las teclas o pensando sin

hacer nada— me ruborizaba. Ni siquiera saludaban. Eran seis personas: madre, padre, Lidia, una hermana y dos hermanos. Pero desde que Jorge, el menor —más grande que yo, en cualquier caso— comenzó a colarse en el recibidor los días que yo estaba sola frente al piano, todos comenzaron a utilizar el camino de lajas y dejaron de pasar por ahí. No interrumpieron nunca la silenciosa y no menos curiosa práctica musical: el piano enmudecía cuando Jorge se encerraba conmigo sin consultarme y me impedía ejecutar mis ejercicios. El trato era que dos veces por semana Lidia me daría clases. Como en mi casa no había piano, aceptaban que fuera otros dos días a practicar.

Claroscuro, moho, tibieza, densidad. Me adormilaba. Remontar escalas ida y vuelta. Do re mi fa sol la si. Si la sol fa mi re do. Una tarde, para mi sorpresa, se rompió la monotonía. Jorge hizo chirriar el picaporte. Apareció y no siguió de largo como de costumbre. Se acercó a mí y se apoyó sobre el piano. Sobresalto. Me freno en la, no logro apretar si, el índice queda en suspenso. Me doblaba ampliamente en edad. Para mí era un señor. Pero no me hablaba como a una nena.

—Buenos días, ¿cómo anda?

—¿Qué le parece?, ¿lloverá?

—¿No hace frío acá?

—Debe ser aburrido practicar escalas, ¿le gusta?

Me habla de *usted* (nadie me trataba de *usted*), de la tarde gris y de qué ganas de llorar y de ese día hecho con papel de diarios. (En aquel tiempo los diarios eran en blanco y negro.)

Me gustaba cuando mi papá abría los paquetes porque olían a nuevo; también cuando aparecían las revistas, coloridas, apetecibles: me las quería comer con los ojos. ¿Por qué pienso en diarios y revistas en este momento? ¿Por qué me acuerdo del cajón de manzanas deliciosas en el que papi los guardaba? ¿Por qué se me aparecen esas cabecitas rubias rajadas, esos bracitos quebrados, esas manos mutiladas, todos esos pedazos de chicos muertos que vi en sueños en el cajón de las revistas, ese que había sido de manzanas y encontré lleno de pedazos de carne rosada; ese que en una pesadilla se me apareció lleno de trozos sanguinolentos de bebés en lugar de repleto de revistas y diarios? No lo supe entones pero hoy creo saberlo.

1º de mayo de 2018 —sesenta y cinco años después del episodio que iniciaría una serie de acciones repetitivas— la humedad y el cielo plomizo me retrotraen al recibidor, al tedio, a ese cuarto semioscuro, a la partitura jeroglífica que no sé cómo abordar y me lleva a desgranar escalas para ocupar el tiempo.

Nadie me había preguntado nunca mi opinión sobre nada, aunque más no fuera sobre el clima. Me gusta. Me hace sentir grande, aunque también me

provoca miedo. Me trata de igual a igual. Pero yo sé que es solo una apariencia. Como en *Alicia en el país de las maravillas*, crezco y decrezco, estoy y no estoy, todo es absurdo y también natural y también furtivo. Medio siglo después encuentro alguien que define esa sensación.

No únicamente la vida privada es la que nos acompaña como una clandestina en nuestro largo breve viaje, sino la propia vida corpórea y todo lo que tradicionalmente se inscribe en la esfera de la así llamada intimidad: la nutrición, la digestión, la orina, el defecar, el sueño, la sexualidad. Y el peso de esta compañera sin rostro es tan fuerte que cada cual busca compartirlo con alguien, y, no obstante, la extrañeza y la clandestinidad nunca desaparecen y permanecen irresueltas también en la convivencia más amorosa. La vida es aquí en verdad como el zorro robado que el muchacho oculta bajo las ropas y no puede confesarlo, aunque le destroce atrozmente la carne.

Pero en aquel tiempo Agamben —que es tres años menor que yo— todavía no escribía así, aunque seguramente experimentaría sensaciones parecidas. Adolescencia occidental de mediados del siglo XX.

Pero el que está conmigo no es un adolescente. ¿Cómo?, ¿no sale a trabajar?, ¿qué hace? Y él, como si me leyera el pensamiento, me informa: *Estudio... música. ¿Como yo? No, canto, soy barítono.* Nunca lo

escuché vocalizar ni nada de eso. Pero en ese tiempo les creíamos a los mayores. Ni idea qué es *barítono*. No pregunto... Tango, dice, y canciones folklóricas.

Me preocupo por el silencio del piano; por qué, pensará el resto de la familia, dejó la ejercitación. Pero no me atrevo a tocar mientras habla. Alejo las manos del teclado. Se acerca de manera alarmante. Yo, tiesa. Se abalanza. Me petrifico. Se me acerca más. No sé qué hacer. Bajo los ojos. Nada, no se me ocurre nada. Quiero desaparecer. Nunca me había ocurrido. Miedo y curiosidad. Finalmente, apoya sus labios en los míos. Devengo un pichón que, como si compartiera una armonía preestablecida con la especie, se levanta del nido y se echa a volar. Aprendo a besar. Beso como lo hacen las actrices de Hollywood.

Ni se me ocurre resistirme. Que no se sepa. ¿Y si se abre una puerta?, ¿y si entra alguien? Siento que se está abusando, pero no sé cómo escapar. Tampoco sé si *quiero* hacerlo. Estoy inmovilizada, no reacciono. Soy toda boca, labios, lengua, saliva. Me dejo sobar. Me gusta, le temo. No intento huir ni delatar. Me entrego a esa situación que hoy describiría como de morboso sometimiento. Él me apabulla con besos y se me agudiza la sensibilidad tratando de apagar la conciencia. No quiero pensar en lo que está ocurriendo. No puedo. Ahora no. Percibo, solo percibo, el olor de otra persona y el color de la gamuza naranja que hace un rato levanté de las teclas amarillentas y que miro hipnotizada como una

cobra ante el flautista en Marrakech en aquella plaza llena de gritos, de humo, de gente, donde se come, se venden baratijas, se hace música, se reza y se repite *Alá y Alá*, el nombre que los islámicos le dan a su dios operaba como antifóbico ante lo innombrable que era para mí eso que estaba sucediendo. En el cine había visto un documental que mostraba la plaza Jemaa el Fna y el recuerdo de las imágenes y los sonidos de ese lugar exótico colonizaba mi mente y me impedía pensar en el modo alarmante en que ese hombre se acercaba a mí inmovilizándome con su mirada, como les ocurre a los conejos cuando se los pone patas arriba y se los mira a los ojos: quedan en estado cataléptico. Así me sentía. Como una serpiente que asoma su cabeza desde la canasta en la que está encerrada y mira hipnotizada a su encantador, me dejaba atontar por el recuerdo de aquellos sonidos e imágenes de la plaza de Marrakech.

Cuando tenía 5 o 6 años estábamos en el cine Le Petit Palace de Ituzaingó, al que le decían *Le Petit Pulga*. En el pueblo —en ese tiempo Ituzaingó no era aún una ciudad— le decían así por las alimañas alojadas en butacas y alfombras. Parece que en el paraíso pasaban cosas non sanctas y no convenía sentarse debajo porque podía caer cualquier porquería. Una vez, hubo un gran revuelo porque tiraron un preservativo inflado. Por ese entonces no comprendía cuál era el motivo del escándalo, para mí no era más que un globo alargado.

En ese tiempo se proyectaban tres largos, un corto y variedades. Cuatro o cinco horas de cine. Quedé en medio de una fila con una butaca libre a mi lado. A mi izquierda se sentó un hombre. Al comenzar la última película, el tipo apoyó su mano derecha sobre mi pierna izquierda. Me estremecí. No me gustó. Sentí un rechazo visceral. En la penumbra de la sala, lo miraba a mi papá para ver si se daba cuenta. Nada. Teníamos prohibido hablar en el cine. Quise susurrarle algo a papi pero lo vi tan atento a la película que no me atreví. Sufría con esa mano que me refregaba la pierna y subía y subía. Estaba paralizada. ¿Cómo puede ser que nadie se dé cuenta? La tensión se me acumulaba en el cuello, en las cervicales. Dura. Al promediar la película, esos dedos gordotes hurgaban en mi bombachita. Yo transpiraba, pero no atinaba a hacer nada. No me animaba. Ahí estuvo el vecino toqueteándome del lado izquierdo mientras mi papá me sostenía la mano derecha, que se crispaba con los sucesos de la pantalla hasta el *the end*. Nadie se percató de nada. El tipo del cine me abusó por abajo, el del piano por arriba. Pura molestia uno, resquemor placentero el otro.

La primera vez, Jorge me tomó de los hombros sin dejar de besarme. Me alzó de la banqueta y me besó y me besó llevándome hasta el sillón. Con un leve quiebre de cintura logró que cayéramos sentados sin dejar de besarme. La lengua profunda, ahí comenzaron los abrazos. ¿Cómo llegué a esa situación? Mi mamá. Ella

y el control sobre sus hijas en general y sobre mi persona en particular. Mi mamá. Espinitas cotidianas y algunos aguijones importantes de vez en cuando. Decidió mandarme a estudiar música para tratar de acallar mis reclamos acerca del secundario. También me dejaban tomar clases de baile clásico y español. La prohibición de continuar yendo a la escuela obedecía a varios motivos. El primero, ser mujer: debía prepararme para cuidar del hogar; si hubiese sido varón, me lo habrían permitido; el segundo, que mis padres no entendían qué beneficio podría aportarme continuar estudiando: en mi familia nadie había pasado más allá del ciclo primario y muy pocos lo habían completado, y el tercero y definitorio, que en Ituzaingó no había colegios secundarios: habría tenido que viajar para estudiar y las *estudiantas* —todo el mundo lo sabía— se echaban a perder, fumaban en el tren y otras *barbaridades* no explicitadas.

Pero como yo insistía, me permitieron realizar estudios informales, siempre y cuando fuera cerca de casa (sin viajar, ¡por favor!). Fue así que tomé lecciones de piano, de danza, de bordado a máquina, de peluquería y hasta de levantar puntos de medias. Importantísimo recordarlo: cuando recién aparecieron las medias de *nylon* se les *corrían* los puntos con facilidad. Como eran muy costosas, había máquinas eléctricas con una aguja mecánica que las reparaba. A ese proceso se lo denominaba *levantar puntos de*

medias. Se necesitaba buena vista y mucha paciencia. Se colocaba la media averiada en un pequeño bastidor que se sostenía con la mano izquierda y con la derecha se manejaba la aguja que iba reparando el entramado. Había además un agravante: a veces las clientas traían sus medias sin lavar. Pese al asco, mi extrema juventud y mi timidez de entonces me impedían decirles que debían traerlas limpias. En esa etapa de mi vida, plena de inseguridad y miedos, tampoco me atrevía a lavarlas yo, aunque para repararlas era mejor que estuvieran limpias, porque temía que la clienta se diera cuenta, lo tomara a mal y creyera que la trataba de sucia. Así que la changuita de levantar puntos de medias, que en sí misma era poco atractiva, se tornaba vomitiva. Hasta ese trabajo aprendí a hacer en lugar de lo que realmente deseaba: leer, escribir, cursar el secundario y hacer una gran carrera universitaria. Para mí esas tareas eran paparruchadas que aumentaban la frustración de mi adolescencia y de mi primera juventud.

La profesora de piano vivía a pocas cuadras. Mis padres dieron por supuesto que con gente respetable —porque tenía mejor nivel económico que nosotros— no correría peligro. Así que ahí estaba yo, dos veces por semana con la profesora y otras dos veces sola desentrañando partituras. Los primeros tiempos, cuando iba a practicar, la madre de Lidia, que me atendía siempre a cara de perro, me abría la puerta

y me decía que, cuando terminara, me fuera nomás. En aquella época no era necesario cerrar con llave durante el día. Pero después que comenzaron a ocurrir los abusos —de los que toda la gente del prolijo chalé fue cómplice con su silencio *distraído*— la puerta me la abría directamente Jorge y la cerraba él. De cinco personas más que habitaban esa casa ninguna interrumpía los placeres del benjamín.

¿Cómo —me torturaba yo— no dicen nada de que no se escucha el piano? No solo no decían nada, sino que facilitaban la situación. Pero en ese momento no me daba cuenta. Tengo que reconocer, de todas formas, que la abusada lo pasaba bomba. El goce superaba la culpa. Sí, sentía culpa. Captaba que lo que ocurría era grave, que no se tenía que enterar nadie, pero no se me ocurría responsabilizar a Jorge. Jamás lo hubiera denunciado. Más bien me hacía cargo. Cuando papi regresaba del trabajo y preguntaba: *¿A que no saben de qué me enteré?*, yo palidecía. Alguien le contó, se lo dijeron. Pero no. Nunca se enteró nadie fuera de la casa de los pedófilos.

Aquel asunto olía a hongos y cerezas. Abrazos interminables que nunca más volví a recibir. Jorge me atraía de una manera atávica, más allá de cualquier código. Todo ocurría en silencio, como si no poner la situación en palabras le quitara entidad.

No recuerdo haberme enamorado ni tampoco sentir un rechazo intenso como con el del cine. Al

contrario: adquirí una especie de dependencia. Pero con el paso del tiempo brotaba también un resentimiento. No terminaba de ocurrir como en las películas. No me decía *te amo*, no me murmuraba palabras de amor, bah, no hablaba. Solo besaba y abrazaba durante horas. Lenguas-gargantas dale que te dale. Yo ignoraba qué eran la penetración, la erección, el coito. Pero de manera nebulosa sabía de qué se trataba. Tiempo después me pregunté por qué Jorge no habría avanzado. Hoy supongo que sería impotente. Tengo una pista.

Un día, en medio del fragor de la batalla, escuchamos pasos que se dirigían hacia nosotros. Alguien se habría olvidado de lo que allí ocurría porque el picaporte giró. Los labios se nos congelaron un microinstante e, inmediatamente, vino la estampida. De prisa, de prisa. Pero nos frenamos en seco con la vista fija en el picaporte que regresaba en cámara lenta a su posición habitual hasta clavarse en forma queda, como si no hubiera pasado nada, en su posición primera. No se escucharon los pasos deshaciendo el camino. Como si el imprudente hubiera recordado lo tácitamente prohibido —no pasar por el recibidor cuando Jorge está con la nena— y hubiera retrocedido en puntas de pies. ¿O se quedó al acecho?

A raíz de una percepción que tuve en el apurón de ese momento se me adhirió una sensación extraña en la mano derecha. Con la premura por levantarme del

sillón, me apoyé en la entrepierna de Jorge y toqué algo mórbido y flácido. Yo nunca había visto ni tocado un pene o, mejor dicho, había visto el de un exhibicionista, pero no cuenta porque lo consideré una rareza de ese hombre en particular y ni se me ocurría pensar que todos los varones portaban una *deformación* semejante. En realidad no sabía conscientemente lo que era una erección pero, aun así, me sorprendió esa blandura. Me pareció que algo no andaba bien entre las piernas de ese señor.

Mi único antecedente como observadora de bultos varoniles desnudos fue intimidante. Solo aquella vez del exhibicionista había visto algo tremendo entre unas piernas masculinas. Tendría unos 7 años. Regresábamos del colegio Sofía Bunge con Tita y una vecinita. Una de ellas llevaba una bicicleta y avanzábamos con lentitud. En los portones de Achalay —una quinta modernista fascinante— había un hombre. En una mano sostenía una bicicleta y en la otra un enorme trozo de carne rosada y turgente que salía de su entrepierna. La sacudía. Apuramos el paso mudas. Cuando estuvimos lejos, pregunté qué era eso que sostenía entre sus manos. Las otras chicas tampoco sabían. Concluimos que estaría enfermo, deforme. Nunca habíamos visto un pene ni teníamos la menor idea de lo que era una erección. Acostumbradas a jugar con muñecas y muñecos asexuados, no lográbamos concebir que aquella extensión carnosa (y para nosotras

monstruosa) fuese algo *normal*. Como lo tomamos por una anomalía de aquel señor de la Achalay, no se me ocurrió que Jorge pudiese tener algo similar. En cualquier caso, esa percepción algodonosa que capté entre las piernas de mi abusador varios años después no tenía nada que ver con aquella cosa larga y dura del exhibicionista. Mi *experiencia* sexual, entonces, consistía en un abuso en el cine a los 5 años, el encuentro con el exhibicionista, a los 7, y el abuso de Jorge desde los 13 hasta los 15.

Volvemos a casa de Lidia. Ese lobo solo aspiraba a comerse a la niña con abrazos y besos. Feroz por el abuso, pero manso por su manera de hacerlo. Un buen día terminó del mismo modo que empezó: de golpe. La única diferencia fue que la decisión la tomé yo. Cumplí 15 años y comencé a salir con un chico de mi edad. Una noche nos encontramos en una fiesta de una amiga en común. Yo alardeaba con mi novio delante de Jorge y su perversa familia (iban juntos a todas partes).

La fiesta fue larguísima. Cuando nos cruzábamos en el salón de baile se producía algo en el choque de nuestras miradas. Nuestras imágenes se replicaban al infinito porque estábamos en el estudio de mi maestra de danza, rodeados de espejos por los cuatro costados. Cotidianamente allí se hacía barra, elongación y delicados pasos de *ballet*, acompañados por el piano que tocaba Osvaldo, el hermano de Carmen Renato

Santágata, mi profesora. Él nos deleitaba con su música. Además de clásica o española para acompañar los ejercicios de baile, tocaba *jazz* por el simple placer de hacerlo. Cuando estaba solo interpretaba "Según pasan los años" y yo, que hacía poco había visto la película *Casablanca*, me dejaba llevar por la ensoñación y me imaginaba con una capelina blanca escuchando con los ojos entrecerrados mientras evocaba separaciones, desgarros, amores imposibles. Lo escuchaba desde lejos y me invadía una nostalgia no sé bien de qué, una ternura que todavía siento cuando suena ese tema.

La noche del encontronazo con Jorge y compañía estaba vestida de blanco y con un casquito de plumas coronando mis sienes. Me sentía un cisne triunfante. Mi actitud hacia Jorge quería ser desafiante; sentía que era mi revancha aunque no era demasiado consciente del motivo. Lidia y su parentela se transformaron en una familia de ojos entre criticones y asombrados.

Para la época de esa fiesta yo no estaba tomando clases de piano. Era verano. Pasaron dos meses y, cuando regresé a practicar, me abrió Lidia. Su mamá nunca me había dado ni la hora; sin embargo, el día de mi regreso me invitó a pasar a un cuarto con muebles oscuros. Allí había un aparato nunca visto en mi casa: un tocadiscos. Me avisó que escucharíamos un tema que había grabado Jorgito. Me sentí incómoda.

Un latigazo de extrañamiento me hizo vibrar internamente como si fuera una señal de alarma. *¿Qué es esto? Esta familia no para de dar sorpresas*, pensé. *¿Por qué a mí?* Me cruzó por la cabeza la idea de que con los demás alumnos no debería hacer eso. ¿Qué connivencia habría entre ellos? Algo en el ambiente olía a represalia. ¿De Jorge, de su madre o de todos los habitantes de la casa? No me producía ningún placer estar en ese lugar oscuro y con olor a encierro. Presentía otras presencias más allá de las puertas semicerradas. Esa mujer distante que ni siquiera me había invitado a sentarme también se estaba abusando de mí al obligarme a escuchar algo sin que yo supiera el motivo de tan extraño proceder. Del mismo modo que su hijo, me había paralizado con sus embestidas: ahora era ella quien me inmovilizaba con su extraña conducta. Levantó el brazo fonocaptor, apoyó la púa en el disco de pasta que no paraba de girar y sonaron unas guitarras que precedían la voz de Jorge. Extrañamente, ya que nunca me había hablado de amor, me sentí interpelada, secretamente vengada y gratamente sorprendida.

Ayer te he visto con otro.
Alegre te vi pasar.
Ganas tuve de gritarle
engañera p'ande vas.
Corazón vos me engañaste,

o es que no te comprendí.
Pensé que no la quería,
y hoy veo que no es así.
Tengo miedo muchas veces.
Tengo miedo de aflojar.
Tengo miedo que me obligues
corazón a perdonar.

¿Perdonar? ¿Su corazón tenía que perdonar? Me había manipulado como a una muñeca de trapo sin ninguna explicación. Nunca había manifestado nada más allá de sus toqueteos, no me tuvo el menor respeto, me usó como a un juguete erótico siendo él un hombre de la edad de mi papá y yo una nena ¡y, encima, se sentía agraviado! Si eso era un mensaje para mí, lo reconvertí. ¿Había pensado que no me quería y hoy veía que no era así? ¿Tenía ganas de perdonarme? ¿Miedo de perdonarme? ¿Estaba celoso porque me había visto con otro? Experimenté un oscuro torbellino de pasiones, aunque me recuperé de inmediato. La acusación de *engañera* me hacía sentir inmensa ante esa familia de gusanos. Fue un pasaje simbólico a la adultez. Casi podría asegurar que ese día comencé mi construcción de género a conciencia. A mis 15 años —presintiendo ojos y oídos de adultos despechados y pendientes de esa criatura que era yo ocultos a mi vista— pero me sentí fuerte, crecí, cambié de estatus, comencé a devenir mujer.

Ese oscuro objeto de deseo

Bochornosa siesta de verano. Calentura. La gente de la casa ha tirado colchones en el suelo. Algunos debajo de la parra, otros bajo el alero. Tío Antonio, el gordo (hay otro flaco), se arrebuja debajo del limonero. El sol se filtra por entre el follaje y lo pintarrajea con medallones color amarillo verdoso. Otros eligieron alguna habitación. Yo, el comedor.

Olor a cera fresca, colchón de una plaza tirado debajo de la mesa, postigos cerrados, calor. Parecería que las fuerzas que componen el universo se estuvieran desequilibrando. Estoy cuidando a mi primito de 3 años y medio. Tengo 17. Su mamá está enferma, internada en el Hospital Militar, en un momento en que ser militar no era una vergüenza o no nos dábamos cuenta de que lo era. Su marido era gendarme. Vivían en Neuquén. Él se había quedado allá, trabajando. En casa no querían al tío Pedro porque era morocho. A escondidas le decían *negro*. Aunque, a pesar de todo, a mis padres les gustaba cuando tío Pedro iba a visitarnos porque los vecinos lo veían con su uniforme. En ese tiempo predictatorial tener un militar en la familia otorgaba cierto capital simbólico. *O tempora, o mores!*

Me reubico en la tarde de la siesta. Rubencito, el hijo de tía Isabel, hermana de mi madre, y de tío

Pedro, su segundo marido (nunca se dijo claramente qué había ocurrido con el primero), es el único varón que conozco desnudo. Acabo de bañarlo. Antes había comido su puré de papa y zapallo con churrasquito; de postre, le di una mamadera que chupó con fruición. Se quedó dormido con la tetina entre los labios.

No hay ventanas. La puerta está cerrada. De todos modos, con semejante calor nadie anda levantado. Había que digerir, con 36º a la sombra, el pucherete con choclos y caracú (nos pelábamos por mojar el pan en la garganta grasienta del hueso) y las chuletas más tinto con soda y pan flauta.

Al nene lo acuno, se duerme en mis brazos. Observo lentamente sus rulos, su boquita, le tomo una mano, juego con ella, una arañita aceitunada dormida y dócil. Elevo su muñeca suavemente y suelto para que caiga a unos centímetros en mi otra palma. Con mucha suavidad, sin despertarlo. Me detengo en esos pequeños roces hasta que deposito su mano sobre uno de mis pezones. Contemplo largamente. Me toco, miro esa manito inerme y me sobreviene una tierna tibieza. Mis dedos se deslizan por mis suaves ondulaciones interiores, tibios territorios de placer. Empapada de flujos y transpiración acelero mis autocaricias. Profundas, intensas. Hasta que lo logro, hasta que se produce la descarga. Después del estremecimiento, se despabila la conciencia del

pecado y pienso en el domingo, día para confesarse. Mientras espero la absolución haré muchos actos de contrición.

Pésame, Dios mío, y me arrepiento de todo corazón de haberos ofendido. Pésame por el infierno que merecí y por el cielo que perdí. Pero mucho más me pesa porque pecando ofendí a un Dios tan bueno y tan grande como vos. Antes querría haber muerto que haberos ofendido y prometo firmemente no pecar más y evitar toda ocasión próxima de pecado. Amén.

Busco el equilibrio, como el de las estrellas muertas que en su interior profundo lo han logrado. Suena un trueno y, después de tomarse su tiempo, se filtra un relámpago. Manoteo una túnica de bambula blanca y me cubro. El niño duerme. Poco a poco la caricia traslúcida de la lluvia apacigua el sopor. Repiquetea el techo de chapa. Me invade una especie de serenidad y, al mismo tiempo, de desencanto. Lo fugaz, lo interdicto, el deseo, la culpa. Siempre retornando la alegoría de Manrique:

Cuán presto se va el placer,
cómo después de acordado da dolor.
Cómo, a nuestro parecer,
cualquiera tiempo pasado fue mejor.

Los violadores

Un día dejé de ser hija. Pero nunca imaginé que había algo más difícil aún: ser madre. Eran las cuatro de la mañana, escuché un grito desgarrador:

—¡¡¡¡Mamáaaa!!!!

Desde que se enfermó que no me decía *mamá*. No me había desvestido ni acostado. La tormenta se veía venir. Sábado, en realidad madrugada de domingo. Hacía tres meses que se había encerrado en su cuarto. No salía, excepto para comprar cerveza. Dormía buena parte del día. Cuando estaba despierta, accionaba un Wincofon automático y escuchaba continuamente el mismo disco simple. Una repetición sin solución de continuidad de "Some people feel the rain. Others just get wet", de Bob Marley.

Dices que amas la lluvia,
sin embargo, usas paraguas cuando llueve.
Dices que amas el sol,
pero siempre buscas la sombra cuando el sol brilla.
Dices que amas el viento, pero cierras las ventanas cuando el viento sopla.
Por eso es que tengo miedo cuando dices que me amas.

Transcurrieron más de treinta y cinco años y sigo sin saber qué me ocurre con ese tema. ¿Me sigue haciendo mal? El goce y la pena son los dos extremos del mismo dilema. Cuando evoco o escucho cualquier canción de Bob Marley, el placer choca con el dolor. Se produce en mi espíritu un encontronazo entre dos fuerzas de la misma intensidad y sentido contrario. Me gusta y no lo soporto. Sin ir más lejos, hoy tuve ganas de escucharlo, pero no lo aguanto.

Mi hija Fabiana también inventaba maneras de dejar señales en la casa. Picar una pared meses y meses hasta hacer un agujero que daba al exterior, deshojar la guía telefónica —que tenía miles de páginas— y empapelar las paredes con esas listas interminables en blanco y negro, arrancar molduras decorativas y tirarlas a la basura, traer algún gato que encontraba en la calle.

Su cuarto lindaba con el mío. Como ella de noche casi no dormía y recibía amigos constantemente, yo no podía dormir. Para cuando ellos caían exhaustos, yo tenía que prepararme para ir a trabajar. Un zombi todo el día. Finalmente, le exigí que se mudara al *living*. Era la máxima distancia que podía interponer entre nosotras, pero la conflictividad seguía: una intrincada madeja a la que las dos aportábamos, más su dolencia, más mi neurosis, más la precariedad económica, más la orfandad existencial de ambas.

Siempre era duro volver a casa; regresaba con temor. Algunas noches me quedaba caminando por San Telmo hasta que veía, desde la calle, que se habían apagado las luces. Si se hacía muy tarde y seguían encendidas, subía. ¿Qué me esperará?, ¿con qué me encontraré?, ¿qué haré si está agresiva? Durante los años más álgidos mis horas de sueño se acortaron como si volviera a tener bebés.

En los primeros tiempos sus invitados eran mansos, aunque tenebrosos. Había dos —amigos entre sí— que se turnaban para venir. Traían estimulantes, acrílicos, pinceles y delirios. Dibujaban y coloreaban las paredes del cuarto de Fabiana. Calaveras y monstruos rojos, negros, amarillos chirriantes. Me parecía escuchar los gritos de esas imágenes. Esperpentos que laceraban el alma. Ojos desorbitados, cruces y carcajadas, cementerios, carne destrozada. El eterno retorno de la pesadilla del cajón de las revistas lleno de trozos de carne humana.

Si bien Fabiana desde bebé exteriorizó algunos trastornos, yo relativizaba esos síntomas, por supuesto, sin darme cuenta. Se trataba de episodios separados por meses o años: un ataque de ira inesperado, manifestar horror porque una *arruga* se deslizaba por sus sábanas o *flashes* alucinatorios. Fueron pocos, pero significativos. Imagino que no podía concebir que mi hija no fuera *normal*, fundamentalmente porque la mayoría del tiempo parecía serlo.

Pero mi conciencia actual desestima esos testimonios y no puedo dejar de sentir responsabilidad por su quiebre definitivo. Mi culpa mayor tiene que ver con una noche cuyo recuerdo me perseguirá hasta la muerte. Ella todavía no se había brotado y no consumía ningún tipo de droga. Llegué a casa de madrugada. Había decenas de chicas y chicos. Fabiana estaba de fiesta. Borracha y caliente, yo regresaba de una tanguería del sur de la ciudad. Habíamos franeleado con un compañero durante horas sin consumar nada. Me llevó en auto hasta la puerta de mi casa y nos despedimos apurados y con una especie de pudor. ¿Qué nos pasó? Quedé confundida y frustrada. Irrumpí en mi casa; parecía un boliche: música y gente joven por todas partes. Yo, pelos puntiagudos, cuero, tachas. Ellos, adolescentes de clase media. Me costaba mantenerme en pie. Solo quería refugiarme en mi cuarto. Chorreaba calentura. Los pendejos se dieron cuenta.

Abrí la puerta de mi habitación. Estaba poblada de gente tanto o más caliente que yo. Los eché, pero uno se quedó. Lo dejé. Se metió en mi cama. Cuando acabó se fue. Entró otro, lo dejé también, aunque resultó un pesado quejumbroso. *¡No, no me toques!, ¡ahí no!, ¡suavecito!, ¡no me abraces fuerte!, ¡la hernia, estoy recién operado!* En fin, un plomo. Lo expulsé de mi cama. Me levanté para abrirle la puerta y me encontré con un montón de jóvenes. Formaban una prolija fila esperando para coger conmigo.

Les grité que se fueran, saqué al recién operado, cerré con llave y me fui a dormir. Pero ya era tarde. El rumor había llegado a Fabiana. El episodio le hizo mal a ella pero también me hizo mal a mí. Tiempo después, ella me enrostró violentamente lo ocurrido aquella noche. A mí me sigue pesando. Como *lady* Macbeth, me froto las manos y no logro borrar la profanación. *Todavía tengo aquí una mancha.* Padezco el arrepentimiento como el personaje de Shakespeare, aunque quisiera ser como el de Leskov, una *lady* Macbeth sin remordimientos. Solo lo logro en mis momentos nómades, no siempre.

Ahora bien, respecto del callejón asfixiante en el que viví, primero como hija y luego como madre, aspiraba —quizás ingenuamente— a un resarcimiento a lo Nora de *Casa de muñecas*, de Ibsen. Pero encerrada en esos tortuosos meandros existenciales me sentía como el prisionero de *Expreso de medianoche*, de Alan Parker. Estaba en una cárcel de infortunios desconocidos y temibles.

¿Elegí esa noche lastimar a mi hija? No, obviamente, pero soy responsable. ¿Eligieron mis padres cargarme con la mochila de una agresión que en realidad no cometí (clavarle un cuchillo a mi hermana)? Imagino que no, hicieron lo que pudieron, pero no se los perdono. El cuerpo y el espíritu están compuestos de multiplicidades que desconocemos de las que solo captamos algunos detalles y nos quedamos pegados a

ellas. La conciencia es una especie de ilusión, de sueño en la vigilia. Dice Spinoza que, así como un niño cree desear libremente la leche, un joven furioso desea la venganza y un cobarde, la huida; un borracho también cree decir o hacer libremente lo que sobrio nunca habría dicho o hecho. Y, como borrachos, andamos por la vida. No anhelamos algo porque lo consideremos bueno, sino que decidimos que es bueno porque lo deseamos.

No obstante, los códigos morales nos pesan como las jorobas y los bultos a un camello. Y como esos animales cuando están domesticados, nos arrodillamos para recibir más carga, más codificaciones culpabilizantes. Zafar de esos códigos es devenir nómade; liberarse de remordimientos y resentimientos, asumir lo inevitable. Dice Zaratustra: *¿Esto es la vida? ¡Quiero más! ¡Así la quise!* Reafirma la jovialidad, acepta los imperativos del deseo y consolida el cuerpo. Gregor no deviene animal porque su cuerpo se haya transformado en cucaracha —eso es la metamorfosis anatómica—; deviene animal porque deja de sufrir por sus obligaciones filiales y laborales. Se olvida de las preocupaciones y las sobrecargas; es mero cuerpo sin gravitaciones moralizantes.

Regresemos a la época de los comienzos del brote. Los dos amigos que se turnaban desaparecieron un buen día. Comenzaron a venir otros más reventados. Una tarde llegué y no pude abrir la puerta. La

llave de Fabiana estaba puesta por dentro. Toqué timbre, la llamé a gritos, nada. El portero me ayudó con paciencia, la misma que a mí me faltaba. *¿Qué estaba pasando allí adentro?, ¿estaba viva?, ¿por qué no contestaba?*

Recordé cuando tenía 4 años y se perdió en Mar del Plata. Dos horas recorriendo balnearios con mi hermana Tita, bajo el sol, con sed y entre aplausos. Porque en la playa se corre rápido la voz cuando hay un menor extraviado, aunque nadie te ofrece un poco de agua cuando lo buscás desesperada. Corríamos bajo el sol impiadoso, le preguntábamos a la gente. A nuestra izquierda batían palmas mientras a la derecha el mar se deshacía en la rompiente que me provocaba con su misterio insondable. *¿Estará ahí? ¿Se la tragó una ola? ¿Se la habrá llevado un pedófilo? ¿Estará viva o muerta? Por favor, ¡que aparezca!* Y el sol que no daba tregua. Sin lentes oscuros, por momentos nos enceguecía. Y nosotras en traje de baño, agotadas y sin dinero para nada, ni siquiera una gaseosa. Hasta que desde un patrullero nos avisaron que había aparecido, que estaba a 1 kilómetro rumbo al norte. Les rogué que nos alcanzaran con el auto. Se negaron. Ya no podíamos correr. Seguimos caminando. Cuando finalmente la encontramos, estaba sentada tranquilamente en el atalaya de un bañero.

El día que no podía abrir la puerta —tantos años después— mientras el encargado trataba de destrabar

la llave, en mi cabeza desfilaban escenas de aquellas dos horas malditas en Mar del Plata. Ahora mi propia casa era una playa inhóspita y sin aplausos. Finalmente se abrió. Alivio y tormento. Me abalancé al comedor. Frené en seco. Retrocedí. Le rogué a Salvador (atinado nombre para un encargado) que se fuera. Cerré la puerta y avancé expectante. Fabiana estaba en su cuarto —el *living*— acostada con un tipo pálido como un muerto. Parecía un enfermo de sida de esa época, los ochenta, en que las muertes llegaban temprano.

Vestido de cuero negro, de uno de sus bolsillos sobresalía una sevillana. Me acerqué con cautela para ver si respiraban. Ni el calor de la estufa eléctrica encendida a centímetros de su rostro le daba color a esa máscara cadavérica. Los dos cuerpos yacientes semejan esculturas sepulcrales. Estaban perdidos entre las brumas de sus paraísos químicos. *Heavy*, incluso para mí. Botellas caídas, ceniceros atestados, puchos a medio fumar, bolsitas de celofán abolladas, una pelotita de papel dorado, el colchón en el suelo y el parqué sembrado de jeringas descartables. Mi cabeza estallaba. La sordidez del espectáculo era de las mismas dimensiones que mi impotencia. ¿Qué hacer? ¿A quién acudir? Me sentía parada sobre una bestia siniestra que en cualquier momento se sacudiría. Ni intenté despertarlos; temía lo que pudiera ocurrir, pero no podía irme de ahí. Tendría que estar atenta y esperar a que se les pasaran los efectos de lo que habían consumido.

Este episodio terminó como tantos otros: después de unas horas se despertaron, el tipo se fue, Fabiana no quiso hablar de lo sucedido. Yo me sentía cada vez más impotente para enfrentar aquel descontrol.

Al contrario de lo que pensé, la mudanza de cuarto no mejoró las cosas. Se apagó el ruido constante, es cierto, pero se encendieron otros. La convivencia era caótica. Del otro lado de una de las paredes de mi cuarto estaba la heladera. Durante la noche Fabiana la habría intempestivamente para sacar cerveza y la cerraba con furor. Me sobresaltaba. El golpe fantasmal se reiteraba a lo largo de todas las noches. Lo introyecté y aún hoy sigue presente. Justamente, la película de Martín Farina sobre mi vida, *Mujer nómade*, pone un énfasis especial en las desventuras de mi apnea del sueño. La escena en que me despierto violentamente y me siento en la cama como accionada por un resorte me permitió ver mi horror desde afuera. Siempre lo había experimentado desde adentro.

Que muestre estas circunstancias privadas parece obvio para quien me conoce. Pero, quien no, se puede sorprender. *¿Por qué se expone de esa manera?*, me preguntaron en el estreno de *Mujer nómade*. *Porque vivo en estado de parresía*, contesté casi sin pensarlo. Pero resulta que es así. Vivo atravesada por el decir franco y visceral. El parresiasta todo lo dice, se abre y va de frente sin remilgos. Asume el riesgo de que sus expresiones puedan ofender, pero disfruta la ventaja

de generar posibles empatías y conexiones fecundas. Foucault considera que este tipo de verdad implica un coraje que —elaborado conceptualmente y fortalecido por la práctica— representa un modo de ser en el mundo; una estética de la existencia: la de decir la verdad sin medir las consecuencias.

Meses antes de la noche del grito, durante uno de nuestros últimos contactos amigables, nos sentamos en una plaza y lloramos desconsoladas. Nos sentíamos perdidas. No sabíamos qué hacer. Después de sus 18 o 19 años nunca supimos qué hacer la una con la otra. Hubo varios momentos sórdidos; algunos de tan patéticos no parecían reales, como la noche que me la trajo un taxista después de que cuatro tipos le hubieran robado todo de su cuenta bancaria (en tiempos en los que no había límites para las extracciones del cajero automático) y la hubieran golpeado. La ropa destrozada, moretones por todas partes, la hinchazón le impedía abrir un ojo. En la cabeza, una especie de círculo rojizo brilloso: le habían arrancado un mechón de pelo y jirones de cuero cabelludo.

¿Qué ocurrió entre las dos para que nuestra relación se deteriorara de ese modo? Y, por otra parte, ¿cómo, trabajando y criando a mis hijos, pude, a la vez, llevar a cabo mis relegados proyectos de formación intelectual? ¿Cómo pasé de peluquera a académica?, ¿de un rinconcito al fondo de la peluquería en Ituzaingó a un departamento en San Telmo? Todo se

fue entrelazando. Una vez que me decidí a estudiar, no cejé por más que arreciaran los problemas ni paré de trabajar ni dejé de disfrutar por más que habitara en los infiernos.

La noche del grito corrí al *living* y vi a Fabiana totalmente desnuda. Blanquísima entre tres hombres oscuros, desalineados y vestidos de negro. Dos la sostenían con fiereza por los hombros. Se contorsionaba inútilmente tratando de zafar. El tercero se estaba desvistiendo y se sacaba los borceguíes. Se preparaban para violarla. Desde el vano de la puerta vociferé que la soltaran. Se congelaron. Me miraron sin terminar de verme. Estaban atiborrados de pastas y alcohol. Quedaron estupefactos. ¿Cómo?, ¿más gente? No entendían. Sin embargo, cuando entraron —media hora antes— me había acercado al *living* para rogarle a Fabiana que sacara de casa a esos desconocidos. Me contestó que me fuera, que la dejara tranquila, que eran sus amigos. Los ojos inyectados en sangre, los puños crispados, los dientes apretados. Tan dados vuelta estaban los tipos que no se dieron cuenta de nada ni me vieron.

No sabiendo qué hacer me fui a mi cuarto a velar, a esperar el viento y la marea. Tenía miedo. De pronto surgió de mi boca un canturreo. Una especie de ritornelo que me tranquilizaba un poco. Ta ta ta ra ra ra ra. Ra ra ra ta ta ta ta. Era como si con los pulsos de mi voz festoneara el caos circundante, como si restableciera cierta armonía en el mundo, como si delimitara

un territorio ordenado ante la inmensidad indefinida del descontrol.

No tenía a quién pedir ayuda. Desde que con Fabiana todo se salió de cauce, me había cansado de tocar puertas en vano. Las personas más cercanas se convertían en las más lejanas. Gustavo, mi hijo, se había ido de casa; él tenía sus propios problemas; se mantuvo y me mantuvo lejos. Tío Carlos, mi preferido, silenció su teléfono. Mis padres ya me habían demostrado (con la lejana escena del cuchillo en el hombro de mi hermana, entre otras similares) hasta qué punto no se involucraban en mis problemas. Nunca tuve muchos amigos y los pocos que quedaban no sabían cómo ayudar. Las instituciones de salud no querían intervenir porque Fabiana se resistía a ser tratada. Solicité audiencia con un prestigioso juez de la Nación. Era amigo de un amigo. Le hablé de mi situación, le conté mi drama. Me dijo: *Los jueces tenemos las manos atadas, todo se instrumenta mediante la policía. ¿Quiere que le mande la policía a su casa? ¡No!*, contesté. *Me imaginaba*, me dijo. *Lo único que puedo hacer es recomendarle un grupo de ayuda para padres de adictos.* Y me advirtió que no fuera a cualquiera, porque había agrupaciones que en realidad estaban al servicio de la droga. Me comentó que después de cada campaña —o de ciertas campañas— la gente consumía más. Fui al grupo y cumplí con sus sugerencias de manera casi religiosa, pero no sirvió de mucho.

¿Qué hacer? Los psiquiatras se borraban (o los borraba yo por impagables e incompetentes), los jueces se declaraban impotentes, las asociaciones de *lucha contra las drogas* se hacían las distraídas y los allegados miraban para otro lado (o yo dejaba de mirarlos porque no podía incorporarlos a mi drama). Como último y fallido recurso acudí a Guillermo, mi ex marido, el padre que la abandonó de chiquita. Cuando vio en lo que se había convertido su hija, hizo lo de siempre: huyó. Eso la alteró más. Todas sus amigas se habían alejado. Los vecinos, cuando escuchaban los ruidos que salían de mi casa, se encerraban con siete llaves tras sus puertas tranquilizadoras. Una vez uno me confesó que había ido a la comisaría y no le habían querido tomar la denuncia por ruidos molestos. Me enteré de que en una reunión de consorcio (en esa época yo no asistía por vergüenza) se decidió que el administrador —que era abogado— me amenazara con un juicio por el alto volumen de la música que Fabiana escuchaba, por el batifondo cuando rompía cosas, por los gritos que daba cuando yo no estaba, por las peleas que manteníamos casi a diario. Por piedad o desidia nunca lo hizo. Tampoco me ofreció ayuda.

De modo que esa noche no tenía (o no se me ocurría) otra alternativa más que estar atenta, tararear, esperar. Cuando ella pidió socorro fui corriendo, los enfrenté, les mentí. Dije que venía un patrullero y que el portero estaba bajando. Como en cámara lenta la

soltaron con movimientos de autómatas. Ciborgs intoxicados. Ella comenzó a vestirse; el de los borceguíes, también. Los apremié. Estaban tan sorprendidos que, extrañamente, me hicieron caso. No se daban cuenta de que no había nadie más en la casa. Yo sentía que estábamos en inferioridad de condiciones, que podrían haber hecho lo que quisieran a pesar de que yo era la única lúcida y de que ellos estaban perdidos de intoxicados.

Abrí la puerta de mi departamento y los empujé hacia el ascensor. La bajada fue eterna. No veía la hora de que estuvieran afuera. Salieron a los tropezones. Tan pronto como expulsé al último cerré con llave. La entrada al edificio es de vidrio y hierro forjado. Me di cuenta de que el frío de la madrugada los despabiló. Comenzaron a golpear los barrotes. Se prendieron al timbre. Me precipité otra vez al ascensor. El corazón se me salía del pecho. Irracionalmente temía que se metieran otra vez en mi casa. Sea como fuere, no era momento para relajarse. Subí con la esperanza de que lo expeditivo de mi trámite me hubiera granjeado la gratitud de Fabiana.

La encontré parada en un mar de vómitos gritando desaforada. Me reprochaba haber echado a sus amigos. Inútil decirle que habían estado a punto de violarla; no me creía. Gritaba y gritaba. Intenté calmarla y no lo logré. Intenté limpiar, me atacó. Una seguidilla de golpes sin ton ni son y un puñetazo en un seno. No

sabía cómo defenderme. Finalmente, manoteé una silla para usarla como escudo. Le rogué que se acostara. Resistía, me acusaba de que la quería ver desnuda. Me decía lesbiana. El enchastre se desparramaba. Los recuerdos se repliegan y se desdibujan como una pantalla cinematográfica que se estuviera por prender fuego. No sé cómo, pero finalmente se acostó. Durmió. Miré desolada la inmundicia. Me sentía una mierda por no tener el valor de matarla y matarme.

A todo esto, mi vida pública y el resto de la privada seguía casi como si nada. En contadas ocasiones tuve que suspender mi asistencia a congresos o viajes de placer. A mis compañeros de trabajo más cercanos les contaba, algunos me ofrecían ayuda, pero ¿quién podía ayudarme cuando inesperadamente tenía que bajar a pagarle a un taxista que la traía en estado calamitoso? Para peor, en esa época no existían los teléfonos celulares. Vivía rebotando entre impotencias y acciones desesperadas.

Me paré ante esa encrucijada y arremetí. Me propuse lo mismo que cuando mis padres me acusaron falsamente: decidí valerme por mí misma. No me dejé colonizar por los desaguisados domésticos. Los afronté sin dejar de perfeccionar mi filosofía, seguir estudiando, escribiendo, publicando, disertando, viajando por estudio o por placer; sin dejar ni por un momento de competir en el mundo académico y de la difusión filosófica. A Fabiana, después de que me propinó

una segunda paliza, le procuré un departamento para que se fuera a vivir sola. Antes le había conseguido un trabajo como no docente en la UBA, donde sobrellevaron discretamente su extrañeza. Hacía lo que le indicaban, pero no se le podían acercar. Ahí también atacó y fue atacada. Pero ¡qué extraño! a pesar de su excepcionalidad, no registraba ausencias ni llegadas tarde. ¡Tantas cosas que no puedo explicarme de mi hija! Una perfecta desconocida. Cuando se fue de casa disfruté la soledad, aunque durante treinta años seguí haciéndome cargo de ella y siempre se mantenía en el horizonte de mis preocupaciones. En 2014, dirigí un congreso de filosofía en la Biblioteca Nacional y, al mismo tiempo, me ocupaba de Fabiana, que estaba en terapia intensiva (ya hablaré más adelante sobre esto).

La noche de los violadores —con ese término quedó fijada en mi memoria— la miré dormir con alivio y la dejé a oscuras. *Ojalá descanses, mi pobre niña.* Fui al baño, encendí la luz y me miré en el espejo. Tenía la cara llena de granos. Todo el cuerpo brotado. Desde ese día me convertí en alérgica para el resto de mi vida. Pensar que la noche anterior, cuando me pidió plata para pasear, me había puesto contenta. Creí que salir le haría bien. No pude imaginar lo que ocurriría y, aunque lo hubiese imaginado, no lo habría podido evitar. Me había dicho que se iba a Cemento. Nunca supe si llegó a entrar. Quizás a esos tipos los conoció en la previa y se quedaron consumiendo juntos. La

idea —según me comentó antes de salir— era escuchar a Los Violadores. Tampoco sé si llegó a verlos, solo sé que se trajo tres a casa.

Desde pequeña quise escaparme de las represiones familiares. Creí que la emancipación surgiría con el estudio. Soñaba con el Colegio Nacional de Buenos Aires. Lo conocía porque en el primario, tanto en los libros de lectura como en las clases que nos daban las monjas (en mi época todas las maestras en los colegios católicos eran *hermanas* consagradas, es decir, ni laicas ni novicias), decían que varios de nuestros héroes habían asistido a ese colegio. Yo lo había idealizado como el paso previo a la universidad que, para mí, tenía que ser la de Buenos Aires. Estaba al tanto de la existencia de otros —también por los libros de lectura y por clases de las monjas—, pero la que yo elegía era la UBA. Esas dos instituciones —Nacional Buenos Aires y UBA— constituían la idea que regulaba mis expectativas de futuros estudios. Además, en tercer grado había leído fragmentos de *Juvenilia*, de Miguel Cané. Todo en ese texto tenía que ver con el Buenos Aires y me parecía maravilloso. Ni me daba cuenta de que no había estudiantes mujeres entre los personajes. No tenía internalizada la discriminación de género, que era más fuerte en la época que narra Cané, pues cuando yo aspiraba a ir allí ya había mujeres, si bien eran minoría, tal como supe por mis charlas con una monja amiga, la hermana Inocencia. Por

las preguntas que me suelen hacer las personas jóvenes cuando les cuento mis aspiraciones intelectuales a tan temprana edad y perteneciendo a una familia de clase no ilustrada me doy cuenta de que he recibido una educación primaria de excelencia y de que los primeros libros que entraron a mi casa fueron los de lectura que nos proveían nuestras maestras. Recuerdo más vagamente los religiosos y los manuales, y todavía conservo al que más amé. Se trata de un texto de principios del siglo XX que una monja le había regalado a mi hermana Tita. Como ella ni lo miraba, me lo apropié, como antes me había apropiado de su muñequita negra. Tita ni se dio cuenta y yo todavía lo atesoro en mi biblioteca: *Iniciación literaria* de Delfina Bunge de Gálvez, de la editorial HME de Buenos Aires, publicado en 1937. En la primera página tiene una inscripción en lápiz: Nélida Isabel Lanaza, 1828. ¡Qué extraño! Este libro me sigue dando sorpresas: nunca había reparado —hasta hoy— en esos números que ni siquiera sé si se refieren a un año, a pesar de que hace casi setenta que lo tengo. También soñaba con la universidad y con hacer un doctorado, pero me cortaron los sueños en seco cuando me negaron el secundario. Traté de llenar mi vida con las limitadas posibilidades que habilitaba el mandato. Estudios ocasionales y no institucionales, casamiento, hijos, trabajos *cerca de casa* (mi peluquería, que monté cuando mis chicos eran pequeños, estaba a metros de la estación

Ituzaingó). Luego di el gran salto: divorciarme, dejar el barrio, construirme como intelectual, derrumbar ídolos. Me fugué de los imperativos negadores de la vida en los que crecí.

El doctorado, las publicaciones y los logros académicos, junto con los contratiempos, fueron la materia en la que me reconstituí como sujeto. El ejercicio pleno de la profesión me salvó, me completó, me dio penas también, pero llenó de sentido todo lo que había vivido. Comprendí, de una vez y para siempre, que la filosofía —para mí— era una forma de vida. He encontrado en su estudio, elaboración y difusión los momentos más intensos. He llegado a algo que —si no lo es— se parece bastante a la felicidad: he encontrado la serenidad.

CAPÍTULO 3
MÁS ALLÁ DE LAS PROHIBICIONES

Estudiar

Hay otra cosa de la que debo ocuparme antes de educar chicos: me tengo que ocupar de educarme a mí misma, exclama Nora cuando decide dejar para siempre la casa de muñecas en el drama de Ibsen. *¿No tenés acaso deberes para con tu marido y tus hijos?* [...]. *Tengo otros deberes igual de sagrados,* dice Nora, *los deberes conmigo misma.*

¿Es verdad que los gallos cantan cinco veces por noche? Así decían cuando yo era chica, aunque únicamente los escuchaba cuando se hacía de día. En nuestro gallinero había uno con plumas moradas que caían lánguidas desde su cerviz. El plumaje del cuerpo era un mosaico de tonos grises, celestes y negros con puntitos púrpura. ¿La cola? Un plumero de plomo y plata. Cuando el gallo andaba se le encendían unos chips blancos como si el cuerpo se le embrujara al caminar. Lo único que no me gustaba era la cresta roja. Se alargaba hasta debajo del pico convertida en

colgajos sanguinolentos similares a esas plantas que los mexicanos llaman *flor de terciopelo*; me produce el mismo asco que el moco de pavo. Excepto esa vulva arrepollada, era el gallo más bello de la vecindad. Ese plumaje iridiscente llevaba la voz cantante. Era el primero en dar el tono para iniciar la serie de cantos chillones que se expandían por el barrio cada mañana.

Recuerdo una en que me despertó su quiquiriquí. Tenía 5 años y sabía que ese miércoles no iría al jardín de infantes. Toda una rareza en épocas en que hasta los sábados eran laborables. En realidad, mi papá trabajaba siempre porque los diareros solo tenían cuatro o cinco francos anuales. Pero ese día regresó temprano. Teníamos visita: un familiar de La Violeta, un pueblito del interior de la provincia de Buenos Aires tan poco poblado que —según mi papá, que había nacido ahí— en la ruta de acceso había un cartel que decía: *Pase despacio si quiere ver el pueblo*. Hablaba con un humor y un cariño ambivalente de ese puñado de viviendas precarias que evidentemente no le traía buenos recuerdos.

Mi papá siempre llevaba gorra con visera y no se la sacaba ni cuando estaba en interiores. *Por la condena*, decía. Su desgracia provenía de una de esas sillitas altas para niños en la que lo sentaron sin sujetarlo. La abuela Cándida, su mamá, había colocado un brasero para paliar el frío del rancho de barro y

el niño cayó de cabeza al fuego. Llevó esa cicatriz toda su vida: la marca de cada carbón encendido en su lampiño cuero cabelludo. La parte superior de la cabeza le había quedado achatada. El recuerdo de ese accidente que no presencié pero sufrí tiñó mis primeros años. Una noche vi la *condena*. ¡Qué deseos de que el tiempo volviera atrás para sostener a ese bebé y que no se cayera!

La Violeta. De ahí venía el tío Félix, que trajo el chanchito que ajustició en el gallinero de mi casa. El primer chillido lo escuché desde la cama. Me levanté de prisa, salí al patio, accioné la palanca de la bomba colgándome de ella dos o tres veces y junté agua en un tacho, me lavé la cara, me sequé apurada y corrí al fondo. *¿Qué pasó?, ¿por qué grita? Porque lo maté*, dijo mi tío, mientras se acercaba a saludarme con la cuchilla ensangrentada en la mano. *¿Lo mató y sigue chillando? Sí, eso ocurre cuando se matan chanchos.*

Pensé que en realidad no sabía matarlos, pero nadie parecía escandalizarse. Al contrario. Al promediar el día, otro tío comentó medio socarronamente que así debería estar agonizando Perón en Martín García. Yo ignoraba quién era Perón, qué era Martín García. Una nueva fuente de interrogantes sin respuestas. Presté atención y escuché que los militares estaban por matar a ese hombre. Me daba miedo no solo la posible muerte del desconocido, sino la desaprensión con

la que hablaban los mayores de un posible asesinato. Cuando dejó de quejarse, me olvidé del chancho, pero seguí mal por Perón.

Horas y horas estuvo dorándose a fuego lento. El lechoncito quedó para la cena y, a pesar de que había visita, me tuve que ir a acostar temprano como todas las noches. Pero seguía preocupada por ese señor. En aquel tiempo no había tele, ni computadora, ni jueguitos digitales; en fin, no había nada para entretenerse hasta que viniera el sueño. Además, teníamos que permanecer a oscuras. Esa noche, en lugar de dejarme ganar por el terror nocturno —las obsesiones colonizaron gran parte de mi vida—, como de costumbre, trataba de escuchar lo que hablaban los mayores.

De pronto hubo exclamaciones y alguien subió el volumen de la radio. Me levanté descalza y, en puntas de pie, fui hasta la puerta y *paré la oreja*. Decían que Perón estaba siendo aclamado por muchísima gente, que lo habían traído desde Martín García, que lo vitoreaban en Plaza de Mayo, que el pueblo lo había salvado, que todos los que estaban allí lo querían y no sé cuántas cosas más. Me fui a dormir tranquila contenta de que ese señor se hubiera salvado y de que la gente estuviera de fiesta y yo, que todo quería saberlo, no supe (no podía saberlo en ese momento) que el día en que tío Félix mató el cerdo nació el peronismo.

Luego me enteré de algunas cosas, pero otras continuaron sin respuesta. Por ejemplo, supe que Martín García es una isla pero ¿por qué ese nombre? Nadie sabe, nadie contesta. ¿Por qué querían matar a Perón? Ni idea. Esas preguntas, y otras, se iban acumulando. En ese momento me faltaban unos meses para entrar al primario (aún no había cumplido los 6 años) y ahí sí, pensaba, comenzaría a aprender todo. Por ejemplo, qué ocurrió realmente el 17 de octubre de 1945 y por qué la gente *se mojaba las patas en la fuente*.

Ahora bien, a pesar de que muchos decenios después, cuando escribí *Buenos Aires, una mirada filosófica*, investigué en libros y documentos y viajé a Martín García recorriendo y preguntando, nunca encontré respuestas creíbles para una extraña particularidad de esa isla: el bizarro formato de las cruces del cementerio. En mi libro lo expreso así:

En 1515, Juan Díaz de Solís partió de Sanlúcar de Barrameda hacia lo que resultaría una gran confusión. Solís no era un simple aventurero como Hernán Cortés o Francisco Pizarro, su misión —aunque no exenta de afanes de riqueza— se movilizaba también por razones científicas. Aspiraba a corroborar la teoría del ya fallecido Américo Vespucio y encontrar un brazo de agua que permitiera seguir navegando hacia Oriente. Juan Díaz —que poco tiempo después sería comido vivo por los charrúas— al

atisbar el estuario, del actual Río de la Plata, lo juzgó un mar. Decidió adentrarse en esas aguas dulzonas y marrones. Mientras tanto en uno de sus barcos moría un marinero. Eligió sepultarlo en una solitaria isla selvática. La bautizó con el nombre del joven muerto, que se llamaba Martín García. Es extraño el destino de esta isla que, una vez consolidada la población del Plata, sirvió durante mucho tiempo para cárcel o destierro de los políticos en conflicto con el régimen gubernamental de turno. Una curiosidad de la disposición urbana es que la mayoría de las tumbas, que se fueron instalando a través del tiempo, presentan el travesaño de sus cruces "ladeado" en lugar de horizontales. Esas cruces no forman cuatro ángulos rectos, sino dos agudos y dos obtusos. Las explicaciones a esta curiosidad son rebuscadas y poco creíbles. Pero no deja de ser significativo que el primer símbolo occidental en el territorio hoy argentino, emplazado en aguas hoy uruguayas, no haya sido un árbol fundacional, como era común entre los conquistadores españoles, sino una cruz mortuoria. Y que el primer "habitante" de este suelo haya sido un muerto.

Al promediar la década de 1960 los chascarrillos populares denominaban *YPF* a la isla Martín García pues ahí habían estado encarcelados, entre otros, tres políticos argentinos: Hipólito Yrigoyen, Juan Domingo Perón y Arturo Frondizi. Los tres, antes o después de su encierro isleño, presidieron la República Argentina.

Pero el día del cerdo yo no discernía ni lo que quería decir *política*.

Rememoro esa época y me veo a mí misma encerrada en una armadura de prohibiciones y ninguneos. Acusarme de algo que no cometí, no dejarme ser amiga de varones, ni usar pantalones, ni salir con amigas ni con nadie que no fuera de la familia (y adulto), no aceptar que estudiara bandoneón porque *no era para mujeres*, entre otras, aunque la raigal, la peor de todas, fue no permitirme que siguiera estudiando después del colegio primario.

Sentía que me trataban de idiota porque mis padres solo me habilitaban para que estudiara lo admitido a mitad de siglo pasado para una señorita: piano, danza, bordado a máquina u otras actividades sin relación alguna con mis anhelos. Aceptaba porque en algo tenía que ocupar el tiempo, pero llevaba mi calvario bajo la ropa, y no solo metafóricamente. El pasaje al estado matrimonial agravó todo, hasta las prohibiciones. Y así como siendo soltera intenté una salida por el absurdo, ser monja de clausura, una vez casada hice algo parecido: me suscribí a una comunidad religiosa para laicos. Llevé hábito interno, que consistía en un relicario con un sistema de ataduras para fijarlo al pecho: un rectángulo con cintas en sus cuatro ángulos que se ataban en la espalda. A veces usaba también cilicio, que es una faja pinchuda o una soga con nudos atada con saña a la piel.

Tomás de Kempis *dixit* en *La imitación de Cristo*:

Quien no se mortifica, pronto es tentado y vencido por cosas pequeñas y viles. El débil de espíritu está inclinado a lo animal y a la sensibilidad, y no sabe abstraerse a los placeres. Pero si alcanza lo que desea siente luego pesadumbre por el remordimiento de la conciencia; porque siguió su apetito, el cual no aprovecha en nada. Al resistir las pasiones se alcanza la verdadera paz, y no en seguirlas. No hay paz en el hombre carnal, sino en el fervoroso [...] en el que sabe llevar su cruz.

La primera orden de San Francisco es para varones consagrados, la segunda para mujeres con votos de pobreza, obediencia y castidad, y la tercera, seglar, para personas que desean cumplir reglas monásticas sin recluirse. Pertenecí a la tercera desde los 21 años —cuando ya estaba casada— hasta que me separé, cuatro años después. Mi director espiritual era un franciscano de San Antonio de Padua. A escondidas —porque mi marido repudiaba mis prácticas devotas y por el pudor que producía, en mi mente calenturienta de aspiranta a devota, la imagen de algo así como copular con Jesús— comulgaba diariamente en la parroquia San Judas Tadeo de Ituzaingó. Me confesaba semanalmente y usaba el escapulario color tierra casi a tiempo completo.

El padre Antonio, mi confesor, me recomendaba que me acomodara bien el relicario debajo del camisón así mi marido no lo advertía. Él sabía que Guillermo me prohibía practicar el catolicismo más allá de la misa dominical y a mí me avergonzaba decirle al fraile que el coito lo realizábamos desnudos. Excepto ese abandono momentáneo, cumplía rigurosamente el resto de las reglas: oraciones, abstenciones, penitencias, limosnas y lecturas piadosas. Sin embargo, cumplir no me eximía del sufrimiento y la culpa por mentirle a Guillermo, por ejemplo, pero de lo contrario me vigilaría aún más y no me dejaría asistir a mis ritos. Hoy los pienso como una línea de fuga masoquista.

También sufría de chica cuando mis padres nos echaban en cara todo lo que sacrificaban por nosotras. Quienes exaltan la niñez como el colmo de la felicidad en realidad están haciendo una reconstrucción a posteriori. ¿No sufrieron miedos nocturnos?, ¿no temían perder a sus padres?, ¿y la oscuridad?, ¿y la timidez ante los desconocidos?, ¿y la agresión de los otros niños?, ¿y la impotencia ante la violencia?, ¿y el terror a la muerte? Cuando, siendo adulta, leí *Aden Arabia*, me identifiqué con Paul Nizan y el malestar de su frase inicial, aunque extendiéndolo hasta la niñez. *Yo tenía veinte años. No permitiré que nadie diga que es la edad más hermosa de la vida.*

Los interrogantes que me acuciaban de pequeña eran como bumeranes que regresaban preñados de más preguntas. Acrecentaban mis deseos de estudiar, de saber, de ser grande, de poder expresarme así:

Siempre me opuse a la absurda mitología de la infancia feliz. No creo que ningún chico sea "feliz" tal como lo entendemos los adultos. El chico es un ser solitario que tiene una conciencia enorme de las carencias e impotencias. Esa felicidad es un mito de la infancia que siempre es retrospectiva. Jamás en mi vida escuché a un chico decir "soy feliz" y, si alguna vez lo escuchaste es un invento de un adulto [...]. Toda esa mitología de la edad de oro, de la pureza, la inocencia de la incorruptibilidad de los niños me ha perecido un invento teñido por la mala fe del adulto que no se atreve a reconstruir en serio su propia infancia.

María Elena Walsh agrega que la única felicidad del niño radica en el juego.

No he sido ni soy amante de los juegos o, dicho de otra manera, me gusta jugar con las palabras y los conceptos. Hubo un tiempo en el que jugué con lápices, paleta y pinceles. Aunque armonizar los colores no era mi fuerte, el dibujo se me ofrecía como un regalo. Además, elegí ese estudio informal y me lo concedieron. Sergio, el profesor, era dibujante en *El Mundo*, uno de los primeros periódicos de Buenos Aires. Cada día lo sacaba de la pila de diarios

de papi. No solo para mirar los dibujos de Sergio; también para leer los contenidos. En ese momento había muchas cosas que no entendía, cursaba segundo grado.

En esa época, mediados del siglo XX, existía primero inferior, primero superior, segundo grado y seguía la escala ordinal hasta llegar a sexto, que correspondía al séptimo actual. Primero superior era equivalente a lo que pasó a llamarse segundo grado. La misma cantidad de años con diferentes denominaciones. Era la única instancia escolar imprescindible. En cambio, la obligatoriedad posterior abarcó tres períodos: educación inicial, primaria y secundaria. La inicial era incipiente: optativa, se le decía indiscriminadamente *jardín de infantes* y abarcaba desde los 2 años hasta los 5 inclusive, aunque muy pocos colegios la instrumentaban y no muchas familias la deseaban. De hecho, Tita, mi hermana mayor, no asistió. Ignoro por qué a mí sí me enviaron y sé que Marta, la menor, fue a esas salitas diferenciadas por edad y color (antes nos ponían a todos juntos) porque en ese momento ya era obligatorio. Por el contrario, el nivel secundario no lo era cuando Tita, yo y Marta estábamos en edad de cursarlo. Mis dos hermanas no tuvieron problema en que no las dejaran ir porque no les gustaba la escuela; mi inclinación por el estudio sigue siendo un misterio.

A nadie le llamó la atención que entre los 6 y los 7 años haya querido rendir primero superior libre durante el verano. De modo que, cuando al año siguiente mis compañeritas asistían a primero superior, yo ingresaba a segundo grado. Ahí comenzaron mis desencuentros con el tiempo. Terminé el primario un año antes de lo esperado. 11 años recién cumplidos que llegaron junto con la menarca, de la que nadie me habían advertido. ¡Flor de susto me llevé cuando vi mis piernas ensangrentadas!

Siguieron quince años de frustraciones por indigencia intelectual. Me casé, tuve a mis dos hijos, fui una mujer golpeada, me divorcié y puse una peluquería en casa para parar la olla. Comencé el secundario a los 26 y reiteré el desencuentro temporal con las nuevas compañeras. A destiempo por comenzar mi formación secundaria de adulta y por la aceleración que le imprimí a esa formación. En la universidad se notó más la desigualdad etaria. No era común ver *viejos* en las facultades y yo andaba por los 30. Rendí cinco materias libres y me gradué ante de lo esperado. Elegí estudiar Filosofía porque en casa de una tía siempre consultaba una enciclopedia ilustrada con bellos colores. En una oportunidad vi una figura de un señor con túnica blanca recostado en una especie de canapé con una copa en la mano. Lo rodeaban otros hombres con vestimentas similares y parecían conversar de manera animada. Debajo, el

epígrafe rezaba: *Sócrates bebiendo la cicuta*. Leí que ese señor era un sabio y la cicuta el veneno que lo habían condenado a tomar; que el verdugo le había advertido que le convenía quedarse inmóvil para que el efecto lo hiciera sufrir lo menos posible, pero que Sócrates prefirió continuar hablando con sus amigos de filosofía hasta el final. Pensé que, si existía algo tan apasionante que dejaba a la muerte en un segundo plano, lo quería para mí. En esa época yo ignoraba qué era la filosofía, pero de todas formas la elegí.

En 1973 me recibí de profesora en Filosofía y al año siguiente cursé un seminario de posgrado en la misma facultad, la de Filosofía y Letras de la UBA, pero el ambiente de la universidad y del país se estaba envenenando. Acusaban de sediciosos y echaban de las facultades a los mejores profesores o ellos mismos se exiliaban tratando de evitar ser perseguidos, encarcelados o asesinados. La academia dejó de ser atractiva y se tornó peligrosa. Me fui de los claustros por la rareza político-social que se esparció en la década del setenta y reinicié mi vida académica con el regreso de la democracia, en 1985, hasta el doctorado y más allá: me formé como investigadora y cumplí con todas las instancias de la carrera docente universitaria: ayudante de segunda, de primera, jefa de trabajos prácticos, profesora adjunta, asociada y, por último, titular. Unos años ante de jubilarme en la

UBA, comencé a trabajar en paralelo con la Universidad Nacional de Lanús (UNLa) donde fui directora de carreras de posgrado. Diseñé una especialidad y una maestría en Metodología de la Investigación Científica, fundé un centro de investigaciones y un par de revistas académicas. He publicado más de treinta libros y he viajado —y viajo— por distintos lugares invitada a exponer o a investigar. Cuando evoco ese recorrido recuerdo una película de Luis César Amadori de 1940 sobre el derrotero de un canillita. Me identifico con ese periplo, aunque me cueste creer que lo he conseguido (mi película podría llamarse *De peluquera a filósofa*). Cuando se logra convertir los obstáculos en problemas, ya se tiene un principio de solución, porque los problemas se resuelven; en cambio, los obstáculos en sí mismos son irresolubles. Eso intenté hacer: problematizar mi vida y mis circunstancias. Pero, a pesar de lo conseguido —que fue mucho para mí como capital simbólico— la crueldad de los obstáculos ha dejado cicatrices que se resisten a cerrarse del todo. No termino de asimilar el reconocimiento profesional y sobrevivo en el extrañamiento.

Cuando recuerdo mi carrera contra el tiempo perdido, me imagino colgada de las agujas de un reloj gigantesco, como queriendo detener el devenir. Llegué a ser filósofa, pero contrarreloj.

Caída entre los grandes edificios cúbicos, con panoramas de pollos a "lo spiedo" y salas doradas, y puestos de cocaína, y vestíbulos de teatros ¡qué maravillosamente atorranta es por la noche la calle Corrientes! ¡Qué linda y qué vaga! Más que calle parece una cosa viva, una creación que rezuma cordialidad por todos sus poros; calle nuestra, la sola calle que tiene alma en esta ciudad, la única que es acogedora, amablemente acogedora, como una mujer trivial, y más linda por eso. ¡Corrientes, por la noche! Mientras las otras calles honestas duermen para despertarse a las seis de la mañana, Corrientes, la calle vagabunda, enciende a las siete a la tarde todos sus letreros luminosos y, enguirnaldada de rectángulos verdes, rojos y azules, lanza a las murallas blancas sus reflejos de azul de metileno, sus amarillos de ácido pícrico, como el glorioso desafío de un pirotécnico. Bajo estas luces fantasmagóricas, mujeres estilizadas como las que dibuja Sirio, pasan encendiendo un volcán de deseos en los vagos de cuellos duros que se oxidan en las mesas de los cafés saturados de *jazz band*.

Roberto Arlt publicaba en *El Mundo* sus "Aguafuertes porteñas" y yo casi que las deletreaba porque, por amor a Sergio, leía ese diario. En su taller reinaba el compañerismo. Fui feliz hasta que llegó el verano y el profesor viajó a Mar del Plata con su familia. Se me hacían largas las vacaciones, extrañaba las clases, lo extrañaba a él; también a las chicas y muchachos que, como yo, soñaban con estudiar para ser artistas al estilo del Renacimiento, saber dibujar, pintar, esculpir,

escribir. Una noche, cuando papi regresó del reparto, me dio la noticia sin ninguna preparación previa: mi profesor había sufrido un accidente en la ruta; murieron todos menos el bebé.

No podía creer que me ocurriera eso, que Sergio no estuviera más, que ya no volviéramos a ir en patota al Jardín Zoológico a dibujar animales, que nunca más iba a pasar al frente, en el aula, a posar mientras mis compañeros me dibujaban, ni iba a dibujar a mis compañeros cuando ellos, a su vez, posaban. No podía ser, no podía ser. Ese perfume suave que sentía cuando se acercaba a posicionarme el lápiz (había que sostenerlo apoyado sobre cuatro dedos de la mano derecha mientras con el pulgar se lo presionaba suavemente), cuando me guiaba con su mano, cuando a pocos centímetros miraba su perfil, cuando me indicaba con qué delicadeza se debe usar la carbonilla para que no se quiebre. Me acuerdo del olor cálido de las hojas Canson, de su textura levemente rugosa, de los lápices blandos y las telas duras, de la aguachenta acuarela y el aceitoso óleo, y de la multiplicidad de colores: cobalto, magenta, metileno, amarillo lechoso y tantos otros...

Todo se frenó en seco. Descubrí lo absoluto de la muerte, su irreversibilidad, el nunca más. Supe, de una vez y para siempre, que toda felicidad es breve y transitoria, y que en la vida siempre predomina el gris. Las luces del compañerismo, del maestro y de las

creaciones festejadas por un grupo de personas como nunca había conocido eran nada más y nada menos que una estrella fugaz.

Ni celulares, ni teléfonos fijos (muy pocos hogares los poseían por entonces). No volví a ver a esos compañeros que ni siquiera sabía dónde vivían. Por otra parte, sin Sergio, ¿qué sentido tendría? Los perdí para siempre. Papi ya no me iría a buscar con la bicicleta al anochecer, a la salida de la clase de dibujo, ni me llevaría a casa sentada en el caño apoyada en su pecho y con la carpeta apretada al mío, mientras miraba la luna y nos deslizábamos con tranquilidad. No volví a asistir a ninguna clase de dibujo porque todo lo que tuviera que ver con las artes plásticas agudizaba el dolor de esa pérdida. Ni siquiera podía imaginar cómo se verían Sergio, su señora y su hija muertos, ni a ese bebé que se salvó porque estaba en su moisés.

Los velaron a cajón cerrado. Había dos féretros de caoba oscuros y, en el medio, uno blanco chiquito. En ese entonces el transporte de muertos se hacía en grandes carrozas con crespones de luto: azabache para muertos adultos; níveo para los niños. A los infantes muertos se los llamaba *angelitos*, como en el Norte argentino y como en México. Cuatro elegantes caballos tiraban cada carro fúnebre. Atrás iba otra carroza similar rebosante de flores de todos colores. Coronas y palmas confeccionadas por profesionales,

más los ramos caseros y alguna cala, dalia o gladiolo sueltos que la gente, desde la vereda, le tiraba al cortejo. El de Sergio y su familia se componía de dieciséis caballos. La carroza que encabezaba el desfile era blanca, como las libreas de los dos cocheros que transportaban el ataúd de la nena. Los otros seis conductores iban vestidos de negro. Una larga hilera de autos con familiares y amigos cerraba la comitiva. A su paso, los hombres se sacaban el sombrero, las mujeres se persignaban y todos bajaban la cabeza. Ver pasar cualquier cortejo fúnebre —mucho más el de una familia casi completa— dejaba ráfagas de una tristeza indescriptible.

No podría decir que ese hecho determinó mi valoración escéptica de la infancia, pero aportó bastante a dicha estimación. Tal como ya lo dije, no me identifico con la mentada felicidad de la infancia. Para mí está poblada de miedos, amenazas, advertencias, peligro e interdicciones. ¿Y los buenos momentos? Sí, los tiene. Quizás algunos solo recuerden estos a la hora de hacer su valoración. A mí me asedian los primeros. Aunque posiblemente mami y papi, cada uno por su lado, de chicos la pasaron peor.

Mi huida de todo aquello se gestó entre el abandono de lo que fue mi última casa matrimonial (en las afueras de Ituzaingó, cerca de un río) a mi instalación definitiva en la ciudad de Buenos Aires. Durante esa transición habité en el centro de ese pueblo de

cuyo nombre preferiría no acordarme. Tomé la decisión. Abordé mis estudios sistemáticos (secundarios, de grado y posgrado) y me mudé a Capital Federal. Lo demás vino por añadidura. Zafé, como la heroína de Ibsen, aunque jamás fantaseé con abandonar a mis hijos. Y, si bien me hice cargo y los mantuve hasta que terminaron sus secundarios y más allá (en uno de los casos, durante toda su vida), creo que actué como Nora. *Tengo otros deberes igual de sagrados, los deberes conmigo misma.* No sabemos qué ocurrió con ella, si disfrutó o sufrió su libertad. Pero sé lo que me costó la mía. Pagué con soledad y con una inquietud siempre presente haberle robado tiempo a la niñez de mis hijos para donárselo a mi avidez por el estudio.

Espantos

Había un nido de víboras ahí, justo en el dormitorio de mis padres, debajo del piso de madera que chirriaba por la flojedad de los tablones descuajeringados. Vivían amontonadas. De día no daban señales de vida, pero por la noche sonaba un cris-cris o chis-chis. Escuchen, decía mi mamá, ahí están. Nosotras le creíamos, pero en el colegio me habían dicho que las serpientes hacen algo así como sssssssssss (después supe que se dice *sisean*). *Serán de otra clase*, nos decía mami. *Esos chistidos son de las víboras que están en mi cuarto,*

debajo del piso. Tráiganme ajo. Pelaba unos cuantos dientes y los introducía por una de las tantas rajaduras de los listones de madera. *¿Con eso mueren?*, preguntaba yo. *No, no hay manera de matarlas, pero con el ajo se las mantiene alejadas.*

En ese tiempo mi mamá amamantaba a Marta, que era bebé. Para mí, que tenía 4 años, todas las desgracias me habían llegado junto con ese ser extraño que gozaba del privilegio de dormir en la misma habitación que mis padres. Tita y yo dormíamos en el cuarto de al lado y teníamos miedo. Tita, cuatro años mayor que yo, daba vueltas pero finalmente se dormía. Qué miedo me causaba esa soledad. ¡Y qué celos! Marta, recién nacida, podía dormir con mis padres y, aunque estaría más cerca de las víboras, estaba en los brazos de mamá. Para mí, la oscuridad nocturna estaba poblada de espantos; mejor dicho, la niñez y la adolescencia lo estuvieron, y no solo por las noches.

En cierta oportunidad, uno de mis tíos nos llevó a casa de la abuela Antonia a Tita a mi tío Armando (que tenía 8 años, como Tita) y a mí. Nos dejó y se fue. Ahí estábamos los tres niños sin ningún adulto. No sabíamos qué pasaba. Nos habían advertido que no saliéramos de la casa. Estábamos ateridos de frío y miedo. Era la madrugada de un 21 de septiembre. Para los demás, comenzaba la primavera; para nosotros, continuaba el invierno. Ni siquiera había algo para comer, pero no teníamos hambre. Nos metimos

los tres vestidos en una cama, nos abrazábamos para darnos coraje. Cada ruidito nocturno nos perturbaba. Esperar y esperar. No podíamos creer que nos hubieran abandonado tipo Hansel y Gretel. Cuando se estaba haciendo de día, fue tía Isabel a buscarnos. No escuchó nuestros reclamos por la desatención. Estaba contenta. Hay una sorpresa, decía, nada más.

Cuando llegamos a casa, fuimos directamente a la habitación de las víboras. Mi mamá estaba acostada con una bebé en los brazos. *Es tu hermanita*, me dijeron con alegría. *¿No estás contenta?* Me pareció horrible. Me resistía a creer lo que veía. Nunca me dejaban ir a la cama grande, a no ser algún domingo por la mañana cuando papi traía facturas. Y esa intrusa estaba ahí, lo más ufana chupando la teta de mi mamá. Como toda respuesta dije que tenía frío. Alguien sugirió que me pusieran un saquito. *¡No!*, exclamé, *¡tengo frío de estar en la cama!* Eso causó risa a todos; a mí me dio bronca.

De pequeña vivía obsesionada por ese nido. Incluso durante los años en que Marta siguió durmiendo en la habitación con mis padres (que fueron muchos) yo terminaba siempre manifestando mi temor con llantos. Hasta que mami se levantaba y me daba un chirlo en la cola. Eso me hacía llorar un poco más fuerte, pero era efectivo, se desaceleraba el llanto, seguían unos hipidos y finalmente perdía la conciencia. ¡Los delirios que tuve que escuchar de mis múltiples y sucesivos

psicoanalistas interpretando esa historia! Que la serpiente era el pene de mi papá, que la que quería chupar la teta era yo, que, aunque no me diera cuenta, mi fantasía era que la víbora-pene de mi papá quería quedarse con toda la leche de ella y no dejar nada para nosotras (a pesar de que la única que mamaba era Marta, mi hermanita menor) o que mi miedo a esa víbora era en realidad mi malestar porque los que cogían eran mi madre y mi padre, dejándome a mí afuera, entre tantas otras sandeces, interpretaciones trasnochadas que más que alivio aportaban confusión.

Cuando todos duermen, la serpiente sale de su nido y busca la teta de la mujer que está amamantando. Pone su cola en la boca del lactante como chupete y absorbe la leche de la mujer. Lo hace con tanta suavidad que nadie se da cuenta de nada, pero el lactante puede morir de inanición justamente por falta de alimento.

No hace mucho tiempo me enteré de que se trata de un mito que circulaba desde antiguo por varias regiones de España, entre ellas, Castilla la Vieja, donde nació mi abuela Antonia. Incluso en diferentes regiones españolas existen esculturas que ilustran los relatos de tetas lechosas chupadas por reptiles. Por ejemplo, en la iglesia de Santa María de Sangüesa, en Navarra, se puede ver una serpiente mamando del pecho derecho de una mujer y una rana de proporciones considerables del izquierdo. Por suerte las noticias

de la rana gigante no llegaron a Ciudad Rodrigo, la ciudadela amurallada de donde era oriunda mi abuela. Gracias a esa *ignorancia* de Antonia (la españolita que a los 15 años partió en barco para la Argentina y luego fue mamá de mi mamá), Tita y yo nos salvamos del miedo a las súper ranas; con la historia de las culebras tuvimos terror para unos cuantos años.

Mi abuela Antonia era huérfana de madre y padre. La crio una pareja de tíos que vinieron a *hacer la América* y, aunque trabajaron duro, vivieron y murieron pobres. Pregunté varias veces qué había ocurrido con mis bisabuelos, pero mi familia cosechaba secretos que, lejos de aplacar, incentivaban mis ganas de saber. Cuando, pasados mis 30 años, viajé a España por primera vez, tomé un micro en Madrid. Crucé la región De la Mancha y, después de varias horas, llegué a Ciudad Rodrigo, en la provincia de Salamanca. Desde lejos reconocí sus muros porque, tal como la abuela lo contaba, en las puertas subsisten tres torres de un templo del Imperio romano, emblema de esa ciudad cuyo origen remite a la Edad de Bronce. Hay ídolos de piedra que lo testimonian. No logré averiguar nada de mi familia. Caminé sobre las piedras del castillo que Antonia y otras siervas habían lavado de rodillas con trapos mojados. Les decían *criadas* pero en realidad eran siervas al estilo medieval. Vivían en el castillo aunque tuvieran familia afuera y estaban sometidas a sus amos a tiempo completo. *¿Cómo?*, me asombraba

yo, *¿tenían que limpiar esos patios exteriores a la intemperie y encima de rodillas? Sí, todos los días.* Recorrí esos recintos medievales imaginando que quizás ahí Antonia había sido abusada sexualmente, barajaba la hipótesis de que ella misma habría sido fruto de abusos a su madre biológica, que tal vez por eso enmudecía cuando se le preguntaba por sus padres. Esos muros me resultaron tenebrosos. Me fui pronto. Aquel lugar tan bello, cargado de historia y monumentos, se me manifestó esquivo. Mis oscuros orígenes estaban sepultados allí y esas torres ensombrecieron mi alma. Agrio es muchas veces el árbol de la vida. ¿Para qué insistir hurgueteando entre sus raíces?

Después de tres meses en la bodega del barco, los primeros pasos en tierra firme fueron difíciles para la joven Antonia. Allí iban las señoras ricas a buscar sirvientitas baratas, cuando no gratis. Las clases altas siempre se sintieron fascinadas por el trabajo esclavo. La niña española comenzó a trabajar para una viuda argentina. Mi futura abuela, entonces de 15 años, fue *elegida* como en un mercado de reses. Quien sería su ama se la llevó ese día a su casa y Antonia pasó mucho tiempo sin saber nada de los tíos que la habían traído de España y a los que ella llamaba *padres*. Cuando aparecieron por la casa de la patrona, arreglaron para que Antonia los visitara una vez por semana. En esas visitas conoció a un joven andaluz, Manuel, mi futuro abuelo. Tan pronto

como se vieron se gustaron, mantuvieron un breve noviazgo y se casaron muy jóvenes.

A los pocos días de su llegada, la señora le pidió que le llevara la pollera que estaba arriba de su cama. Mi abuela —castellana de pura cepa— nunca había escuchado tal palabra, pero dedujo que sería una gallina con sus pollitos. *¡Qué extrañas costumbres!* —pensó— *¡Permiten que los animales de corral se suban a la cama!* Pero obedeció y fue al dormitorio. No vio ninguna gallina y comenzó a recorrer la casa, creyendo que la pollera se habría escapado del cuarto. No la encontró y tampoco a los pollitos. Desolada, le dio la noticia a la señora. Y ahí recibió la primera lección del idioma de los argentinos: *pollera* era una prenda femenina, una falda.

Antonia vivió hasta los 90 años y nunca perdió el acento castizo. Me perturbaba cómo diferenciaba los sonidos al pronunciar la ese, la ce o la zeta; a esta la remarcaba tanto que un pedacito de lengua se le escapaba por el agujero que había dejado un diente faltante. Pero le hizo dos grandes concesiones al país en el que nacerían sus trece hijos (cuatro murieron de chiquitos): era fanática del mate, lo tomaba dulce, y sabía hacer asado.

Los miedos de mamá a las serpientes provenían de Antonia, de la que no le quedó el modo de hablar, pero sí las leyendas y prejuicios. La Negra, así le decían a mi mamá, regaba con ceniza el piso de su cuarto para que

quedaran las marcas del réptil que supuestamente la chupaba de noche. Tardé en saber que las víboras no pueden chupar; tragan a sus presas enteras y son incapaces de incorporar leche ya que no son mamíferos y anatómicamente no están diseñadas para mamar. En fin, nunca quedaron rastros de aquella serpiente, pero muchas veces escuché las puteadas de mi padre cuando se levantaba descalzo para ir al baño y se le llenaban los pies de ceniza.

Una culebra llegó
y de mil pechos mamó
pero la virgen María
mamando la sorprendió.
Por beber de esa leche
yo te condeno
que por el día y por la noche
vayas arrastrada por el suelo.
Y para que así vayas toda la vida
recemos un Padrenuestro
y un Avemaría
Amén.

Como en mi época, o en mi entorno, casi todo lo disfrutable para los niños era objetable para los mayores, por momentos yo sospechaba que lo del nido de víboras era una maldad de mi mamá para darnos miedo y que no nos levantáramos de la cama.

Sobre todo, por las severas advertencias sobre la prohibición de entrar a la habitación matrimonial. Pero reconozco que en eso —como en tantas otras cosas— la pifié. Mi mamá simplemente repetía lo que había escuchado de mi abuela Antonia, y no solo con lo de las víboras. La cama es solo para dormir; no hay que sentarse durante el día ni saltar sobre ella. No se debe dejar comida en el plato. No hay que tirar el pan y, si se hiciera, hay que besarlo antes, y toda la parafernalia de mitos y tabúes sobre el sexo. Pero la prohibición más encarnizada —dejando de lado la del secundario— comenzó cuando me puse de novia con Guillermo.

En ese entonces era costumbre que los novios se sentaran en un sillón de dos cuerpos para conversar y *conocerse*. Se besaban cuando no había nadie mirando. Mi mamá me había advertido que mi novio, cuando estábamos solos, me podía besar en la boca e incluso tocarme las tetas, pero que de ninguna manera debía ir más abajo. Y ni hablar de que le tocara yo algo a él, excepto la cara y los cabellos. Mami tenía en su mente el manual del deber ser sexual, pero (como ya veremos) aplicaba solo para los demás.

En lo único que no la obedecí fue en que alguna vez toqué el pene de mi novio por encima del pantalón. Hasta el día del casamiento no acaricié la piel de su pija. Una noche lo manoseé sobre la ropa y, tan pronto como se fue, mami me llamó y me cacheteó

por haberlo tocado. El sillón estaba apoyado en un enrejado de tirantes cubierto con madera terciada. Mi mamá se instalaba subrepticiamente del otro lado y así se enteraba de todo. ¡Cómo me humilló!, ¡cuánto insulto!, ¡qué descalificación! *¡Una puta!, ¡sos una sucia puta!*, me decía. Yo lloraba. Me sentí un ser despreciable.

Estuve sometida a un control materno microfascista. Había mantenido una relación anterior con quien me permitía salir y regresar a cualquier hora, Carlos Aréstico, mi primer novio que, tiempo después, agarró las plumas y se reveló un homosexual amanerado. ¿Por qué me encaró? Debe de haber intentado tener novia en tiempos en los que salir del clóset se pagaba caro. Sea como fuere, mi mamá con ese no se enganchó. Pero las horas que yo pasaba con Guillermo las ocupaba vigilándonos y también castigándonos. En realidad, castigándome, porque a él —al menos que yo sepa— nunca le objetó nada. Por momentos me parecía que actuaba como una amante celosa, pero me daba culpa pensar eso. Era mi madre, ¿cómo podía yo ser tan mezquina y pensar mal de ella, de sus intenciones?

Después de infinidad de ruegos, un día nos concedió su permiso para dar una vuelta manzana juntos. Villa Ariza, el barrio de Ituzaingó en el que vivíamos, era de pocas casas y muchos potreros. Esa tarde, Guillermo me había pedido que no me pusiera bombacha

así cuando pasábamos por algún cerco tupido podía tocarme la vulva. Prometió que no pasaría de acariciarme los pelitos, y así fue. Pero, cuando regresamos, todo el gozo en un pozo. Mi madre me llevó aparte y, sin previo aviso, me metió la mano debajo de la pollera y me tocó para comprobar que estaba sin bombacha. ¡Flor de felpeada recibí esa vez!

Nunca caí en la cuenta de que cuando venía Guillermo ella se emperifollaba más que yo. Muchos años después cobraron sentido, para mí, dos actitudes que decían mucho de lo que ella sentía. Una, cuando le anuncié que estaba embarazada de mi hija. Me tildó de puta, de irresponsable, de cabeza hueca. *Mami, estoy casada, ¿cómo me llamás así?* Me fui con el corazón destrozado y ella dejó de hablarme ofendida. Otra, cuando acudí a ella porque Guillermo me había dado una paliza. Me miró con una actitud sobradora. *Te lo venías buscando*, me dijo con frialdad, y me retiró el saludo por un tiempo. No imaginé que podría estar contenta con mi sufrimiento, pero ahora, sabiendo lo que mi mamá sentía por mi marido, no es tan descabellado suponerlo.

Tampoco sospeché cuando, muchos años después, mientras yo atendía mi primera y rudimentaria peluquería, Guillermo iba a la quinta que mis padres tenían en Paso del Rey. Para entonces papi había puesto un quiosco de diarios (ya no hacía repartos a domicilio) y trabajaba todo el día fuera

de casa. Mi mamá y mi marido se hacían acompañar por mi hija Fabiana y por mi sobrina Marcela, que eran chicas. Y así seguí por la vida sin ver lo obvio: que mi mamá y mi marido cogían.

Después de que logré divorciarme, Guillermo se desentendió de nuestros hijos y, como nunca tenía trabajo fijo, no hubo manera de que me ayudara económicamente. Mi madre, por supuesto, estaba al tanto de todo. Pasaron veinte años y un día la encontré estragada por el llanto, desesperada porque Guillermo había muerto. Incluso me contó que unas horas antes se le había aparecido su espíritu en la cocina de su casa para despedirse. *¿Qué le pasa?*, pensé sin comprender la situación. Ahí sí me doctoré de negadora. Cuando tenía 99 años, un día me llamó. Dijo que tenía que hablarme. Fui a Ituzaingó, me senté a su lado y, con los ojos cerrados, me confesó que había estado enamorada de Guillermo y que había ocurrido algo entre ellos. *Algo* que había durado años y que no se atrevía a poner en palabras pero que entendí perfectamente: me estaba informando que había cogido con mi marido durante un tiempo indefinido.

Cuando logré salir del estupor se lo conté a mis hermanas. Marta, que siempre trata de tapar las cosas, relativizó el tema diciéndome que lo hacía para joderme. ¡Ah!, ¡qué consuelo! Pero Tita, que moría de ganas de contarlo, dijo que los había visto un día que comíamos un asado en el fondo de la casa de mis padres.

Fue a la cocina a buscar algo y vio a mi mamá frente a la mesada mientras Guillermo, de atrás, le acariciaba las tetas y le apoyaba el bulto en el culo. Se lo contó a su marido y él le aconsejó que no me dijera nada. Y, como si esto fuera poco, mi sobrina Marcela —la que de chica iba a la quinta con Fabiana—, cuando se enteró de que yo estaba al tanto de que mi mamá y mi marido habían tenido relaciones sexuales, me dijo que siempre los veía por el parque abrazándose como en las películas.

Aunque sus perfiles eran distintos, las actitudes pérfidas de mi mamá me recuerdan a las de mi abuela. Me detengo en un tiempo en que la abuela Antonia ya era viuda y vivía con su hijo Carlos: veinteañero, soltero, trabajador y con un dejo de amargura por no haber sido poeta. Era guardabarreras y permanecía diez horas en su cabinita atento a subir o bajar la barrera. Mantenía la casa, a su mamá y a un hermano. Cada fin de mes, le entregaba el sobre con su sueldo a mi abuela. Cuando quería salir a pasear, tenía que pedirle plata. Mi tío alimentaba un sueño: construir un bote, embarcarse, irse lejos muy lejos. Leía historietas y libros de aventuras. Vito Dumas era su preferido: *Rumbo a la cruz del sur*, *El crucero de lo imprevisto*, *Mis viajes*, y fantaseaba con ser un navegante solitario. También leía poesía, sobre todo a Amado Nervo.

Ha muchos años que busco el yermo,
ha muchos años que vivo triste,
ha muchos años que estoy enfermo,
¡y es por el libro que tú escribiste!
¡Oh Kempis, Kempis, asceta yermo,
pálido asceta, qué mal me hiciste!
¡Ha muchos años que estoy enfermo,
y es por el libro que tú escribiste!

A su modo, Carlos también era un asceta. En lugar de tomar el colectivo caminaba hasta el trabajo. Ahorraba esas monedas de ida y vuelta y compraba madera. Se asoció con un amigo y montaron un taller en un local de carnicería vacío que había en la casa que alquilaban. Se ilusionaban con construir un bote a escala. Como la abuela se quejaba porque no le dejaban espacio para limpiar, inventaron un sistema de roldanas y cada noche, cuando dejaban de construir su barquito, lo subían con correas a los travesaños que antes se usaban para colgar carne vacuna.

El bote iba cobrando forma. Era para dos remeros: largo, elegante, bien diseñado y prolijamente armado. Cada domingo, en lugar de salir, trabajaban en su bote. Carlos era asmático y el polvillo de la madera, como el del humo de las locomotoras, le hacía mal. Pero seguía. Después de un año ya solo faltaba pintarlo. Una pavada en comparación con todo lo que habían hecho esos dos chicos. ¡Hasta los remos

habían moldeado! Una tarde se encontraron para programar la pintura del bote y no podían creer lo que veían. Mejor dicho, lo que no veían. Había desaparecido. *No, no puede ser. ¡Mamá!, ¿qué pasó con el bote? ¡No está!, ¿qué pasó?*

Mi abuela apareció secándose las manos en el delantal y les dijo muy oronda que ya la tenían cansada con ese barco, el polvillo y los ruidos del serrucho, y que se lo había vendido a un botellero por diez pesos. Ellos habían invertido más de ciento cincuenta ahorrando moneditas, caminando en lugar de tomar colectivos y trabajando los fines de semana en lugar de ir a bailar. ¡Tantas ilusiones perdidas! Y ni hablar de los años que seguirían añorando el sueño malogrado. Puedo decir que mi madre fue una digna hija de la suya. Aspiré a no ser como ellas. No sé si lo logré.

A mis 13 años me fui tranquilizando de mi odio por que me impidieran estudiar y me fui construyendo una especie de nido. A la noche, cuando todos dormían, me levantaba sigilosa y me encerraba en la cocina. Encendía el horno a modo de estufa, ponía la radio con música bajita, sacaba mi tablero de dibujo, papel, lápices, carbonilla, goma y miga de pan para borrar, un libro de literatura universal, fichas de cartulina y biromes. Un rato dibujaba y otro fichaba textos. Todo el tiempo con música y mate. Era mi refugio. Hasta que mi mamá se dio cuenta y me prohibió hacerlo. *¿Por qué, si no molesto a nadie? Porque no y sanseacabó.*

De todos modos, me sentía tan bien en esos momentos únicos que intenté seguir haciéndolo varias veces. Siempre me descubrió. Como haría luego durante mis encuentros con Guillermo, estaba al acecho, esperaba que me acomodara y aparecía intempestivamente para mandarme a dormir. Finalmente desistí. Pero se me grabó la idea de recuperar esa isla encantada. Ahora —peligrosamente cerca del final de mi vida— he reconstruido mi nido protector compuesto de música, lectura, escritura, reflexión y encuentros conmigo misma. Pero por momentos temo ser sorprendida. El miedo irracional a que interrumpan mi placer se introyectó en mi cuerpo. Como el golpe de la heladera cuando mi hija Fabiana la cerraba bruscamente después de sacar cerveza (que asocio con mi actual apnea del sueño), como el espectro religioso de no sé qué culpas, como el temor de tener que soportar otra vez los sobresaltos y los horrores de la dictadura cívico-militar.

En los albores de la recuperación de la democracia, finalizando casi la década del ochenta, escribí:

> El recuerdo es una abstracción gris, poblada de fantasmas. La memoria, cuando nos asalta desde la materialidad, es un estallido de colores. En ellos nos reconocemos.
>
> Yo me reconozco en Buenos Aires.

Me encuentro, en el puente de La Boca, con la chiquita que lo cruzó
una tarde tomada de la mano de papá.
Aparezco en Lavalle con un novio del brazo.

Descubro, en la pizarra de una facultad porteña, mi nombre
entre los nombres de los que habían ingresado.
Tropiezo, en imprecisas esquinas, con amigos que ya no están.

Surjo detrás del vidrio de los bares.

Distingo presencias anteriores en la melancólica costanera
de las largas caminatas solitarias.
La calle Corrientes dibuja siluetas de un tiempo
en el que penas y alegrías se acolchonaban con alcohol.
Me proyecto en todos los cines.

Entre los desconocidos taxistas, brota la figura de aquel
que se comunicó con el silencio de mis lágrimas.
Entre los árboles del Parque Lezama,
emerge un baile floreciendo a pleno sol.

Me identifico con la gente que come sola en Pippo.
Coincido con el bullicio de las mesas compartidas.

De ciertos lugares se desprenden jirones.
Se incorporan en mí. Los percibo.

Buenos Aires,
fragmentos encontrados, en los que la verdad, por fin,
se ha revelado.

El baile que estalla en pleno sol en el Parque Lezama en épocas de democracia me quedó como contrapartida de otra escena en ese mismo parque y en otra época: la del terror. Todo era oscuro entonces; hasta los colectivos, que siempre se habían destacado por el colorido de sus fileteados, habían sido pintados con tonos mortecinos. Nada de rojo, verde, amarillo ni plateado. Ni flores ni pájaros exóticos ni la sonrisa eterna de Gardel.

Era domingo y los paseantes deambulábamos taciturnos bajo la sombra imponente de los robles. De pronto, en la esquina de Defensa y Brasil, frente al Bar Británico (que durante la guerra de Malvinas sufrió la desaparición del *Bri* y pasó a llamarse *Tánico*), un hombre comenzó a entonar un tango. Era tan insólito que alguien se atreviera a expresarse en los años de plomo que nos acercamos como cabritos atraídos por ubres rebosantes. Ahí estábamos deleitándonos con el canto *a cappella*. De repente apareció un patrullero. Nos inquietamos. Luego llegó otro. Bajaron cuatro uniformados y, sin que mediara palabra alguna, tomaron

al cantor de los brazos y las piernas y lo tiraron bruscamente dentro de uno de los móviles, que se fue raudamente, mientras el otro se quedó, como advertencia. La fiesta se acabó. Bajamos las cabezas y nos alejamos con pasos lentos preguntándonos —en silencio— qué habría sido del cantor que, por un instante, nos había hecho olvidar que estábamos en el infierno.

CAPÍTULO 4
AMORES

Eros mujer

Descansamos sobre lo despiadado, lo ávido, lo insaciable, lo terrible, en medio de la indiferencia producto de nuestra ignorancia, como si dormitáramos sobre las espaldas de un tigre. Así estaba en esa época, cuando ni siquiera sabía que hubiese existido alguien llamado Nietzsche que había definido tan bien ese fondo oscuro de nuestra subjetividad.

Fines de 1949. Cartas de papel preñadas de amor. No solo no hubo respuesta; cuando nos encontramos, me ignoró olímpicamente. No lo podía creer. Me había pasado todo el verano esperando su carta.

Ella vivía en un chalé —nuestra utopía de aspirantes a clase media— y yo en una casa chorizo —nuestra vergüenza de ser hijas del diarero—. Nos habíamos prometido comunicarnos con frecuencia. Se fue de vacaciones con su familia a un balneario de Mar del Plata que yo recién conocí a los 30 años. Y ella, con 12, ya disfruta de esas playas que imaginaba doradas y

felices. Yo tenía 10 y, como de costumbre, no me iría de vacaciones. La única entrada económica de mi casa era el reparto de diarios de mi padre y éramos cinco para mantener. En cambio, los Gómez eran empresarios, viajaban para fin de año y regresaban recién en marzo. El que hoy evoco fue el verano más largo de mi vida. Lo último que me había dicho era que esperaba mi carta.

Estaba entusiasmada con esa relación. Había en ella una retribución inédita para mí. Anteriormente había estado enamorada de Sergio, el profesor de dibujo, pero no había fantaseado con compartir nada con él más allá del taller o las idas al zoológico para dibujar animales y paisajes. Era un señor casado y tendría la edad de mi papá. Pero esto era diferente. Éramos pares, me visitaba, nos veíamos todos los días. Cuando se fue, el 30 de diciembre, quedé tan ansiosa que le hubiera escrito al otro día. Pero me pareció prudente esperar hasta la víspera de Reyes.

Finalmente llegó el 5 de enero. Escribí con el corazón acelerado sobre papel tornasolado. Me temblaba el pulso al copiar la dirección. Busqué monedas, fui al correo. Me aseguré de que el empleado la colocara en el casillero correcto. Regresé y —absurdos del enamoramiento— ya esperaba su respuesta. No sé qué karma tengo con la víspera de Reyes pero diez años más tarde elegí esa misma fecha para lo que fue uno de los mayores fracasos de mi vida: casarme.

Por alguna razón, nos entregamos a la necesidad compulsiva de repetir una acción, una fecha, un tipo de amor malogrado o cualquier otra circunstancia fallida con la vana esperanza de que la próxima vez todo salga bien, creyendo que superaremos el conflicto, que lograremos el placer, como si la satisfacción estuviera más allá de ese momento álgido en el que todo se derrumba. Pero, al margen de la repetición, no hay nada o está la nada misma; la muerte, diría Freud. Mi vida está marcada por la neurosis de destino en el amor. Siempre está más allá y más allá y más allá. Y, cuando lo he encontrado, si permaneció en el tiempo, me ha deparado más angustia que placer.

A los 10 años, por supuesto, estaba lejos de poder hacer estas teorizaciones. Me limitaba, en cambio, a repasar mentalmente el contenido de la carta. Ansiaba descubrir en qué había errado, qué le había dicho que le había caído mal. Pero se me disparaban fragmentos y no lograba rehacerla. Caos, guerra de opuestos. Partículas de la memoria que se astillan en la conciencia. Uno de esos fragmentos se reiteraba, el de los *zapatitos*. Le deseé que los Reyes Magos le dejaran algo lindo en sus *zapatitos*. En el colegio solíamos hacerle bromas por el tamaño de sus pies. ¿Se habría ofendido por eso? En ese tiempo no se usaba la palabra *bullying* pero se practicaba como ha ocurrido desde siempre. Yo lo sufrí por otros motivos. Pero ser víctima no garantiza lucidez. Había padecido burlas de mis

compañeras del Sofía Bunge por ser la hija del diarero, pero no tomaba conciencia de que hacía sufrir a otros con mis propias chanzas. He ahí que le hacía bromas a Susana por el tamaño de sus pies. Quizás por eso no me contestaba. No lo supe entonces, no lo sé ahora y creo que nunca sabré bien el porqué.

El cartero; en él depositaba mis ansiedades, expectativas y temores tal como hoy los depositamos en el celular, el *e-mail* y las redes. Sabía sus horarios y podía espiar a través de un enrejado de madera su deambular matutino. Veía sin ser vista. Mis ojos simplemente se deslizaban sobre la superficie de las cosas. Solo anhelaba que apareciera el uniforme gris coronado por gorra con víscera cruzado por el morral de cuero rebosante de cartas simples o certificadas y encomiendas lacradas. Pasaron días, semanas, meses. El cartero seguía de largo o, peor, golpeaba las manos (a falta de timbre) y me entregaba un sobre en el que no estaba mi nombre. Faltaba poco para comenzar las clases. Blanco, mi guardapolvo ya estaba preparado. En esa época la pureza era un recurso valioso. Se suponía que la blancura de la vestimenta daba cuenta del estado del alma. Los guardapolvos estaban impecables a fuerza de jabón en pan, tabla de lavar, lavandina, muchos enjuagues y un poco de azul, una sustancia en cubitos como pancitos de azúcar color índigo que se disolvía levemente en el enjuague y *blanqueaba* las prendas. No solo los chicos del colegio íbamos enfundados en

telas endurecidas por el almidón; compartíamos esta característica con docentes, médicos, dentistas, cocineros, peluqueros, científicos y faenadores de comida. Mi guardapolvo se abotonaba en la espalda y llevaba un lazo en la cintura que terminaba con un moño ñoño cuyos extremos caían sobre mis nalgas.

Lustré mis zapatos marrones (¡bah!, los únicos que tenía). En esos tiempos nadie iba al colegio en zapatillas. Los más baratos eran con suela de cartón. Si se mojaban, no se podían usar por unos días hasta que se secaran. Después se achicaban más. Ese primer día de clases, dejé que mi mamá me hiciera las trenzas. Sufría horrores porque me tironeaba con saña, pero soporté para que mi amada me viera hermosa. Tomé el gastado portafolio que la noche anterior había lustrado con pomada Cobra. ¿Mochila? No, los escolares no las usábamos. Y así me fui de punta en blanco a reencontrarme con mi amor esquivo.

La vi de lejos, me perturbé. Aceleré el paso, sentí que me sonrojaba y se me dibujó una sonrisa en los labios que se congeló al instante: cuando ya extendía las manos para abrazarla, me dio vuelta la cara. *¡Susana!*, la llame. Se hizo la desentendida. Habló en secreto con otras chicas, algunas me miraban de reojo y escuché una carcajada colectiva. Se tomaron del brazo como cerrando filas y se fueron para el otro patio del colegio. Una que otra volvió el rostro hacía mí. Jamás volvió a mirarme. Estábamos en sexto grado,

el último del primario. Terminó el año y no nos vimos nunca más.

"Incipit tragoedia", es el título del último aforismo de *La gaya ciencia*, donde se menciona por primera vez a Zaratustra como personaje filosófico (antes Nietzsche se había referido al personaje histórico). *Empieza la tragedia.* Faltaban pocos meses para el derrumbe, para su caída total en la locura. Evoco esa enunciación porque con Susana empezó —para mí— la tragedia del amor. Incongruencias, malentendidos, desencuentros. ¿Por qué las traiciones o abandonos quedan más grabados que los bellos momentos? Todo giraba a mi alrededor. Vértigo de montaña rusa. Estaba desconcertada. Sentía una opresión en el pecho. Las lágrimas pujaban por salir y las contenía por vergüenza.

Para peor no tenía otras amigas. Al Sofía Bunge me mandaron hasta tercer grado. En cuarto me pasaron al colegio estatal nº 6 de Ituzaingó, y durante un año devine imperceptible. Vegeté sola en cada recreo. Nadie se sentó a mi lado, nadie me habló ni siquiera para burlarse, como en el colegio de los ricos. Mientras me volvía más y más invisible para mis compañeros, más engordaba. Recién en quinto me hice una amiga; precisamente, Susana. Hasta entonces había ignorado el ejercicio de la amistad. También del amor, aunque lo había sentido por Sergio, muerto en un accidente en la ruta hacia Mar del Plata, la Meca a la que

pudieron acceder los estratos trabajadores a mediados del siglo XX cuando por primera vez las clases bajas *desplazaron* a las encumbradas, que huyeron despavoridas a refugiarse del malón a Punta del Este. Pero este fenómeno me era totalmente desconocido. Para mí, Mar del Plata era sinónimo de mis dos primeros duelos por amor.

A veces me pregunto por qué considero que Susana fue un amor y no una amistad. Creo que la experiencia me lo indica. Tuve, y tengo, amigas y amigos, pero nunca ninguno me generó lo que sentí por ella, que es lo mismo que me produjeron mis novios: solo quería estar a su lado, escucharla, compartirlo todo, no separarme nunca de ella. No recuerdo algo sexual explícito, pero sin duda era erótico. Después de aquel desplante inexplicable nunca volví a enamorarme de una mujer.

Hice intentos tan ridículos como vanos por reconquistarla. Incluso simulé hacerme amiga de una compañera nueva, a la que nadie le dirigía la palabra porque era santiagueña (xenófobos desde chiquitos), y la convencí para que hablara con Susana y averiguara el motivo de su desprecio hacia mí. Y yo, que me creía nadie al lado de Susana, con su chalé, con el auto de su papá, con sus veraneos eternos y con todo lo que admiraba en ella, desvalorizada ante mí misma por ser la hija del diarero, por ser pobre, por cometer faltas de ortografía, por no tener amigos, escuché que

Susana se había alejado de mí porque me consideraba *mandaparte*.

Habría preferido no enterarme. Supongo que fue porque el año anterior había montado una obrita de teatro para un cumpleaños en mi casa. Me ocupé de todo: guion, vestuario, escenografía y puesta en escena. Hice actuar a Susana, a su hermanita y a mi hermana menor. ¿Me habría pasado de mandona?, ¿me habría mandado la parte sin darme cuenta? Nunca logré comprenderlo y ahora, después de sesenta y ocho años, el recuerdo se me presenta fresco como fruta recién arrancada del árbol. Esta es, para mí, la única intemporalidad del amor, la del recuerdo, ese que se aloja en algún rincón de nuestro ser, se hace un nidito y no quiere irse a no ser con la vida misma.

No salía de mi estupor. Varios años después encontré las palabras que expresan lo que anhelé cuando ese amor se me negó de una vez y para siempre. Me preguntaba entonces qué sería lo mejor para mí y Nietzsche me respondió que, según una vieja leyenda, durante mucho tiempo el rey Midas había intentado cazar en el bosque al sabio Sileno, el acompañante de Dioniso, sin poder atraparlo. Cuando por fin cayó en sus manos, el rey le preguntó qué era lo mejor y más preferible para el hombre. Rígido e inmóvil, el *deimon* calló hasta que, forzado por el rey, acabó prorrumpiendo estas palabras, en medio de una risa estridente: *Estirpe miserable de un día, hijos del azar y de la*

fatiga, ¿por qué me fuerzas a decirte lo que para ti sería muy ventajoso no oír? Lo mejor de todo es totalmente inalcanzable para ti: no haber nacido, no ser, ser nada.

Pero había nacido, existía. ¿Cómo sobrellevarlo? Comida en lugar de amor. Ahí comenzó la desagradable experiencia de ser gorda, además de ser *la nueva* en el colegio. Todos los discriminados conocen esa condena social: ser visto pero no mirado. Irrumpí en la escuela pública —en aquel cuarto grado— y, cuanto más me ignoraban, más engordaba. Me había hecho ilusión porque con las monjas no tuve compañeros varones pero, cuando los tuve en la escuela 6, fue lo mismo. Invisible. En nada destacaba y comía y comía y cuanto más volumen graso adquiría, más invisible me volvía.

Hasta que un día, de manera espontánea y milagrosa, se encendieron para mí todas las luces de Hollywood. Las dos mejores alumnas —pelirroja una, morocha la otra—, que se sentaban en la primera fila, se me acercaron. Eran hermanas. Me llamaba la atención que otros chicos dijeran que eran judías. En la escuela religiosa no había judíos ni eran queridos. Las monjas y sus lecturas hablaban mal de ellos. Por primera vez veía a dos personas judías y me preguntaba en qué radicaría la diferencia. Para mí esas chicas eran como las demás. Mis primeras reflexiones sobre la xenofobia me hacían pensar con potencia shakesperiana.

¿Es que un judío no tiene ojos? ¿Es que un judío no tiene manos, órganos, proporciones, sentidos, afectos, pasiones? ¿Es que no está nutrido de los mismos alimentos, herido por las mismas armas, sujeto a las mismas enfermedades, curado por los mismos medios, calentado y enfriado por el mismo verano y por el mismo invierno que un cristiano? Si nos pincháis, ¿no sangramos? Si nos cosquilleáis, ¿no nos reímos? Si nos envenenáis, ¿no nos morimos?

Así habla Shylock, en *El mercader de Venecia* obra que, por supuesto, en esa época yo no había leído.

La madre de *las mejores*, obsesiva, las acompañaba todos los días. Ana y Elisabeth vivían a una cuadra del colegio. Nunca habían dado señales de reparar en mi presencia, pero el día de la entrega de figuras geométricas me encararon. Miré para todos lados. ¿A quién le estaban sonriendo? Cuando comprendí que era a mí, me sentí flotando entre polvo de estrellas. Las que no se daban con nadie se me acercaban. ¿A qué se debía?

Pronto lo descubrí. En realidad, no es cierto que yo fuera mediocre en todo. Era buena para redactar, por ejemplo, aunque no me servía de mucho porque cometía faltas de ortografía y la maestra, en lugar de elogiarme por el contenido, me descalificaba por la forma. Pero tuve otro mérito que nadie pudo menoscabar. Me destaqué cuando nos pidieron que lleváramos

arcilla para modelar cuerpos geométricos. En aquel tiempo no existía la plastilina. No es fácil imaginarse lo dificultoso que resulta construir cuerpos geométricos con arcilla y agua. La maestra no contaba con recursos para ayudarnos. Nos esmerábamos, con las manos enchastradas, cada cual en su banco. Nadie dio pie con bola. Sonó el timbre. Tendríamos que llevar esas chapuzas a casa y convertirlas en cuerpos geométricos. En cualquier caso se secaron y hubo que formar masa nueva.

En aquel momento no podía ni imaginar que el esmero que puse para lograr aquel cuerpo modelado tenía mucho que ver con la filosofía. Años más tarde, cuando estudié a Ludwig Wittgenstein, la curiosidad por esa filosofía estricta y obsesiva me llevó a leer a Thomas Bernhard. En su novela *Corrección*, alude mediante metáforas a la filosofía de su compatriota austríaco. Narra con detalles minuciosos la construcción de una casa que el protagonista de su novela diseña y realiza para su hermana, tal como hizo el filósofo para la suya, Margaret Wittgenstein. Esa construcción perfecta que no admite ni un milímetro de diferencia entre lo planeado y lo logrado, en la ficción se llama *El cono*, y la corrección permanente que se va realizando para su culminación da cuenta de la naturaleza filosófica de una búsqueda extenuante de los límites de un cuerpo, en un caso, o del lenguaje, en el otro. Wittgenstein arquitecto perfeccionando

el cuerpo de una vivienda; Wittgenstein filósofo limpiando de malezas el lenguaje.

Amasé, redondeé y le di forma a un cono cuya punta se ladeaba un poco pero al otro día, ante los engendros informes que habían hecho mis compañeros, el mío se lució. Mi piel aún recuerda el contacto frío y pegajoso de la arcilla húmeda. Fue la única vez que me nombró la maestra y pasé al frente con orgullo a depositar en el escritorio mi obra puesta en valor (gracias a la mirada aprobatorias de los demás). ¡Lo había conseguido!

Aunque todos en el grado esperábamos ver las esculturas de las mejores alumnas, sorpresa general, ¡no llevaron nada! No habían hecho los deberes. Resultaba insólito. En el recreo, se acercaron a mí con la sonrisa de la que antes hablé y me invitaron a su casa a tomar la leche esa misma tarde. Cuál no sería mi estupor cuando descubrí que la invitación había sido una excusa para que les hiciera los cuerpos geométricos. Cuando me lo dijeron sentí frío. El café con leche con pan y manteca se me atragantó. Sin embargo, sumisa y a la vez envalentonada por el implícito reconocimiento, puse manos en la masa y les hice dos: un cubo para la morocha y un prisma cuadrangular para la colorada, ¡dignos de una alumnita de Wittgenstein!

Al otro día fueron muy ufanas con sus cuerpos geométricos y obtuvieron su consabido 10. Nada

dijeron de mi participación —por no decir autoría— y no me volvieron a dirigir la palabra. ¿Qué más se puede agregar?

Al no haber tratado nunca con varones, se me ocurría que los maltratos provenían de las mujeres. Ya se ocuparía la vida de quitarme esa creencia. Pero hubo otra mujer en las postrimerías de mi niñez, Betty, que me reconcilió por un tiempo con el género. Me acerqué a ella por apetencia de poseer lo que yo no tenía, popularidad. Betty era la líder del grado y, creo, del colegio. Protagonista en todos los actos, siempre alegre y ocurrente, ¿en qué residirían sus éxitos? Anhelaba en secreto ser querida como ella y ser elegida para actuar. Pero no ocurrió. Tenía *saudade*. Me acordaba de que las monjas me habían puesto en el escenario a los 2 años y medio, y esas maestras nunca fueron capaces de pescar mi disposición a exponerme como protagonista. Aunque es preciso reconocer que yo no sabía halagarlas, no disponía de oportunidades para mostrarme y era gorda.

Betty, aunque no era linda de cara, tenía buena figura. Mientras, mi cuerpo se inflaba más y más. A pesar de todo logré —no recuerdo cómo— aventajarla en algo. Me permitieron ocuparme de la canasta de galletas marineras que se les convidaba a los alumnos a media mañana. Me hacía acompañar por la santiagueña, que era dócil y le gustaba clavar el diente como a mí. Entrábamos a cada grado, saludábamos e íbamos

por las filas de bancos para que cada chico tomara su galleta de la canasta generosa y oblonga.

El edificio estaba separado por un pasillo que llevaba de un patio a otro. En la oscuridad de ese pasadizo, con mi compañera tomábamos varias galletas y nos las metíamos en los bolsillos. De ese modo, durante el resto de la jornada, sin que la maestra se diera cuenta, nos metíamos trocitos de marinera en la boca y masticábamos nuestros respetivos fracasos existenciales.

Al promediar el último año de la primaria, la amistad con Betty aplacó un poco la humillación que me producía el desprecio de Susana. Además, conseguí lo que nunca había logrado con otras compañeras: Betty me invitaba a su casa sin dobles intenciones. Ella era una ganadora y ni se le ocurriría que esa gordita tonta que era yo pudiera ocupar su lugar. Tampoco pensó nunca (como Susana) que me *mandaba la parte.*

Cine y al regreso huevos fritos era lo más fascinante de esa amistad. Elena, la mamá de Betty, los hacía para todos cuando regresábamos. En mi casa los huevos fritos no abundaban y, cuando se hacían, era de a uno y sin posibilidad de repetir. En cambio, Elena no los escatimaba. En una sartén enorme, calentaba aceite hasta que burbujeaba y comenzaba a estrellar huevos como quien tira pelotas en un cesto. Hasta diez huevos dorándose al mismo tiempo. Cuando caían en el aceite hirviendo daba la impresión de que se mezclarían en desorden. Pero, después de emitir

un chisporroteo festivo, la trasparencia de la clara devenía blancura y el amarillo de la yema se tornaba naranja. Quedaban prolijamente delimitados entre sí. Cuando Elena tiraba por encima con una espumadera el aceite caliente, hacía que la yema virara al blanco como la clara cocinada. Durante ese proceso, con mi amiga mirábamos cómo los bordes de las claras se festoneaban de un marrón crocante que producía un exceso de saliva en nuestras bocas. Una vez en nuestros platos, con trozos de pan con miga y costra, rompíamos ese himen inmaculado.

En mis calenturientas noches de compulsión sexual no consumada imaginaba que me abrazaba y besaba en la boca con Betty, que nos acostábamos juntas y jugábamos con nuestros cuerpos en la más reservada intimidad. Pero esas no pasaron de ser alucinaciones producto del alboroto hormonal adolescente. Cuando terminamos la primaria, la envidié más todavía. No solamente sus padres le permitieron hacer el secundario; también le permitieron cursar en el Nacional de Morón que, a falta de Nacional Buenos Aires —mi gran anhelo preadolescente— era el subrogado ideal.

Betty se recibió de bachiller y se casó con su primer novio. Nunca manifestó deseos de seguir estudiando. Mientras que yo comencé a adelgazar y a soñar más y más con estudiar, ella engordaba en una sociedad que discrimina a los gordos y era ama de casa en una

época en la que esa tarea se le imponía a la mujer como único destino. Perdimos intimidad, pero nos encontrábamos en reuniones familiares porque una de mis hermanas se casó con su hermano.

La vi por última vez hace veinte años con la intención de que me ayudara a reconstruir anécdotas de nuestro antiguo compañerismo. Tenía ganas de pergeñar este libro que (¡al fin!) estoy escribiendo. Fue entonces cuando comprobé con horror que deliraba. Había perdido el juicio, aunque parecía querer disimularlo. La grasa le colgaba por todas partes, se había convertido en una católica fanática y llevaba siempre colgado de su muñeca un celular para controlar los pasos de su marido y de su hija. Miré el celular condenado al encadenamiento y me acordé de que, para la época en la que ella se casó, los maridos les regalaban una esclava a sus mujeres en cada aniversario de boda. Betty llegó a tener quince o veinte. Eran de oro, muy finitas. Unas pulseras sin cierre que las mujeres se ponían estirando la mano y *achicándola* lo más posible para deslizarlas hacia sus codos. Observé que ya no estaba atada a las esclavas sino al celular.

Intenté remitirla a nuestra adolescencia, pero mis palabras caían en saco roto. Me miraba con ojos vacíos y solo decía incoherencias. Un rotundo fracaso. Meses después, sonó el teléfono. Alguien me informaba que Betty había dejado el celular y las llaves de su casa sobre la mesa del comedor y había salido sin decirle

nada a nadie. Fue hasta la barrera Santa Rosa del ferrocarril Sarmiento, apartó con su brazo a un chico que estaba muy cerca de las vías y se arrojó dos segundos antes de que llegara la formación. Los trocitos de su cuerpo se proyectaron hasta cien metros a la redonda. Esa masa de locura y angustia estalló en mil pedazos sin dejar rastros del motivo de su decisión. Así, la última mujer de mi primera adolescencia también desapareció para siempre.

* * *

A comienzos de los años setenta, Agustín, que en ese momento era mi pareja, me acompañó a medianoche al Instituto Santa Lucía porque me molestaba un ojo. Un oftalmólogo de guardia me pidió que lo acompañara a uno de los boxes pequeño y oscuro. Él llevaba una especie de vincha iluminada, creo que le dicen *frontaluz*. Mientras me examinaba, apoyó sus genitales sobre mi pelvis y refregaba y refregaba. Mi espalda estaba pegada a una pared. No podía zafar a no ser que hiciera un escándalo. Agustín, a pocos metros, no se enteraba de lo que estaba ocurriendo. Me quedé en silencio porque temía la escena que se armaría si se daba cuenta. No me atreví a denunciar al médico. Además, tenía miedo de que Agustín me acusara de haberlo provocado. Ya había tenido esa experiencia siendo pareja de Guillermo. Me había enrostrado que

si un colectivero quería violarme era porque yo me le había insinuado. Sea como fuere, aguanté ese ultraje asqueroso durante el extendido tiempo que se tomó para acabar, sexualmente y el examen de mi ojo.

Es difícil explicar lo que siento por ser mujer. Cuando busco una referencia me surge el relato de Primo Levi en *La tregua*. Describe ahí cuando llegan los Aliados al campo de exterminio de Auschwitz, recién abandonado por los alemanes, y Levi, milagrosamente liberado, no siente alegría sino vergüenza. Mira a los cuatro jóvenes rusos que observan con cautela a su alrededor tanto cadáver pútrido y otros recientes, además de un puñado de muertos-vivos, *musulmanes*, como los llamaban en los campos, y el estado calamitoso de los pocos sobrevivientes. Los rusos no saben qué hacer. Sonríen perturbados, confundidos, avergonzados. Es la misma vergüenza que siente Primo Levi porque considera que, cuando se es víctima de un oprobio degradante, el oprimido se *contamina* con la miseria del opresor y siente la culpa que no perturba al verdugo.

También yo, siendo joven, he vivido esa especie de vergüenza. Pero en lugar de la culpa de ser humano descrita por Levi en *Si esto es un hombre*, era la vergüenza de ser mujer inculcada por el imaginario patriarcal. La degradación a que se nos somete nos hace dudar de nosotras mismas. Hoy los sentimientos son otros y, por supuesto, también mis reacciones

ante los abusos. Aunque los parafílicos son tan astutos que tienden trampas para no ser delatados.

Según pasaron los años, haber callado tantos vejámenes a lo largo de mi vida provocó un ansia de gritar las verdades sin medir las consecuencias. Tal como ya lo he manifestado, accedí a vivir en estado de parresía, esa actividad verbal en la que el hablante expresa su relación personal con la verdad. Corre el riesgo porque entiende que decir la verdad es un deber para mejorar o para ayudar a los demás. Usa su libertad y, tal como dice Foucault, prefiere la franqueza en lugar de la persuasión, la verdad en vez de la falsedad o el silencio, el peligro de la muerte en vez de la seguridad de la vida, la crítica en lugar de la adulación y el deber moral en vez de la apatía moral.

Si bien toda persona podría pensarse como un laberinto, la mujer lo es de un modo especial por su estatus culturalmente desvalorizado; por las cargas familiares con las que se la apabulla; por lo que se exige de su cuerpo y de su figura; por lo contradictorio de esas exigencias: sumisa, emprendedora, madre, virgen, pura, puta. Hace pocos días, regresaba de conferenciar en una universidad de Perú. Amanecía en Arequipa y en el horizonte se empinaban los picos nevados de los siete volcanes. Allí, a 2500 metros sobre el nivel del mar, mi cuerpo de llanura se debatía con un apunamiento hostil. Me llevaban en automóvil al aeropuerto y, en medio de mi mareo,

vi un conglomerado de personas que preparaban sus desayunos junto a la ruta y esperaban ansiosas. ¿Qué aguardaban? Que fueran a ofrecerles trabajo. Rudo, de campo, de arados, de remover piedras, de llevar y traer bultos. *¡Pero también hay mujeres!*, exclamé al enterarme del tipo de tareas que requerían. *Sí, y suelen ser las más buscadas.* A un hombre le pagan 55 soles por jornada; en cambio a ellas —por la misma tarea— les pagan 10 soles menos. Esa verdad cínica y desnuda lo dice todo y, aunque solo sea una muestra tan pequeña como un botón, no debería olvidarse que está tapando cargas e infortunios pesados como un camión.

La división del trabajo, los privilegios de unos y la carencia de derechos de otras lo dicen todo. Los senderos femeninos se bifurcan una y otra vez, se escurren de las manos como pez recién pescado. Hay algo resbaladizo, escamoso, terrible y hermoso. *El paraíso* —dice Roberto Juarroz— *es algo que se pierde todos los días, como se pierden todos los días la vida, la eternidad y el amor.* Y todos los días la mujer comienza nuevamente a buscar lo perdido, o lo que nunca llegó a tener, y conoce —por más que a veces nos autoengañemos— la fugacidad y la contradicción de cada logro construido como morada de alción sobre la inestabilidad de una superficie acuosa.

Me gustaría ser varón, pensaba en mi adolescencia. Porque me había dado cuenta de las prebendas de

las que gozan. Quise ser dominador, no por el hecho de dominar, sino para ser libre. Mi voluntad de poder se chocaba con el estado de las cosas. No deseaba ese lugar en el cosmos. A los 13 años comencé a vestirme como hombre, aprendí a hacer el nudo de la corbata, me corté el cabello *à la garçon* y utilizaba bicicleta de varón. A mediados del siglo XX las diferencias entre las bicicletas femeninas y masculinas eran significativas: las de hombre tenían un caño que salía horizontalmente desde el asiento hasta el manubrio, una barra contundente que —se suponía— ninguna mujer debía llevar entre las piernas. Sostuve mi *look* andrógino alrededor de un año y finalmente me rendí. Después de ese efímero intento de transformación, asumí lo que se me antojaba como un destino y comencé a devenir mujer.

Eros varón

Tangos. Me crie escuchándolos. Cada mañana, después del desayuno, mi mamá ponía la radio y, en aquel tiempo, casi siempre sonaban tangos. También había boleros, folklore, valses —*Flor de lino se fue y hoy que el campo está en flor, amalaya me falta su amor*— y música española —*Qué te tiene la Zarzamora/ que a toda hora llora/ que llora por los rincones/ ella que siempre reía/ y presumía de que partía los corazones*—, pero predominaba el tango.

Mi preferida era Radio Belgrano. Había un locutor de voz aterciopelada que me conmovía y anunciaba los temas como si se abriera un telón imaginario. Escuché mucho a Gardel en grabaciones. Mi época era posgardeliana y con vigencia plena de grandes maestros, Francisco Canaro, Juan D'Arienzo, Rodolfo Goyeneche o Edmundo Rivero, cuyas canciones ofrecían retazos de la noche de Buenos Aires: *Cabaret... "Tropezón"... / era la eterna rutina. Pucherito de gallina, / con viejo vino carlón.*

Canciones de un subsuelo de humo, música y *cafishos*. Un bloque de espacio y tiempo diferente de la laboriosa vida diurna. Un volumen histórico heredado de la prostitución legal porteña y tan oscuro como el de aquella época. Captaba en el tango ese tinte *pecaminoso* que aumentaba mis ganas de conocer las galaxias de los vestidos ajustados y brillantes, los cuerpos unidos, los calzados sensuales, los perfumes exóticos, así como malevos y *minas fieles de gran corazón, / que en los bailes de Laura peleaban / cada cual defendiendo su amor*. Esas canciones envolventes surgidas de los prostíbulos, las drogas, la calle y el alcohol precipitaban mis deseos en dirección contraria a lo que me marcaban los códigos de la religión: familia y castidad. El choque de potencias antagónicas me sumía en un gran desconcierto y, aunque ni sabía que existía una disciplina novedosa que aliviaba las penas del espíritu, finalmente mis senderos me condujeron a ella.

Dos veces en mi vida me estremeció el análisis. La primera comenzó bien y terminó mal. La segunda me empujó a una nueva y liberadora subjetivación. Fue ahí —alrededor de mis 30 años— cuando comencé a salir del pasado. Entonces preferí ser puro presente y un poquito de futuro.

Hablemos de la primera.

Tenía 17 años y una ensoñación mística importante mezclada con una calentura desafiante. No se me ocurrió mejor idea que meterme a monja y a mi cuerpo no se le ocurrió mejor síntoma que dejar de menstruar. La previa de ese síntoma fue una tormenta de hormonas que me exigía que tuviera sexo mientras mis mayores me mandaban abstenerme. ¿Qué hacer?, ¿qué subterfugios buscar?, ¿cómo calmar esa sed? Mejor era buscar un objeto de deseo que no pudiera desflorarme ni dejarme embarazada y, no obstante, me amara, me hablara y me llamara por mi nombre. ¡Cómo ansiaba escuchar esa voz! Escuchar una voz que te hable a ti, dice Søren Kierkegaard, una voz que te llame por tu nombre para que aprendas a amar y a salir del abismo sin que seas forzado a ello contra tu voluntad. Pero como no escuché nada, construí un amante a mi gusto. Decidí casarme con Dios en su versión humana: mi esposo sería Jesús.

Esa experiencia me arrojó a los brazos del psicoanálisis por la vía menos pensada. Corrían los revolucionarios años sesenta. Las monjas con las que

aspiraba a convivir estaban mucho más *aggiornadas* de lo que uno pudiera imaginarse. Me aceptaban, pero a condición de que saliera airosa de un examen clínico y de un diagnóstico psicológico. ¿Qué será eso? Ni idea.

Primero fui al clínico. Todo bien. Mis padres, contrarios a mis píos deseos, se habían hecho ilusiones de que me rechazaran por mi amenorrea. No obstante, el médico desestimó mi alteración, recetó unas pastillas y dio el visto bueno. En aquel tiempo no se acostumbraba detectar la anorexia, ni siquiera con síntomas tan evidentes como los míos. Nadie se alarmaba por mi extrema delgadez: en mi casa, lo único que importaba era que las tres hijas nos mantuviéramos vírgenes. Como en *El castillo de la pureza*, de Ripstein o en *La casa de Bernarda Alba*, de Lorca, la castidad era fundamental. *¡La hija de Bernarda Alba murió virgen! ¡La hija de Bernarda Alba murió virgen!*

Apta, dijo el clínico. Me faltaba el psicoanalista, que resultó ser el doctor Fernando Ulloa —muy joven por entonces—, uno de los introductores del psicoanálisis en la UBA. Después de unas sesiones, me informó que me encontraba en estado de crisis. Por lo tanto, no podía dejarme tomar decisiones cruciales. *En este momento no está para ser monja. Debe psicoanalizarse*, me dijo. Turbación, vergüenza, confusión. ¡Qué mal estaba, por favor! No me atreví a preguntar, pero dentro de mí, me repetía, *¿qué es esa cosa llamada psicoanálisis?*

Me derivó a un joven médico que hacía terapia. Cortante, distante, irritante. Me señaló el diván y me indicó que hablara de lo que quisiera. Él, mudo. Era desesperante. No abría la boca. Mi timidez de niña del conurbano impidió que le contará lo más significativo: la ausencia de sangrado. Hablé con fruición de mi vocación. Largos silencios. Al final, abrió la boca para decir que había terminado la sesión y que volviera en dos días. Fue todo.

No sé cómo salí de ese departamento. No entendía nada. Me equivoqué al tomar el colectivo; subí a otro y a otro. Finalmente llegué a Plaza Miserere y tomé el tren. Me bajé en Ituzaingó y caminé. Cuando casi estaba en casa, sentí entre las piernas una tibieza líquida. ¿Será? Apresuré el paso, entré, me encerré en el baño. Estaba vestida con un trajecito blanco con falda tipo Chanel, calzaba zapatos altos, blancos también. Me paré con las piernas abiertas, me levanté la pollera y me incliné a automirarme, extasiada. La sangre se deslizaba por las piernas y llegaba al suelo no sin antes lengüetear los zapatos blancos. Estaba fascinada. ¡El psicoanálisis era mágico! Ese analista, de cuyo nombre me he olvidado, logró desde su silencio lo que no había podido el clínico con sus pastillas. Se restableció mi período menstrual. Esa terapia me conmocionó, *je suis tombée amoureuse*.

Sin embargo, la experiencia con ese profesional terminó mal. Junto con la menstruación acumulada

durante nueve meses se me fueron los delirios de ser monja y me amigué con Guillermo, por entonces mi ex novio. Nos casamos, tuvimos un niño y una niña deliciosos: Gustavo y Fabiana. Habría querido otro hogar para mis hijos. Las cosas no estaban bien. En el afán de mejorarlas, presioné a Guillermo. Terapia de pareja. Nos atendía el mismo terapeuta del *milagro de la sangre*. En privado, le conté a que me atraía otro hombre, pero que mi marido no debía saberlo. Yo estaba luchando contra eso y no quería estropear aún más mi desastroso matrimonio. Pero el psi, una vez que estuve con Guillermo, me ordenó que contara mi secreto. Jugó con fuego y la que se quemó fui yo. Bajé los ojos y musité mi vergonzante secreto. Los ojos de Guillermo se pusieron rojos de furia. Amagó con hacer algo pero se contuvo. *Nos vamos*, dijo. Me agarró bruscamente de un brazo y me forzó a salir.

Unos días más tarde, se emborrachó y se descontroló. Me propinó tal paliza que me destruyó el rostro. En otro lugar de este libro voy a desplegar mi testimonio de mujer golpeada. Acá sólo quiero consignar que el mismo profesional que antes me había *salvado*, al hacer que la sangre fluyera, no fue capaz de intuir al golpeador que tenía enfrente. Y, con la presión psicológica a la que me sometió —diciendo ante un violento que yo le ocultaba algo—, produjo otra vez derramamiento de sangre, pero en este caso de la peor manera. Terminó ahí mi primera experiencia *terapéutica*.

Unos años después, en plena primavera del psicoanálisis en la Argentina (si no tomabas cuatro sesiones por semana no te atendían), me analizaba con alguien a quien le dejaba la mitad de mi sueldo. Ya me había separado de Guillermo. Las obligaciones me asolaban: trabajaba vendiendo tizas en los colegios, me trasladaba en un *fitito* viejo que cada dos por tres me dejaba en banda, me ocupaba de la casa y de mis hijos —y me desesperaba cuando faltaba la chica que los cuidaba en mi ausencia— y estudiaba de noche; no daba más. Me faltaban diez materias para recibirme de profesora de Filosofía, pero decidí abandonar la facultad. Entonces el doctor Flaibowung, el ortodoxo, el adusto, me bajó línea: *Usted termina esa carrera y, si cuando tiene el título, no lo quiere, no ejerza, pero no se abandona lo comenzado.* Fue tan efectivo como el milagro de la sangre. Obedecí, seguí, me recibí y comprobé la certeza de la estoica frase sanmartiniana: *Serás lo que debas ser o no serás nada.*

* * *

Con Agustín también sufrí, pero por motivos diferentes. Era casado. Impotente pero no asexuado. Nos amábamos y la pasábamos bien. Fue el único hombre que me cuidó en la vida. Lo conocí cuando me había decidido a hacer el secundario —a los 26 años—, y él como nadie me alentó a seguir, me ayudó en épocas

difíciles en las que, con mis hijos, llegamos a cenar pan y mate cocido. Agustín, cansado de mis requerimientos celosos, abandonó a su mujer. De inmediato, lo abandoné yo a él. ¿Por qué? Porque ahí me di cuenta de que, en realidad, quería un amante, no un marido. Sin embargo, eso no hizo que se resolvieran nuestros conflictos porque no podíamos vivir el uno sin el otro. Él volvió a su casa, pero nos amigamos y volví a hostigarlo con mis reclamos. Protagonizábamos peleas espectaculares que siempre terminaban en apasionadas sesiones sexuales en hoteles alojamiento.

Una vez comenzamos una discusión en la puerta de un colegio nocturno. Él era profesor en secundarios. En un ataque de furia, le grité *¡Se acabó!* Me metí en mi auto y arranqué enfurecida. A las pocas cuadras, vi por el retrovisor que Agustín me seguía con el suyo —un Renault 12 blanco— y que se acercaba peligrosamente a mi Ford Falcon negro. Me pasó por al lado y me gritó algo que no comprendí. Aceleré y lo choqué de atrás. Volvió a pasarme e intentaba hacerme frenar. Pero yo aceleraba. Los dos autos corrían por Estados Unidos hacia el Bajo. Desembocamos en Paseo Colón. Comenzamos a dar vueltas alrededor del Monumento al Trabajo. Era como si estuviéramos en el Italpark jugando a los autitos chocadores, pero con furia, rompiendo autos reales y poniendo vidas en peligro.

El vértigo se frenó de golpe: aparecieron dos patrulleros. Final de juego. Nos interrogaron por separado, luego nos carearon. Querían llevarnos detenidos por disturbios en la vía pública. Agustín citó a personajes de la justicia y de la política que habían sido alumnos suyos. Sacó tarjetas y dio referencias (ignoro si los coimeó). Finamente se ablandaron, dejaron de maltratarnos. Alivio infinito. Estábamos en plena dictadura de Onganía pero solo nos llenaron de reprimendas y advertencias y, por fin, nos dejaron ir.

Esa relación divina e infernal al mismo tiempo duró siete años. Mis parejas importantes fueron tres y duraron siete años cada una. Guillermo, mi marido; Agustín, mi amor, y Roberto, el joven marginal. Fue mi último romance pero no mi última relación sexual. (Hablaré de esto con mayor detalle más adelante.)

En mi bitácora sexoafectiva casi no hay intelectuales. Guillermo era plomero (cuando no estaba desocupado), Agustín profesor de secundario, Roberto un semilumpen que después de nuestra relación cayó preso por una cuestión de drogas. Tres años adentro. Tuve otro, Hernán, que era chofer de la perrera municipal de la ciudad de Buenos Aires. También tuve una pareja federal, es decir, del interior del país. Me fui a vivir a su provincia. Fue el único intelectual de fuste de mi *harén*. Era alcohólico, pero estando conmigo dejó de beber y, al mismo tiempo, de coger.

Entre tantos *partenaires* surgen algunos breves en el tiempo, pero duraderos en la memoria. Viajaba desde Machu Picchu hacia Cuzco. La belleza del paisaje era abrumadora. El tren corría sobre una escarpada garganta excavada por algún río varias veces milenario. A los costados se veían paredes de roca colorada. Paradas ferroviarias con sopa de pollo o choclos o chivito asado caliente y crujiente; las porciones, envueltas en papel de diario. Después de cada una de ellas, un canadiense me convidaba *whisky*. También me invita a compartir los auriculares (tenía un par). Pero había un límite: no compartíamos idioma.

Con su metro noventa de altura, ese rubio de ojos celestes caminaba a mi lado. Compañía y silencio. Entré y salí de varios hospedajes. Él me seguía. Finalmente elegí uno. Sin decir una palabra, pagamos una habitación para dos. Dejamos las mochilas y salimos a cenar. No sé bien cómo, pero nos entendíamos. Hacíamos mímica, abusábamos de unas pocas palabras en inglés de esas *que sabemos todos,* y hablábamos sobre nuestras respectivas familias trabajos, estudios y costumbres dibujando casitas y gente. También nos comunicábamos con las manos. En pocas horas nos inventamos un híbrido entre palabras, dibujos y gestos.

Al día siguiente partimos para el lago Titicaca. Navegamos hasta una isla y convivimos unos días con una familia de pescadores. Era irreal. Paradisíaco.

Luego viajamos a La Paz. Compartíamos paisajes, gente adorable, un cortejo fúnebre campesino, un camión con banda de música sonando en vivo, otro cortejo fúnebre con el ataúd que se bamboleaba en el lomo de un camélido. Buenos compañeros. ¿Y el sexo? Amigable, aunque no demasiado efusivo. Había instantes amorosos. Cuando tomé el tren para la Argentina, sus brazos siguieron despidiéndome hasta que un curvón vial lo ocultó de mi visión. Descubrí que me caían lágrimas. Indeleble John.

A los pocos meses estalló la guerra de Malvinas y una noche sonó el teléfono. Una voz en inglés, preocupada. John me dice como puede que un amigo de él me va a hablar en castellano. Tomó la posta para decirme que John estaba preocupado por la guerra, que temía por mi seguridad y me ofrecía pasajes para Canadá, me invitaba a su casa, me proponía una convivencia. ¿Qué tal?

Una vez recuperada del golpe emocional y del halago a mi autoestima por el insólito ofrecimiento, me proyecté a un futuro posible. John, con quien había compartido diez días de mi vida, y Winnipeg, la ciudad más fría de Canadá. Pensé en el mundo de John y el horizonte existencial de vivir en ese clima extremo, hasta 30º bajo cero, sin contacto con la naturaleza, yendo del departamento a la cochera del departamento; de ahí a la del trabajo, y así sucesivamente. Todo calefaccionado. Salir y entrar sin establecer contacto

con el exterior. Si hay que hacer compras, de cochera a cochera. Una vez en casa, TV, cena descongelada, *whisky*, música y hasta mañana.

Un cataclismo de confusas contradicciones obnubilaba mis pensamientos y sentimientos. *¡Esther!, ¡Esther!*, me decía ese hombre que me reclamaba desde miles y miles de kilómetros y yo, con el tubo en la mano, miraba mi casa, mis libros, mis plantas y, sobre todo, pensaba en mis hijos, mis clases, mi proyecto de doctorado en la UBA. Lo tranquilicé, le agradecí, quedamos en que lo pensaría y que cualquier cosa lo llamaría. Nos comunicábamos en esa lengua incalificable que usan los enamorados y, por primera y única vez en ese idioma, una voz me dijo *I love you.*

Colgamos. Apoyé la espalda y la planta del pie derecho en la pared; los brazos cruzados detrás de mí, a la altura de la cadera; los ojos perdidos en el cielorraso. Estaba en estado de gracia. Mi espíritu levitaba. No lo podía creer. *Esto solo ocurre en las películas*, me decía. Estiraba ese momento etéreo. No sé cuánto duró, pero de pronto aterricé y entré en estado de conmoción. ¿Vivir de cochera en cochera, encerrada tomando *whisky* y viendo TV, sin referencias propias y sin libertad? ¿Y el verde?, ¿y el río?, ¿y los paseos sin rumbo al atardecer? No hay amor que resista ese encierro. Me acordé de la obra de teatro *Huis clos*, de Sartre. La condena de estar encerrados entre cuatro paredes: cómo la reclusión va convirtiendo el amor en

fastidio insoportable, cómo se pasa del cielo al Averno, cómo en el aislamiento compartido se revela que el infierno es el otro. Y, aunque nunca más nos comunicamos, interiormente le susurré a John: *Gracias, mi amor, paso; prefiero la guerra.*

CAPÍTULO 5
SEXUALIDADES

Los goces y sus sombras

Me hizo acostar en la camilla y abrir las piernas. Se puso vaselina en los dedos índice y mayor (antes del sida no solían usar guantes descartables) y comenzó a penetrarme con tal suavidad que mi vagina segregaba juguito. Cerré los ojos y me entregué al vaivén de esos dedos untuosos. Tibios primero, calientes después. Entré en otra dimensión. Me olvidé del entorno, me olvidé de todo. Poco a poco apoyaba partes de su cuerpo sobre mí, poco a poco. Como obedeciendo proposiciones de Hegel, la cantidad devino calidad; lo vertical, horizontal; el cuerpo erguido, yacente; el miembro flojo, turgente. Más que subir se deslizó hacia arriba. Montó en la camilla. Boca abajo sobre mí me seguía masajeando la vagina y con su consolador *digital* rozaba mi clítoris. Percibí ciertos pases extraños pero continué disfrutando mi pasividad y sus consecuencias. En medio de mi entrega absoluta advertí que los dedos devinieron pene.

Graznidos. Silencio. Torrentes de piedras atropellándose por el lecho de un río. Un pequeño asno dormido que inhala y exhala. Hebras de aire. Truenos. ¿Cañonazos? Silencio otra vez. La serenidad fue interrumpida por el silbido de un ave que volaba rasante. Susurros. Gotas de agua sobre piedras calientes. Runrún de alas de seres diminutos. Trinos, suspiros, murmullos. Mi sexualidad era un violonchelo esperando el intérprete que le arrancara melodías desconocidas, acurrucadas en esa caja sinuosa que es el cuerpo de una mujer. Hasta que llegó Antonio, el médico peruano, y se inició una música inédita, desconocida para mí hasta ese momento.

Mi experiencia sexual se reducía al sexo marital —elemental y aburrido— y a algunos escarceos con chicos tan inexpertos como mi marido. Antonio, en cambio, estaba muy pendiente del goce femenino y, aunque ni de lejos tuve con él los encuentros fragorosos que experimentaría en mi vejez, disfrutaba de una ampliación considerable del goce. De todos modos, antes y después de Antonio volví a pasar por períodos de impotencia sexual que recién superé, ¡qué paradójico!, a los 50 años. A partir de esa edad, no solo tengo orgasmos sino que soy multiorgásmica.

¿Te acordás, hermana, qué tiempos aquellos? Veinticinco abriles que no volverán. Esa era mi edad y la de Hebe, una compinche de mi época de peluquera. Las dos nos habíamos separado de nuestros maridos.

Cada una tenía un hijo y una hija de edades similares. Trabajar, atender la casa, cuidar hijos. Por ser de las primeras *locas* de Ituzaingó que se habían atrevido a decir basta a los abusos de sus esposos, soportábamos el rechazo de nuestras respectivas familias. Pero festejábamos nuestras recobradas solterías. Andábamos a la pesca. Incluso fantaseábamos con poner una peluquería para hombres con la idea de tener más oportunidades de levante. El proyecto era muy osado porque en ese tiempo las peluquerías discriminaban *para damas* o *para caballeros*. A las primeras las atendían mujeres, aunque había algunos peluqueros de mujeres, pero las segundas eran únicamente atendidas por varones. El plan de cortarles el cabello a los señores quedó en la nada, pero da la pauta del nivel de calentura que teníamos. En mi imaginario erótico la felicidad consistía en hallar a un hombre que me quisiera y con el que tuviéramos buena cama. Estaba convencida de que en un futuro cercano todo se solucionaría y pasaríamos el resto de nuestras vidas amando, tomando daiquiris y nadando entre peces de colores. Pasarse la vida amándose era el ideal al que debíamos aspirar según nos habían enseñado desde el paradigma del amor romántico, como si el amor de pareja solucionara todos los males de la vida cuando, en general, suele ser la fuente de todos esos problemas. La imagen de los daiquiris proviene de muchas referencias: literarias —como Hemingway y Salinger—, pero también

de las películas de Hollywood. La idea de los peces de colores me quedó grabada como imagen idílica de un cliente marxista de mi papá que le solía decir que, cuando llegara la revolución, en lugar de estar vendiendo diarios todo el día, trabajaría solo unas pocas horas y el resto del tiempo podría dedicarlo a hacer lo que quisiera, por ejemplo, a nadar entre peces de colores.

El caso es que Hebe me recomendó a Antonio. Atendía en un consultorio mínimo frente a la estación Castelar. Ella no lo conocía, pero le habían pasado buenas referencias. ¿Existían las prepagas a mediados del siglo XX? No lo sé. Tampoco tenía obra social, así que me las arreglaba con médicos de barrio. Acudí a la consulta. Las salas de espera de entonces merecerían su propia crónica antes de que ya no estemos quienes hemos esperado en ellas. No había celulares; la gente se miraba y hablaba. Había revistas, pero tan viejas o técnicas que volvían rápido al revistero. Al principio, los esperadores se sentían un poco molestos, pero terminaban contándose sus dolores mutuos en términos amigables. Cuando se despedían, parecían amigos de toda la vida; así de unitivo es compartir pesares. Se creaba un clima singular. A ello hay que agregar que los médicos no despachaban a los pacientes tipo línea de montaje, como hacen ahora.

Foucault, en *El nacimiento de la clínica*, reconstruye el surgimiento de la *mirada médica*, un antecedente

histórico de los actuales diagnósticos por imagen. *¡Abrid algunos cadáveres!*, ordenaba Xavier Bichat a sus discípulos. Porque ahí, en el silencio y la paz de la sala de vivisección, los cuerpos revelaban las enfermedades que los habían llevado a la muerte y al mismo tiempo dejaban al descubierto verdades sobre la vida. Esa sabiduría mortuoria se trasladó luego a la clínica médica, donde se miraba, olía y palpaba buscando signos que ya habían sido vistos, olido o tocados en los cadáveres. Hoy el clínico no pone el cuerpo. Atiende resultados tecnológicos que no dejan de ser una extensión digital del ojo clínico del siglo XVIII. Pero no era ese el caso de Antonio que miraba, olía, tocaba y se tomaba su tiempo, hasta que llegó el mío.

Me hizo las preguntas de rigor más algunas que sonaban, por lo menos, extrañas. Pero yo todavía creía en la *neutralidad científica* y tomaba las interrogaciones como enunciados de protocolo. ¿Mantiene relaciones sexuales? Cuando las mantiene, ¿son satisfactorias? ¿Con qué frecuencia? ¿Cómo son sus orgasmos? Le dije mi verdad de ese momento: no tenía pareja y en las últimas relaciones no había llegado a experimentar orgasmos. *Veamos esa frigidez*, me dijo ese primer día mientras se ponía vaselina en los dedos.

Era casado, sexópata, tenía cinco hijos y repetía lo que siempre les dicen a sus amantes los maridos infieles: *Ya no tengo relaciones sexuales con mi mujer, Hace tiempo que no lo hacemos.* Como todas las amantes

solteras de hombres casados, yo le creía o hacía *como si*, ¡pero no lo podía soportar! Para colmo, en el fondo del consultorio vivía una chica huérfana que había traído consigo de Perú. La llamaba en diminutivo y la tenía de sirvienta, o más bien de esclava. Antonio negaba haberse acostado con ella, pero yo veía rastros que lo delataban.

Por otra parte, no creo que su práctica de empezar con los dedos y terminar con el pene haya sido exclusivamente conmigo. Mis celos producían huracanes. También había momentos encantadores. Íbamos a un hotel por horas a una cuadra de la estación Liniers y salíamos tan tarde que lo único que quedaba abierto para cenar era una parrilla rudimentaria que se especializaba en ubre de vaca a las brasas. Lo más lindo de esa relación eran las noches de *telo* seguidas de ubre de vaca regada con vino de la casa.

Cuando me cansé de las mentiras y las falsas promesas, lo dejé. Yo había tomado la decisión de comenzar el secundario. Una noche viajaba al colegio en tren desde Ituzaingó a Once y se me apareció en un vagón que se zarandeaba solitario. Estaba sobreexcitado y me exigía que regresara con él. Me asusté y corrí hasta otro vagón. Había más gente, pero todos se hicieron los desentendidos. Me tomó de un brazo, me arrinconó contra una puerta y abriéndose el saco me mostró una pistola. Tenía un cuñado en la policía y le había robado la Colt .45 semiautomática que, por entonces, era

el arma reglamentaria. La tomó con su mano izquierda —era zurdo— y me apuntó a la altura de la pelvis. Amenazaba con matarme si no lo acompañaba. Resistí. *Con vos no vuelvo más*, le dije simulando tranquilidad, aunque por dentro temblaba. El tren llegó a Plaza Miserere. Me escurrí entre el gentío y hui desesperada, chocando y esquivando gente. Tomé cualquier colectivo con cualquier rumbo y lo perdí de vista. Lo último que le escuché decir fue que me buscaría donde quiera que fuera. Pero no debe de haber buscado demasiado porque se esfumó durante varios años. Reapareció una vez y lo vi sin los velos que nos impone el deseo para que encontremos adorable a quien, en realidad, puede ser detestable. Cuando el amor se va, el otro deja de ser mágico. Descubrí a Antonio algo cínico y degradado. Me pregunté internamente: *¿Y yo deseaba la fidelidad de este engendro?* Sentí vergüenza ajena al acordarme del episodio de la pistola y propia por haber compartido casi un año de mi vida con ese mujeriego. Pero no puedo dejar de reconocer que me enseñó a coger. No es poco.

* * *

Enero de 2001. Me debatía en mi escritorio luchando con la angustia de un amor perdido (uno de tantos) y mi libro *Buenos Aires, una mirada filosófica*, que no lograba finalizar. Había desconectado el teléfono (solo

existía el fijo) y no quería ver a nadie para rumiar a solas mi pena por esa pérdida y terminar el libro.

Mi única salida era a la psicoanalista, que vivía en el barrio de Belgrano, en una casona antigua en la que nunca me sentí cómoda. Quizás por eso remoloneaba para ir. Me entretuve escribiendo y de pronto advertí que se estaba haciendo tarde. Tenía que cruzar la ciudad y llovía de manera alarmante. Cuando salí de casa pasaba un taxi. Lo tomé. El pibe quería charlar, yo no tenía ganas. Hasta que vi que en la guantera llevaba un libro de Albert Camus, *El mito de Sísifo*. Le pregunté y me dijo que le gustaba ese autor. No tenía más estudios que el primario, pero leía y desarrollaba teorías sobre las afirmaciones del autor. El tipo no me gustaba, pero esa singularidad me sorprendió. Y llovía y llovía.

Avanzábamos por avenida del Libertador hasta que dobló para enfilar hacía el barrio de Belgrano. Circulaba despacio y regulaba el acelerador para evitar que el motor se ahogara. Casi llegando a Cabildo flotaban autos al garete. Los paragolpes delanteros convergían amontonados y parecía que se estuvieran besando en la boca. El taxi no podía avanzar. Intenté bajar, pero el agua me arrastraba. Volví a subirme y ahí nos quedamos, bajo la lluvia y el enredo de coches. El taxista apagó el reloj (de seguir corriendo, habría sido un viaje impagable). A media luz, con el agua chorreando por lo cristales y los autos boyando

alrededor, charlábamos. Cuando amainó, ya había pasado ampliamente mi hora de análisis. *Volvamos a San Telmo*, le dije. Cuatro horas pasé en el taxi. Intercambiamos teléfonos.

Primero nos encontramos en un hotel alojamiento. Sexo un poco ingenuo, pero la pasamos bien. Cuando nos íbamos, me sorprendió al hacer algo que nunca había visto antes —a pesar de que, para ese entonces, ya tenía una larga experiencia en *telos*—: arrasó con las chucherías que ponen en esos lugares (jaboncitos, champú, crema de enjuague, caramelos, peine enclenque). *Qué pobre que es*, pensé. Como no me pareció peligroso, cuando volvió a aparecer lo invité a mi casa. Ahí se distendió y me contó que le gustaban las mujeres mayores. Incluso mayores que yo, que en ese entonces tenía 60; él, 38. Me contó que deseaba a la dueña de la pensión donde vivía, una mujer de 84 años. No quería decirme qué le atraía de la anciana, aunque finalmente habló. Se imaginaba que esa señora tenía dientes postizos y que se los sacaría para chupársela mejor.

Me dio un poco de asco. No solo por eso; también porque en la cabeza tenía olor a sucio. Algo le comenté y me dijo que no se podía comprar champú, que se lavaba con jabón para la ropa. Ese día lo encontré desagradable y decidí no verlo más. Telefoneó unas cuantas veces y me negué con distintas excusas, hasta que llamó en un momento en el que yo estaba muy

caliente porque hacía tiempo que no ligaba nada. Acepté, pero con una condición: que se comprara un sobre de champú y otro de crema de enjuague; si era necesario, yo le daría el dinero, pero que se lavara bien la cabeza y que se bañara antes de venir a verme. Aceptó y dijo que podía pagar eso.

Estaba finalizando mi libro y no quería perder tiempo. Pensaba excitarlo con videos porno, que se calentara pronto, cumpliéramos con el ritual de "La secta del Fénix" de Borges (obvio, coger) y se fuera rápido. Pero no miraba los videos. Quería conversar. ¡Y me hablaba de otras mujeres! De las viejas que tenía en vista, de cómo coqueteaba con ellas y no se animaba a avanzar. Encendió un cigarrillo y seguía con sus conquistas de ancianas presuntamente mamadoras. No lo soporté más. Le dije que no me sentía bien, que tenía que terminar el libro, que por favor se fuera. Me miró sorprendido pero, ante mi firmeza, me preguntó si podía terminar el cigarrillo. *No*, le dije. Lo apagó resignado y lo acompañé a la puerta para abrirle. Cuando ya estaba con un pie en la vereda, se dio vuelta, me miró a los ojos y me dijo: *Por lo menos olé el pelo, me lavé con champú y enjuague como me pediste.* Bajó la cabeza y la puso a la altura de mi nariz dejando, para el recuerdo, una estela de fragancia fresca.

* * *

Un tiempo después del frustrante encuentro con el taxista viajé al Noroeste argentino a un congreso de cultura clásica. Me quedé unos días para pasear y conocí a un macho norteño. Pintón, aventurero, trágico y divertido al mismo tiempo. Si con el peruano había aprobado mi grado en sexualidad, con el norteño obtuve el posgrado. Comenzaron las idas y venidas. A veces él viajaba a Buenos Aires y nos encerrábamos dos o tres días en mi casa; otras viajaba yo y nos encerrábamos dos o tres días en una *suite* de hotel. Él no quería amor, ni salidas, ni arrumacos. *Solo sexo y cabeza*, decía, porque además de coger le gustaba preguntarme y hablar de filosofía; a mí me encantaba escuchar sus reflexiones existenciales, sus experiencias extremas con drogas de todo tipo, sus encuentros con sociedades y geografías exóticas, como los delfines rosados danzando en aguas amazónicas o una tribu en Madagascar en la que los senos femeninos no tienen carga sexual alguna.

El norteño me inició en los juguetes sexuales. Tenía veintidós años menos que yo. Nos veíamos dos o tres veces por año. Pero cogíamos mucho a distancia, sobre todo por teléfono de línea. Lo más divertido era que, cuando nos encontrábamos, le gustaban unos *shows* que preparaba ad hoc para él. Buscaba música adecuada, compraba ornamentos para decorar el ambiente, alquilaba disfraces, me ponía pelucas, ensayaba baile del caño, preparaba juegos de luces y, después de

cenar y fumarnos unos porros, se acostaba desnudo con los brazos debajo de la nuca y yo le brindaba mi *performance*. Las erecciones se fortalecían al ritmo de mi danza.

A veces, cuando llegaba del aeropuerto, tan pronto como cerrábamos la puerta de mi departamento me arrodillaba y se la chupaba hasta que terminábamos cogiendo en el piso del *hall* de entrada. Pero según pasaban los años, fui intuyendo que, en realidad, las travestis le gustaban más que las mujeres. Le pregunté por qué no se acostaba con tipos. Contestó que no le gustaba la estética masculina, que solo le gustaba la pija. Incluso, como era artista plástico, modelaba y pintaba pijas considerables. Nunca me confesó si andaba o no con travestis. Sin embargo, nada lo calentaba tanto como que, debajo de la tanguita, llevara una prótesis con un arnés que sostenía un vibrador de tamaño considerable.

Con la confianza que da un vínculo que se mantiene a través del tiempo, se fue tornando cada vez más pasivo y egoísta, al punto de que acababa enardecido cuando lo penetraba mientras se deleitaba mirando las pijas diseminadas por la habitación. Y luego, al mejor estilo marido tradicional, se daba vuelta y ¡a dormir! La relación tenía elementos sadomasoquistas que ambos disfrutábamos, pero su desgano no me estaba gustando nada. Masturbarse ante la indiferencia del amante no fortalece la autoestima.

La última vez nos encontramos en un hotel de Asunción, junto al río Paraguay, casi frente a la confluencia con el Pilcomayo. Noche movidita. Lo *culié* con mi prótesis y, después de acabar, se durmió: otra vez me dejó pagando. Hasta aquí llegué. Me levanté temprano y lo esperé sentada en un sillón con vista al río. Cuando despertó, le pedí que preparar su mochila y se fuera. Preguntó por qué. Me calcé unos elegantes lentes ahumados italianos, enfoqué la vista hacia la selva que comenzaba más allá del otro margen fluvial y le dije serena e inmutable: *No doy explicaciones.* Me quedé con los juguetes sexuales como bienes gananciales.

* * *

La relación de sexo y cabeza con el norteño fue un paliativo para mi pena de amor anterior a él, Roberto. Los diarios de Andy Warhol y *La ética* de Spinoza también me ayudaron a paliar el duelo por el abandono. Los leí alternados para obnubilar el recuerdo constante del amor perdido. Roberto comenzó a andar con otra después de siete años de relación. ¿Cómo y cuándo había arrancado conmigo?

Verano de 1990, un levante en Cemento. Salimos del antro. Eran las cuatro de la mañana y la avenida 9 de Julio lucía espléndida con sus jacarandás y palos borrachos. Todavía no había sido tajeada por el Metrobús.

Caminábamos por ese jardín urbano mirando nuestras propias sombras proyectadas por esos dos cuerpos que se interponían a los haces de luz de los focos de la calle. Ese eclipse se proyectaba sobre la avenida.

> Y tu sombra [...]
> y mi sombra [...]
> se juntaban. [...]
> ¡Y eran una sola sombra larga!

Nos habíamos conocido hacía un par de horas y estábamos yendo a mi casa.

Desde finales de los ochenta hasta que conocí a Roberto trabajaba en mi tesis doctoral doce horas por día. Me abstenía de toda salida y, como siempre, no veía televisión. Investigaba y escribía. Pero cada dos meses necesitaba una salida *higiénica*. Los *partenaires* me los proveía algún local nocturno alternativo y mi preferido era Cemento. Volvía de madrugada por la 9 de Julio, aunque no siempre acompañada. El que traía esa noche era el menos pensado. En el boliche traté de esquivarlo: su cuerpo no me atraía. Insistió con dulzura y paciencia. Yo titubeaba. Al final lo acepté con pocas ganas. Pero este mendocino con aspecto de descendiente de esclavos no fue uno más. La *visita higiénica* se convirtió en una relación intensa con cama afuera. Los primeros tiempos fueron espectaculares. Ese pene predispuesto las veinticuatro horas

me fascinaba. Una noche, al regresar de una franeleada anónima y colectiva en Bolivia, un boliche ochentoso de San Telmo, Roberto y yo tuvimos nueve encontronazos con sus respectivas eyaculaciones y orgasmos. Su glande y mi vagina quedaron en carne viva, ardían.

Llegaba a mi casa los sábados por la noche y se iba los lunes por la mañana. Los últimos tiempos la pareja se mantuvo a los tropezones. Como todo en la vida, las relaciones cumplen su ciclo. Cada vez lo deseaba menos, pero lo quería. Me comportaba como una esposa frígida: *Estoy cansada, hagámoslo mañana.* También a él le iba bajando el entusiasmo. Espaciaba los encuentros y decía vulgaridades que nunca le había escuchado cuando la relación brillaba a pleno. Un sábado no vino, no llamó, no avisó. Ese fin de semana sufrí mucho. Me arrastré por un desierto hasta que llegó la mañana del lunes. Lo llamé a su casa (no existían los celulares) y me atendió con voz recién arrancada de un sueño profundo. Le pregunté si había otra y —ante su silencio— corté para siempre. Nueve años me llevó olvidarlo. Pero, como veremos más adelante, tiempo después reapareció en mi vida.

* * *

Hollywood. Desde chica vi mucho cine. Me subjetivé como mujer identificándome con algunos personajes femeninos. Hay una película paradigmática de la

idea regulativa desde la que construí mi subjetividad, *La heredera*, de William Wyler, de 1949. Es una adaptación de la novela *Washington Square*, de Henry James, está inspirada en hechos reales y transcurre en el siglo XIX. La protagonista —Catherine, interpretada por Olivia de Havilland— es hija única de un viudo multimillonario. No es agraciada y no aparecen pretendientes. Su padre la humilla recordándole la belleza y sagacidad de su madre muerta, virtudes que ella no heredó. Ella es bondadosa y sensible, pero no logra obtener el cariño de su padre. Y, lo que es peor, según el imaginario de la época va tirando para solterona. Pero un día su suerte cambia. La corteja un joven bellísimo interpretado por Montgomery Clift. La heredera se enamora. Su padre, un poco porque se da cuenta de que al pretendiente lo único que le interesa es la herencia, un poco por crueldad hacia su hija, prohíbe ese matrimonio. Ella es mayor de edad y puede casarse igual, pero el padre le anuncia que, si lo hace, la desheredará. La chica está tan enamorada que le ofrece al pretendiente huir juntos, realizar su amor sin que importe la fortuna de su padre. Él intenta disuadirla argumentando que no se siente capaz de hacerla renunciar a su patrimonio. La mujer insiste: lo ama más que a la riqueza. Él acuerda a regañadientes. Proyectan la fuga. Debe pasarla a buscar a la medianoche; ella tendrá su equipaje preparado y se casarán en una iglesia lejana que ambos

conocen. Se despiden. El muchacho va a prepararse y ella hace lo mismo. Cae la noche. Ahí está Catherine de punta en blanco rodeada de valijas, esperándolo. Pasan las doce, la una, las dos y nada perturba el silencio. Queda la heredera con sus ojos vidriosos y sus puños cerrados sola con sus maletas y sus deseos. Destruida, abandonada, ultrajada. Pasan los años y al fin muere el padre. La flamante millonaria recibe una visita inesperada del ex pretendiente, que le presenta sus disculpas. Aquella noche no había ido por el bien de ella. No quería privarla de su herencia. Siempre la amó y ahora que no existen impedimentos le ofrece nuevamente casamiento. Ella, lejos de reprocharle algo, acepta. La estruja entre sus brazos y, cuando sus bocas se acercan, la sombra de un fantasma se insinúa en la comisura de los labios femeninos. La mujer se excusa y sale del salón. El hombre aprovecha para levantar la vista y disfrutar por anticipado de la mansión que pronto será suya. Ella retorna con un pequeño estuche: gemelos de diamantes adquiridos en París. Le pide que se los ponga para su boda secreta, porque no quiere un evento social. Prefiere retomar el sueño que no había podido ser en el pasado. El pretendiente iría en un carruaje tirado por caballos, a las doce de la noche pasaría a buscar a Catherine y partirían hacia otra ciudad, se casarían en la iglesia soñada por ambos, recuperarían el tiempo perdido. Él se despide exultante; ella,

impávida. Promete pasar a buscarla a las doce de la noche. Ella lo esperará con el equipaje.

Once y cincuenta y ocho Catherine borda frente a su bastidor. A lo lejos se escuchan cascos de caballos sobre el empedrado. Se detienen. La heredera le ordena a la criada que se retire a su habitación. Golpes con el llamador de bronce. Sigue bordando, imperturbable. La criada hace un intento por abrir. La señorita le vuelve a indicar que se vaya a dormir. Los reclamos del hombre se tornan desesperados: golpea la puerta con sus dos puños. La mucama —que la había cuidado desde que era una beba— le reprocha su crueldad. *Tuve buenos maestros*, es su seca respuesta.

Queda sola y da la última puntada al bordado. Deja con prolijidad los utensilios de costura, se pone en pie y toma la lámpara. Viste un traje blanco suntuoso. ¿El que había imaginado usar en su boda? Avanza en dirección contraria a la entrada. Él ve la luz alejarse lentamente. Ella, paso a paso, comienza a subir las escaleras. Arrecian los golpes en la puerta. Una sonrisa de satisfacción ilumina el rostro de la mujer que —por primera vez— luce espléndida gracias al resarcimiento. *¡Así quiero ser!*, grité para mis adentros cuando vi la película: fue una revelación para mí. Ese final fue un aporte inestimable a mi autoconstrucción. No quejarse, no dar explicaciones ni pedirlas. Esto no resguarda del sufrimiento, pero otorga dignidad. Me

identifico con ese modelo de mujer, aunque mis contradicciones sean evidentes. No cargo con prejuicios sexuales ni sociales, es cierto, pero cargo con el áspero sentimiento de los celos.

Hoy te has ido de aquí
quería amarte y abrazarte
hasta el día de mi muerte.
No es justo lo que me haces.
Algo ha llegado y se ha llevado algo de mí.
Y se siente como una bola y una cadena.
Dime por qué el amor se siente con una bola
[y una cadena.

Así lo dice Janis Joplin en "Ball and chain". El día de su graduación se acostó con todos los compañeros de curso, pero sufría cuando el hombre que amaba se apartaba de ella. La promiscuidad no cura los celos.

¿Y qué son los celos? Una pasión triste inherente al afecto que, como todo lo sensible, no está libre de conflicto. Solo lo que no se desea no genera tristeza si se pierde, ni envidia si otro lo posee. Esto nos acaece con independencia de la voluntad. La razón no es la causa de las pasiones; es víctima de ellas. No deseamos algo porque es bueno; lo consideramos bueno porque lo deseamos, dice Spinoza, el racionalista. La razón no administra las acciones humanas; ellas son regidas por las pasiones, según Hume, el empirista.

Los celos son pasiones que no se aplacan con razones. Se sufren como una enfermedad crónica. En el oscuro fundamento de cada opción palpita una oscura pasión. La vida se da sus propias leyes. Resultan conflictivas para el entendimiento binario que considera que algo solo puede ser verdadero o falso y que no existe otra posibilidad. Pero lo vital es multitudinario. En cada subjetividad conviven deseos contradictorios pero el poder nos quiere simples, fáciles de codificar. Algunos los niegan, otros se hacen cargo.

Se supone que la irreverencia con los códigos domesticantes implica la anulación de las pasiones tristes o *pasadas de moda*. No es así. Muchos soles gravitan en cada uno de nosotros. No somos simples, aunque la comunidad tradicionalista o progresista se escandalice ante quienes no seguimos los códigos consuetudinarios, en un caso, y militantes, en otro. Los revolucionarios también obedecen códigos impuestos por el aire de los tiempos. Pero la realidad se ríe de lo preestablecido, de lo tabulado, de los maniqueísmos. Es polifacética, pluralista y heterogénea a pesar de la homogeneización mediática o cultural, pues cada sujeto es un colectivo de elementos diferentes y hasta contradictorios. Las pasiones tristes (como los celos) no tienen buena prensa en épocas posrománticas pero, a pesar de todo, conviven con pasiones emancipatorias o desprejuiciadas, es

decir, con pasiones alegres. Podemos manejar algunos hilos del yo, pero ello es rebelde a los mandatos de la conciencia.

Ello funciona en todas partes, bien sin parar, bien discontinuo. Ello respira, ello se calienta, ello come. Ello caga, ello besa. Qué error haber dicho el ello. En todas partes máquinas, y no metáforas: máquinas de máquinas, con sus acoplamientos, sus conexiones. Una máquina-órgano empalma con una máquina-fuente: una de ellas emite un flujo que la otra corta. El seno es una máquina que produce leche, y la boca, una máquina acoplada a aquella. La boca del anoréxico vacila entre una máquina de comer, una máquina anal, una máquina de hablar, una máquina de respirar (crisis de asma). De este modo, todos "bricoleurs"; cada cual sus pequeñas máquinas. Una máquina-órgano para una máquina energía, siempre flujos y cortes.

Así comienza el libro de la complejidad, *El anti Edipo* de Gilles Deleuze y Félix Guattari que, como la lógica del (sin)sentido de *Alicia en el país de las maravillas*, alude a la vida misma, a los sentimientos, a las paradojas y a la posibilidad de asumirlas hasta las últimas consecuencias. La subjetividad se construye desde valores que, si siguen el espíritu de rebaño, son aplaudidos pero, si se desmarcan, escandalizan. Las almas bellas se ruborizan ante lo heterogéneo. No

logran concebir que algo pueda ser verdadero y falso y muchas cosas más al mismo tiempo.

Uno de mis modelos para subjetivarme fue Scarlett O'Hara, la protagonista de *Lo que el viento se llevó*. La Guerra de Secesión la arrojó a la miseria. Sucia y hambrienta, busca en vano algo para comer en su ahora abandonada residencia. Sale al campo, hurga en el suelo para mordisquear raíces y, de súbito, reacciona. Mira al cielo y con un puño en alto jura por esa tierra que nunca volverá a pasar hambre. Final de la primera parte. Impecable. En la segunda parte recupera su fortuna, se casa, tiene una hija, pero el hombre al que ella realmente quiere no la ama. Lo pierde definitivamente. También pierde a su hija y a su marido, a quien no quiere pero que de algún modo la protege. Está absolutamente sola en ese mundo que reconstruyó y otra vez se derrumbó, pero no se da por vencida. Mira altiva hacia cámara y dice: *¡Mañana será otro día!* Esa actitud se me grabó en el alma.

Rebeca, una mujer inolvidable fue otra película fundamental para mi formación sentimental. Quien da nombre al largometraje no aparece en la película, pero está presente de manera continua en su argumento. Lo realmente importante es que logra ser el centro de la atención desde su ausencia. Todos los personajes la evocan. Eso, para mí, es escribir y publicar: el lector no tiene por qué ver a quien escribe y, a lo sumo, lo conoce por un retrato (el de la mujer ausente atraviesa

la película). Rebeca, como una autora, desaparece y está presente a la vez. Escribir y publicar es un acto sacrificial. La presencia de la escritora se patentiza en la escritura, de la que está ausente. Esas intensidades fueron las ideas reguladoras que construyeron mi subjetividad desde que comprendí que estaba sola. Mis padres usándome de escudo para tapar la agresión hacia mi hermanita (el día del cuchillo), Susana abandonándome sin explicaciones, los compañeros ninguneándome en la escuela, Carlos Aréstico —el chico gay que fue mi primer novio— también desapareció sin despedirse. Renuncié a esperar cosas de los otros. Me quise triunfante en mi soledad y presente aún ausente, como Scarlett O'Hara, en *Lo que el viento se llevó*; como Catherine, en *La heredera*, y como Rebeca en la película de Hitchcock.

* * *

Nunca me contuve. Me di completamente, me di a aquellos placeres que eran casi realidad y estaban en mi mente; me di a las vibrantes noches, y bebí vino del fuerte, como solo los valientes beben del placer. Kavafis asumía así su entrega al goce. Eso quise para mí, ser kantiana y hedonista; rigurosa y jovial; estar en la cresta de la ola o en ningún lado.

Considero que, cuando el deseo se mide en números, cuando se imponen consignas o se adhieren

etiquetas, la captura por el poder represivo ya es un hecho. Es desde la marginalidad, desde las minorías, desde cierto nivel de transgresión que puede surgir una línea de fuga liberadora. En arte, en literatura o en la vida se trata de luchar contra el sedentarismo. Transformarse. Los nómades abominan la normalización. Ser nómade es una cuestión existencial; supone atreverse a la otredad. Pisotear los mitos sobre los sexos, las edades, las reglamentaciones morales, el machismo, lo políticamente correcto y la hipocresía.

Ahora quiero recordar a mi amante más reciente. Un ex modelo de 36 años que conocí en unas clases de actuación. ¿Diferencia de edad? Cuarenta años. Para fines de 2015, Martín Farina me había convocado para filmar un documental sobre mi vida, cuyo resultado fue la película *Mujer nómade*, que se estrenó en 2018. Comenzamos a trabajar en el proyecto en enero de 2016. Estimulada por este acontecimiento y en busca de lograr alivianar el peso de un gran duelo del que hablaré más adelante, comencé a tomar clases de actuación. La experiencia fue dolorosa por ser nueva en un grupo ya constituido y por mi edad. Mis compañeros podrían haber sido mis nietos. A mí no me importaba, pero ellos no sabían qué hacer conmigo; entonces, me ignoraban. Uno me reconoció y tímidamente me dijo que era un honor compartir clases conmigo, pero nunca más me habló. A posteriori establecí relación con dos de ellos, M y D.

Pocos días después de finalizado el curso, me llegó un *e-mail* de M. Fuimos compañeros en las clases de actuación, me decía y —como referencia para que lo ubicara— se identificó a sí mismo con el gentilicio de su provincia. Cabe aclarar que el profesor de actuación era un realizador gay que no ocultaba sus elecciones sexuales. Por ejemplo, cuando nos pedía que llorásemos en una actuación, comentaba que él, en esas circunstancias, recordaba cuando lo había abandonado un novio y las lágrimas acudían presurosas. A sus talleres se acercaba gente por dos o tres razones: ver si se lo podían levantar (chicas y chicos, aun cuando el profe solo amara a los chicos), ver si podían integrarse a alguna de sus producciones (aunque solo elegía a los actores haciendo un *casting*) o aprender a actuar (que, entre otros, era mi caso). El noventa por ciento del alumnado masculino era gay y el diez restante coqueteaba con la androginia. Había muy pocas mujeres y, excepto yo, todas eran jóvenes. Como ya dije, mi presencia era ignorada por todos. Por eso el correo de ese ex compañero me resultó extraño. ¿Cómo?, ¿me habían ninguneado durante el curso y ahora me escribían? Me decía que quería que nos encontráramos.

Era rubio, ojos gris-verdosos, bucles a lo Robledo Puch, cara angelical y se movía como un felino. Desde que lo había conocido, en la primera clase, no había dudado de que era gay. Pero no sabía ni cómo se llamaba y durante el curso solo habíamos intercambiado

saludos. Por eso, cuando me escribió, trató de hacer lo posible para que lo ubicara. En el mensaje me decía que en su provincia había dirigido algunas obras de teatro y que quería ofrecerme algo. ¿Qué se traía entre manos? Yo dilataba el encuentro. La desconfianza se peleaba con la curiosidad.

Por fin lo cité en el Bar Británico, frente a Parque Lezama. Para mi sorpresa, trajo el guion de un unipersonal escrito por un comprovinciano de él cuya protagonista era una mujer de mediana edad. Cuando lo leí en mi casa me sentí desconcertada. Había muchas cosas para discutir: la edad de la protagonista, tan distinta de la mía, el vestuario, la escenografía, pero lo fundamental era que yo no soy actriz y que el final de la obra me pareció machista. Cuando nos volvimos a encontrar y le expresé mis reparos, relativizó mi primera objeción y me recordó que en ese mismo momento yo estaba filmando un protagónico con Martín Farina. Puso el escrito a mi disposición para que le hiciera los cambios que quisiera e incluso, agregó, podíamos construir otra dramaturgia juntos. Eso me pareció razonable, pero lo que me resistía a creer era que me tirara onda. ¿Qué le pasa?, ¿si es gay?, ¿o no? ¿Me equivoqué? Sin que le preguntara nada, comenzó a hablar de novias pasadas, de una chica que había sido su gran amor, de mujeres. *Quizás me equivoqué,* pensé, *pero podría ser su abuela.* 76 frente a 36. ¿Será un gigoló? Me invitó a salir. Acudimos a esas sectas que

suelen formar los teatristas, que parecen muy libres, pero se manejan con códigos tan estructurados como en cualquier otro ámbito, aunque es cierto que los de ellos son distintos. Sin embargo, hay ritos que los sectarios teatristas cumplen a rajatabla: encontrarse para ver las puestas en escena de otros y criticarlas —aunque a los involucrados les dicen que estuvieron divinos—, ir al cine para ver películas que *no se pueden dejar de ver*, y siempre, como la misa para una beata, juntarse a cenar en patota. En Buenos Aires, por ejemplo, cada grupo tiene sus boliches fetiche: Pippo, Güerrín y otras pizzerías que no aportan a sus siluetas ideales pero están al alcance de sus bolsillo reales. Era un poco fuerte salir con él. Las mujeres se lo comían con los ojos e incluso intentaban seducirlo delante de mí. El modelaje lo tuve que abandonar, decía, porque los productores lo acosaban. Lo repetía con bastante frecuencia, sobre todo cuando lo miraban hombres, que también lo perseguían con bastante frecuencia. Yo estaba tan fascinada con la posibilidad de tener a ese adonis a mi disposición en la cama que me tragué cualquier sapo.

Una noche de ravioles, *jazz*, porro y malbec terminamos cogiendo. En la posencamada le pregunté: *¿Por qué avanzaste hacia una mujer cuarenta años mayor que vos? Porque me gusta tu manera de caminar* (¿eh?) *y me gusta experimentar* (¡ah!). *¿Entonces con hombres también vas? ¡No! Solo mujeres* (¡bue!). Me agarraba

de los tobillos y los ponía sobre sus hombros. Él de rodillas en la cama. Los dos desnudos. Me penetraba y nos zarandeábamos de lo lindo. *De aquí me llevan a terapia intensiva*, pensaba yo. Pero resurgía renovada o, más bien, resucitaba.

El costo era soportar sus incomprensibles limitaciones. Besos en la boca, abrazos y mimos únicamente mientras cogíamos. No le gustaban los arrumacos privados y menos aún los públicos. Insistía con poner en claro el sentido de nuestra relación y al final puso sus condiciones: me ofrecía una pareja abierta (¡ay!), cuidándonos mutuamente para que el otro no advirtiera si existían vínculos paralelos (¡ah!). *De acuerdo*, contesté, aunque no me gustaba nada. Descarté la sospecha de que fuera un gigoló (cada cual pagaba lo suyo), aunque la frialdad pre y poscoito era paralizante. A eso se sumó que empezó a *chichonear* con otras. Cuando nos cruzábamos en algún lugar, trataba de atajarse. Yo tragaba veneno y me abstenía de mostrarle mis celos. Mala fe de mi parte, que no quería ver lo evidente, *mala fe* en sentido sartreano, que no es lo mismo que en la vida cotidiana. En Sartre, remite a quien se miente a sí mismo sin ser consciente de ello. ¿Por qué se miente? Porque hay realidades tan dolorosas o incómodas que no las podemos soportar; entonces, la subjetividad produce una especie de cortina que nos vela la verdad. Sin saberlo, nos engañamos a nosotros mismos.

Ni una menos. Me extrañó mucho que, luego de que participé en una mesa televisiva sobre la movilización feminista, me preguntara si podía acompañarme a la marcha. *Sí, claro.* Al mismo tiempo me cuestionaba para mis adentros: *Es lindo y joven, ¿por qué querrá mostrarse conmigo?* Me quedó picando. Mientras tanto, seguíamos con el proyecto del unipersonal. Ahí capté que poseía belleza, pero carecía de talento, aunque eso no me importó. Solo quería cogérmelo y, con la excusa de la obra, lo lograba de vez en cuando. No es que se prestara mucho tampoco. Alta histeria.

Con el otro ex compañero de taller, D, nos juntábamos a tomar algo y a coquetear con quien tuviéramos a mano. Disfrutaba de su homosexualidad, era culto y divertido. Un domingo fuimos a un teatrito de esos que pululan por Buenos Aires. Un sucucho. Obra y actriz desaforadas. Insufrible. Huimos a los veinte minutos y recalamos en el bar La Paz, que por cierto conoció épocas mejores. Tanto D como yo habíamos seguido en contacto con M. Aunque a D no le había contado mi historia con el rubio, sí le hablaba, en cambio, sobre la obra que estábamos preparando. Le comenté incluso que cuando conocí a M había creído que era gay. *Lo es*, me dijo D. Me contó que la última noche de cursada se habían ido de juerga. Eran cuatro tipos, se emborracharon y pintó fiestita. Pero se separaron en dos parejas. Me dio las señas de los otros dos y me contó que él durmió con M y que siguieron haciéndolo hasta

hacía poco. Quedé paralizada. ¡Cómo cesan los sueños cuando descubrimos que soñamos!

No podía creer que desde hacía tres meses que habitaba una mentira (por supuesto, también me tragué otras). Estaba atónita no porque le gustaran los hombres sino porque me lo hubiera negado. M sabía de mi apertura para con las elecciones sexuales, ¿por qué me había mentido? Miré los labios orlados de barba y bigote de D y me sobresalté. Habíamos besado la misma boca y cogido con el mismo tipo. No pude seguir escuchando y, subiendo un poco la voz, dije: *¡M se acuesta conmigo!* El rostro de mi amigo se transformó como cuando en los dibujitos animados los ojos se salen de las órbitas en círculos concéntricos. Intentó relativizar para no herirme, pero lo de M estaba clarísimo. Hasta esa tarde en La Paz, en la que salí de mi autoengaño, no asumí que en dos oportunidades M se había deshecho de mí para irse con un tipo.

> Niega y niega el negador,
> y en su enconado negar,
> puede ver lo que le muestran,
> pero no puede mirar.

Se está abusando de vos, me dijo D. *Quiere colgarse de tu prestigio. Además, ¿no te preocupa ser dirigida por alguien con tan pocas luces? ¿No te das cuenta?* Sí, me daba cuenta, pero creía —con voluntarismo— que

podría *equilibrar* la calidad del espectáculo. Creía contra toda evidencia porque no sé nada de puestas en escena. En definitiva, lo que quería era no privarme de despertar con un ser hermoso y desnudo en mi cama.

Al final, resultó un gigoló de *prestigio*, no de dinero. Días después de la conversación con D, me llegaron testimonios de que M se había informado sobre mi trayectoria y fantaseaba con obtener reconocimiento si me dirigía en una *performance*. Es ruin, pero qué se le va a hacer; lo incomprensible es para qué se tomó el trabajo de proponerme toda la ritualidad de las parejas, de *hacerse el novio*. Sea como fuere, con un mentiroso hay que practicar cirugía mayor. *Todos los cretenses mienten*, decía el cretense Epiménides. ¿Cómo salir de esa paradoja? M, como Epiménides, quedó atrapado en la contradicción del mentiroso.

Lo dejé por privado de una red social e inmediatamente lo bloqueé. Permanecí imperturbable por fuera aunque estaba rota por dentro. Cada vez que M insistía con que lo atendiera —golpeó desesperado mi puerta, a lo Montgomery Clift— se chocaba con mi silencio. Ese silencio lavó mis debilidades anteriores. Por fin me sentí digna. ¿Y ahora? Lo de siempre: ante la adversidad, que se multiplica con los años, miro al frente, arremeto y reafirmo la vida. Al menos por ahora. ¿Y mañana? Mañana será otro día.

Irreverencia*

A partir de los 50 años mi vida sexual comenzó a ponerse interesante a pesar de mis fantasías negativas sobre esa edad. Antes lo obvio para una chica de mediados del siglo XX. Calenturas insoportables hasta el día del casamiento, sexualidad matrimonial domesticada hasta el día del divorcio. Después los tiempos del sexo compulsivo y culposo. Es duro conocer varios cuerpos cuando por tradición, familia y religión te convencieron de que lo correcto es uno solo y para toda la vida. Hay que lidiar con eso.

Me inicié en la práctica sexual a los 21 años, no sin antes haberme provisto de las dos libretas que me habilitaban legal y religiosamente a acostarme con un hombre, aunque mi espíritu no era tan virgen como mi cuerpo. Pues a pesar de aceptar sin chistar todas las ñoñerías que les imponían a las señoritas de entonces, me había atiborrado de textos místicos, ocultamente pornográficos e indiscutiblemente sádicos. Con ellos alimentaba mi sexualidad reprimida y satisfacía un masoquismo elemental. Evoco la Biblia, que leí dos veces desde el enigmático Verbo del principio hasta el catastrófico apocalipsis del final, pasando

* El presente apartado tiene como base "La irreverente vida sexual de una señora mayor", texto publicado en la sección "Mundos íntimos" del diario *Clarín* el 6 de octubre de 2012.

por masturbaciones, violaciones e incestos. Fue mi segunda lectura erótica. La primera había sido el catecismo, que me preguntaba si había hecho *cosas malas*. La indefinición del término lo tornaba transparente y despertaba en mí oleadas de mórbida atracción. Inquiría asimismo si había gozado con alguien que me hubiera forzado. También con quién había hecho esas cosas, ¿con hombres, con mujeres, con niños, con animales? La moralina familiar de humildes inmigrantes españoles y el adoctrinamiento de las monjas me habían convencido de que solo siendo adulta y estando casada podría acceder al sexo. En aquellos tiempos no se conocía tele ni internet; las niñitas de antes solo tenían fe.

Nunca se me habría ocurrido que si me obligaban a hacer algo *malo* podría gozar con ello; tampoco que era posible tener sexo con mujeres, ni con otros niños y menos aún con animales. Esto me arrojó a un delirante pansexualismo imaginario.

Todo lo referente al deseo me producía culpa. Con esa mochila penetré en la vida sexual. Mi desfloración fue en Mar de Ajó, en el mítico hotel El Águila, un lujo para nuestros bolsillos recién casados. Deseo y enamoramiento sobraban; brillaba por su ausencia, en cambio, la práctica sexual, la más mínima técnica. Éramos, como dije antes, un par de chicos inexpertos y vírgenes. Una vez le había preguntado a mi mamá de dónde venían los bebés y, por hablar de esas cosas,

me trató de puta. Con mi novio nunca se nos permitió salir solos y en casa siempre había un familiar relojeando. Pero llegó el día. Mi flamante marido cerró la habitación y sin juego amoroso previo, en frío, a dos metros de distancia y bajo una luz que yo sentía humillante, me ordenó desnudarme. Obedecí con infinita vergüenza. Él se quitó torpemente la ropa y apareció su miembro obsceno. Me resultó espantoso a pesar de que era de un rosado delicado, pero enorme y parado como el del exhibicionista del día que volvíamos del Sofía Bunge con mi hermana y una amiga, hace hoy setenta y un años.

Cuando en mis célibes noches calenturientas había soñado con abrazar a Gustavo Adolfo Bécquer, no imaginaba que los hombres pudieran tener tal monstruosidad entre las piernas. Me pareció una descortesía que me apuntara con eso. Entre el despropósito carnal y la indiferencia existencial, mi excitación se evaporó. Pensé, decepcionada, *¿Esto es un hombre?* Excepto el tenaz latigazo de las olas que no se cansaban de aporrear la playa no escuché ninguna de las armonías que había imaginado para mi himeneo. Ese desencanto fundacional instauró casi tres décadas de sexo desangelado.

Después de cuatro años de relación legal todo había terminado, aunque no sin episodios de violencia. Luego convivencias y relaciones furtivas abundantes y mediocres. Hasta los 40 años contabilicé cada

varón con el que me acosté. Luego corté por lo sano y dejé de contarlos, no de frecuentarlos.

De todos modos, con el paso del tiempo disminuyó la cantidad y se incrementó la calidad; puse en valor los genitales masculinos. Bordeando mi medio siglo manó miel de las brevas. Mis hijos se independizaron, me doctoré, opté por relaciones sin convivencia, experimenté con estimulantes y con hombres jóvenes, reciclé mi refugio de San Telmo, me llené de música y se me retiró la menstruación. Me dejó de yapa orgasmos en cascada. Fue como capturarle el código a la vida.

Las mujeres de mi edad solemos quejarnos de las arrugas en lugar de festejar que el cuerpo haya dejado de escupir sangre. No más ropa manchada, ni aparición justo el día de la primera cita, ni olor nauseabundo, ni temor a la preñez. En cuanto a las flacideces, se asumen con naturalidad o se recurre a atenuantes tecnológicos. Yo opté por lo segundo.

Me apasioné con la estética del *rock*. Cuero, tachas, crestas, Pink Floyd y toda la parafernalia de la que en los dorados sesenta no pude gozar porque me la pasaba lavando pañales (no existían los descartables). Con mi nuevo *look* dictaba clase en el CBC, donde fui profesora titular de Pensamiento Científico durante veinte años. Pero en la misma época en que me animé con los muchachos comenzó el reconocimiento público de mi trayectoria y —como por arte magia— se esfumaron los candidatos.

Desde entonces solo me abordan quienes no saben quién soy. Mis promociones académicas lograron que los colegas varones dejaran de verme como objeto erótico. Aunque una intelectual medianamente conocida espanta también a los no académicos. Una noche, en el efímero Paladium, un desconocido me invitó a un trago y acepté. El camarero me reconoció y exclamó: *¡Mi profesora de la facultad!* El galán se esfumó.

En un período de alarmante escasez fantaseé con pagar por sexo. No tengo prejuicios si es mutuamente consentido y entre adultos; pero le temo a las citas a ciega y a la prostitución crapulosa. De modo que realicé una investigación sobre las posibilidades que ofrece Buenos Aires. Encontré algo que me venía como anillo al dedo. Existen universitarios que, además de estudiar o ejercer su profesión, funcionan como *surrogate partners*. El término en inglés intenta disimular lo obvio: son prostitutos. Se relacionan con sexólogos que los recomiendan con sus pacientes. Garantizan honestidad y buen trato. Me conectó una amiga.

Primero llamé a un pornopsicoanalista frío como la muerte. Seco y distante. Ese trato glacial apagó mis fogatas. Tampoco pasamos más allá del teléfono con un aprendiz de contador. Ofrecía sus servicios en horarios de oficina y en el microcentro. Olía a corralito bancario. Mi deseo se disolvió como lo habían

hecho mis ahorros. Del tercero mejor no hablar. Era abogado. Nos encontrarnos en un bar. Pero cuando constató que en los comienzos de su carrera había sido alumno mío huyó despavorido. Fin de mi fantasía prostibularia.

Transitando ya mis 70 me requirió un alto funcionario. Un perfil que no cotiza en mis gustos, pero igual accedí. Me confesó que era transexual y se me dispararon todos los ratones. Anatómicamente nació mujer, pero se sentía varón y se vestía como tal. Había realizado la ablación de su aparato reproductor. El uso de hormonas le proveyó barba y voz de trueno. Estaba a punto de operarse para obtener genitales masculinos. Mientras tanto, se las arreglaba con prótesis, aunque esa palabra estaba prohibida, había que decir *pija*. Sus brazos eran férreos a fuerza de entrenar con pesas. En nuestro segundo encuentro pasó de las caricias a los apretones en partes muy sensibles de mi cuerpo. Mis protestas potenciaban su avidez. Me sometía atenazándome mientras me chuponeaba agresivamente. Después de debatirme largo rato —mejor dicho, de sentir la inmovilidad a la que había reducido— emití un grito tan desquiciado que lo desconcertó. Aproveché para huir. Teníamos pocos años de diferencia, era más joven que yo pero se trataba de una persona mayor. Es obvio que, como a mí, el crepúsculo no le apaciguaba el deseo sexual (sé que no somos los únicos).

¿Por qué nuestra sociedad invisibiliza el deseo de los viejos si el sexo no tiene fecha de vencimiento? Aunque ya no apremia de modo compulsivo, mi anhelo sexual sigue activo. Actualmente —como en Perú, allá lejos y hace tiempo— no siento pudor de juguetear con alguien si me gusta y me siento deseada. La última historia de amor (no la última de sexo) duró casi un decenio. ¿Cuánto años más joven? Veintiséis. A Roberto, tal como dije, lo conocí en Cemento, bebimos cerveza y bailamos al ritmo de Memphis, la Blusera, con un Adrián Otero brillante poseído de musical locura. Luego nos fuimos tomados de la mano como si estuviéramos paseando. La dulzura con la que me despertó al día siguiente me inspiró un *te amo* que se prolongó mutuamente en el tiempo. Era casi un marginal y nada sabía de mí; con nadie la pasé tan bien y a nadie lloré tanto cuando se fue.

Hace unos años, después de doce, Roberto volvió por otra oportunidad. Por un instante me sentí penetrada por el fuego de la antigua pasión. Aluciné conciertos de *rock*, viajes en moto, abrazos interminables. Pero fui descubriendo que ese cuerpo joven escondía un alma anquilosada. La frescura de la noche de Cemento estaba irremediablemente perdida. Era un ser vetusto, una cáscara vacía. Por segunda vez en mi vida pensé *¿Esto es un hombre?* Me despedí con elegancia y eché a andar con pasos lentos —serena e irreversible—, decidida a esperar nuevos devenires

multicolores. Me sentí Catherine, la heredera, subiendo con lentitud la escalera, lámpara en mano, con enigmática sonrisa de Gioconda y una dignidad que se derrama más allá de la pantalla.

CAPÍTULO 6
VIOLENCIAS

Violación

¡Me violaron, ma! ¡Esos dos me violaron! ¡Sí!, ¡ustedes me violaron! ¡No se escondan, hijos de puta, ustedes dos, no se escondan! ¡Y vos, degenerado?, ¡te hacés el bueno ahora?, ¡mirabas y no hiciste nada! ¡Y vos, vos también, que te pajeabas mientras me violaban! ¡Hijos de puta! ¡Grandísimos hijos de puta todos! ¡Ma, son unos hijos de puta! ¡Me violaron!, gritaba Fabiana temblando de indignación sostenida por dos policías que no podían contenerla. Los vigilantes eran cuatro en total. Dos se escabulleron cuando me vieron entrar. Eran los que mi hija acusaba de haberla violado. Los otros dos, el pajero y el mirón, me la trajeron. Uno de ellos me había llamado por teléfono para que fuera a buscarla urgente, me había advertido.

¡Señora!, ¡llévese a esta chica de acá ya mismo! Le conviene, me dijo un oficial que apareció de la nada. *Recibimos varios llamados de que andaba queriendo abrir las puertas de los autos. Está borracha, está*

drogada. Le doy la oportunidad. Se la lleva ya o nos hacemos cargo nosotros. No dije nada, no pude decir nada. ¿Qué podría haber hecho? Ni siquiera había una comisaría de la mujer, ni los feminismos tenían la misma presencia que en la actualidad y los jueces difícilmente iban a juzgar a los policías para proteger a una joven que andaba a cualquier hora drogada por ahí.

Era una comisaría cercana a mi casa, no en San Telmo sino en Constitución. Estaba debajo de la autopista Ricchieri. Seis de la mañana. Cuando la soltaron, salió furiosa a la calle. Miré al oficial con impotencia y comprendí que realmente no podía hacer nada. Mejor dicho, su actitud altanera y su mirada feroz me decían mucho más que sus palabras.

Tan pronto como salí me rechazó. Lo de siempre desde el primer brote. La insté para que subiéramos a un taxi e intenté ayudarla tomándola de un brazo. Se escabulló con un gesto de fastidio, se arrinconó en el auto y, como la noche de Cemento que fue a ver a Los Violadores y se trajo tres a casa, una vez que estuvo a salvo se puso agresiva conmigo. Solo me decía *mamá* o *ma* cuando la atacaban, pero una vez superado (o consumado) el peligro, no me soportaba. Se olvidaba de todo o, mejor dicho, se acordaba de maltratarme. Durante los treinta años que duró su enfermedad esa conducta se repitió con pocas interrupciones. Cuando, tal como relato en el segundo capítulo, logré

procurarle un departamento para que viviera sola, ya no hubo agresiones físicas y, aunque el maltrato persistió, su violencia fue tomando otras formas.

Después de este episodio, Fabiana quedó más alterada que antes. Siguió negándose a ser tratada por un profesional y ni hablar de internaciones. Ya conté que me habían extendido una orden para que ingresara a un neuropsiquiátrico y que la llevamos engañada hasta allá. Pero tan pronto como se dio cuenta de la emboscada, pidió hablar con el director de la clínica. Le dijo que ella era mayor de edad y no quería internarse, que la soltara de inmediato o llamaría a un abogado para que se hiciera cargo del tema. El director me llamó y me dijo que me llevara a *esa chica* de ahí. Lo mismo que me decían los policías cada vez que la detenían y, en algunos casos, la abusaban: *¡Llévese a esta chica de acá!*

Cayó cinco veces. La última fue en una comisaría de Parque Lezama. Ahí me llamó un oficial en buenos términos, fui con los certificados psiquiátricos y la orden de internación. El diagnostico era *brote esquizofrénico agravado por consumo de sustancias adictivas*. Hablé con ese oficial y se mostró comprensivo. Le pregunté si podía volver a buscarla más tarde con una ambulancia. Asintió. Salí a las corridas para hacer los trámites en DOSUBA y, cuando regresé con la ambulancia, el médico y el enfermero, me recibió a cara de perro otro oficial. Pregunté por el que había

arreglado conmigo. De mala manera contestó que ahora él estaba a cargo, que despachara inmediatamente a la ambulancia y que me fuera a casa con mi hija. Intenté hablar y no me lo permitió. *¡Despache la ambulancia ya mismo! ¡No hay nada más que hablar!*, rugió. Obedecí. Ella apareció tranquila y me miró desafiante; lo miró al tipo a los ojos y salió lo más campante. Detrás, demolida, iba yo.

¿Qué se puede esperar de quienes trabajan en una institución que naturaliza la tortura? ¿Cómo pude confiar en un policía? Supe desde niña que de ellos solo se pueden esperar palizas demoledoras como las que le daban a mi tío Silvestre, que era alcohólico, cuando lo encontraban borracho; o que negaran conocer a alguien, como le ocurrió a mi padre cuando lo detuvieron en aquel carnaval que se disfrazó de santo; o que abusen de jovencitas con problemas, como lo hacían con Fabiana... Era evidente que *el cana bueno* me había engañado. Primero había acordado conmigo que Fabiana estaba mal y que había que internarla. Luego él, u otros policías, le contaron que yo iría a buscarla con servicio médico. Como ella no quería atenderse ni internarse, sospecho que deben haber hecho un trato: sexo a cambio de que me obligaran a pedir que se fuera la ambulancia. Al salir de la comisaría, ella les destinó una mirada de complicidad. Esa es mi sospecha. Lo cierto es que Fabiana nunca quiso discutir el tema conmigo.

Por unos días se calmó y bajé la guardia. Una tarde estaba escribiendo mi tesis en una Olivetti (las computadoras no habían llegado aún a los hogares) con la puerta de mi cuarto sin llave. Fabiana entró no recuerdo por qué motivo. Como siempre, yo, tratando de congraciarme con ella, le hablé de una cantante que cada día se hacía más famosa, Madonna. Y le mostré una foto en la que lucía esas vestimentas exóticas de los ochenta. *¡Qué te pasa! ¿Estás loca?*, me dijo, y, sin que pudiera imaginármelo, me golpeó en la cara con el puño cerrado. Me levanté. Trataba de calmarla, pero tiraba trompadas a diestra y siniestra. Me acurruqué en un rincón de la habitación para protegerme el rostro y las tetas (ya me había golpeado otra vez en esos lugares). No se detenía. La insté a que se fuera. Nada. No recuerdo cómo, pero zafé. Corrí a la puerta de entrada, bajé y salí a la calle. ¡Cuál no sería mi sorpresa al encontrarme a un vigilante justo en la puerta de entrada de mi casa!

Seguramente los vecinos habían llamado a la policía al escuchar golpes y gritos. *¿Qué pasa?*, me preguntó el tipo. Muero de vergüenza por haberle contestado, por haber sido otra vez ingenua, pero le dije que mi hija estaba enferma y se había descontrolado. ¿Por qué le hablé a un policía? ¿Cómo no fui capaz de disimular? *Entremos*, me dijo. ¡Y acepté!, ¡no me resistí!, ¡con las experiencias que ya había tenido con esos canallas!, ¡qué débil, qué desorientada estaba! Le abrí la puerta para que subiera a mi casa.

Fabiana había visto todo por el balcón y, cuando entré con el uniformado, estaba sentada tranquilamente en un sillón con su gatita blanca sobre la falda acariciándola con dulzura. Yo estaba despeinada, con la ropa desarreglada y la cara enrojecida. Fabiana se había acomodado el cabello y la ropa. Lucía angelical. Levantó la vista y saludó con cordialidad al vigilante: *¡Hola, agente!, ¿qué le dijo ella? No le haga caso, mi mamá está menopaúsica.* El tipo me miró maltrecha y desarreglada, y murmuró: *Ya veo quién es la loca.* Elevó el tono: *Señora, no haga perder tiempo a la gente, estamos trabajando. ¡Chau, querida!*, se despidió de Fabiana, que levantó la mano y la agitó de derecha a izquierda mientras sonreía. El policía dio media vuelta y se fue.

Ahí dije basta. Decidí que no era posible seguir conviviendo en esas condiciones. Había que procurarle un lugar, se imponía vivir separadas. Pero no tenía dinero para pagar un depósito de alquiler. Pedí prestado. A ella se lo comuniqué un día que estaba sobria y extrañamente tranquila. Le explicité los motivos. *¡Ah!, ¿entonces nos divorciamos?* Me dijo entre extrañada y divertida. *Sí, mañana comenzamos a buscarte departamento.* Aceptó.

Salimos juntas. Vimos varios monoambientes, algunos realmente bonitos, pero se encaprichó con un altillo miserable y oscuro. Imposible convencerla de que no tenía sentido que viviera en esa especie de

palomar roñoso. Ella quería eso. No hubo nada que hacer. Se lo alquilé, se mudó. El corazón se me estrujaba al pensar que estaría sola en esa especie de jaula.

El lugar que dejó vacío se llenó de mis incertidumbres por su seguridad y de una paz desconocida. De la represión parental había pasado a la violencia matrimonial, luego a convivir con mis dos hijos que, hasta terminar el secundario, tuvieron una buena relación conmigo. Pero llegando a la mayoría de edad, se alejaron cada uno a su manera. En ocasiones —tanto con uno como con la otra— revivíamos momentos como los que nos habían unido en otros tiempos. Pero pronto se renovaba la distancia que poco a poco se convirtió en una grieta insalvable. El desierto fue creciendo.

Los dos años que duró ese primer contrato de alquiler fueron para mí casi tan duros como convivir con ella. La visité pocas veces porque no me abría la puerta. Esporádicamente aceptaba venir a mi casa. Esa *concesión* pronto devenía en maltrato. Lo más difícil era ir a la inmobiliaria a pagar el alquiler. Las empleadas susurraban entre ellas cuando me veían entrar y, de vez en cuando, el administrador me hacía pasar a su despacho. Ahí recibía una filípica de aquellas. Me decía que los vecinos se quejaban por los ruidos molestos. *¿Qué tipo de ruidos?*, le preguntaba. *Los que hacen su hija y usted cada noche cuando se pelean. ¡Pero si ella vive sola y yo en mi casa! Sea como fuere, hay que hacer algo, hay que frenar ese barullo. Estoy cansado*

de recibir quejas. El contrato está a su nombre, usted es la responsable. Le prometí que me ocuparía. Pero en realidad no podía hacer nada. Ella estaba impermeabilizada a mis pedidos y advertencias.

Nunca supe bien qué pasaba en el departamento. Al parecer Fabiana tiraba cosas y me insultaba (aunque yo no estuviera presente). Gritos de día y de noche y los vecinos, al escuchar semejante barullo, creían que éramos dos peleando. ¿O pasarían otras cosas? No sé. Cuando intentaba hablar con ella de ese tema, se negaba. Para animarme, cada mes juntaba fuerzas (además de dinero) y volvía a pagar el alquiler. Ese trámite me resultaba especialmente doloroso, me hacía acordar a cuando en el primario la maestra te mandaba a la dirección. Nunca sabías que nueva recriminación te harían.

Se terminó ese contrato y mi hija aceptó que le alquilara un hermoso departamento en buen estado y con balcón. Ahí me recibía de vez en cuando, aunque la tensión entre nosotras se mantenía constante. Estaba en un octavo piso y no podía acercarse al balcón. Le tenía fobia. Era obvio que a mí también. Para mí siguió siendo violento ir a pagar el alquiler, aunque ya no tenía que ir a una oficina inmobiliaria sino al domicilio del propietario. El dueño del nuevo departamento era un ex sargento de la Guerra de Malvinas. Comenzó a propasarse conmigo. Me destinaba piropos cada vez más subidos de tono, retenía mi

mano entre las suyas cuando lo saludaba y comenzó a intentar besarme al despedirnos. Me invitaba a que me quedara a tomar *whisky* mientras se pasaba la lengua por los labios y su actitud, en general, era lo que vulgarmente se tilda de *baboso*. Soporté unos meses. Luego les pedía a otras personas que fueran a pagar por mí. Al pasar los dos años del contrato, el sargento se vengó de que hubiera dejado de ir a pagarle yo. No me devolvió la seña y, cuando le dije que eso era ilegal, amenazó con denunciarnos. Él tenía en su poder jeringas que había encontrado en el departamento y que había recogido con guantes de goma para que quedaran las huellas digitales de mi hija. Nuevamente sentí la impotencia ante un representante de las fuerzas armadas que se aprovechaba de la situación de indefensión que tantas veces había sentido como madre de alguien con un brote psicótico y drogadependiente que, para peor, tenía el inconveniente de ser mujer en un mundo mucho más machista que el actual.

Alquilé un tercer departamento agradable y con mejor suerte. Hasta me renovaron el contrato transcurridos los dos años. Ahí Fabiana vivió cuatro en total. Nuestra relación seguía siendo mala, pero al menos no se producían conflictos con terceros. Para entonces yo había defendido mi tesis, me había recibido de doctora en Filosofía y, al obtener más horas cátedra mejor pagas, pude ahorrar y comprar un monoambiente que, por prudencia, puse a mi nombre, aunque

siempre lo habitó ella. Entonces se generó un nuevo tipo de violencia.

Mientras alquilábamos nunca quiso tener una línea telefónica. En cambio, cuando compré el departamento, aceptó tener una (todavía no existían los celulares). Desde cierto punto de vista era una tranquilidad —podía llamarla cuando no tuviera noticias por mucho tiempo—, pero desde otra perspectiva, fue un tormento. Me telefoneaba a cualquier hora de la noche y, para mi sorpresa, se mostraba cariñosa, aunque de inmediato me daba cuenta de que estaba borracha. No podía soportarla balbuceando y repitiendo tonteras. *¡Llamame cuando estés sobria!, ¡no puedo hablar con vos en ese estado!* Sobria, ella no me soportaba; borracha, yo no la soportaba a ella. Estábamos entrampadas en una contradicción insuperable, condenadas como hámsteres, cada cual en su rueda giratoria.

Violencias públicas

Hoy miro hacia el pasado y siento como si hubiera transitado vidas paralelas: la disfunción de mi núcleo familiar; atender al mismo tiempo trabajo, estudio e hijos; la pulsión sexual que bullía en *mí* como un volcán (y que las desgracias, lejos de aplacar, enardecían) y la violencia institucional. El país era una bolsa de

mierda y sangre. Los horrores de la dictadura argentina que tuvo lugar desde el 24 de marzo de 1976 hasta el 10 de diciembre de 1983 fueron el horizonte histórico que enmarcó los momentos más conflictivos de mi vida. A la rebaja de los salarios, el aumento de la deuda externa, el robo de niños, las desapariciones forzadas de personas, las torturas, las violaciones sistemáticas, la anulación de todos los derechos y el desguace de la industria nacional, entre otras perversiones infringidas por los militares y sus cómplices civiles y religiosos, se agregaba una cruenta persecución a la cultura.

En 1974, cuando acababa de alcanzar mi grado universitario de profesora en Filosofía, todo se estaba comenzando a degenerar. Un año antes se había creado la Triple A (Alianza Anticomunista Argentina) que significó una represión feroz y una inmensa pérdida de derechos para la población. Dos años más tarde, después del golpe de Estado, los profesores de universidades nacionales que hubiesen manifestado sensibilidad social a favor de los desposeídos o críticas a la represión que comenzaba a asolar al país fueron expulsados o desparecidos. Como ya conté, las facultades quedaron en manos de reaccionarios sin capacidad académica y, para continuar mi formación, comencé a tomar clases grupales en lo de Andrés Mercado Vera, que vivía en la avenida Callao al 400. Nos reuníamos una vez por semana

a las siete de la tarde. Por entonces, a pesar de que ya era graduada universitaria, me ganaba la vida vendiendo tizas en los colegios que transportaba con mi *fitito*. Una tarde —sería invierno porque era temprano pero ya estaba oscuro—, mientras buscaba lugar para estacionar cerca de la casa del profesor, sobre la calle Sarmiento detecté que un auto tenía las luces intermitentes encendidas. Supuse que estaba por irse y me quedé a unos metros, en doble fila. Encendí un cigarrillo cuyo gusto y olor me resultaron extraños. Eran Camel y yo fumaba Marlboro, pero ese día no había conseguido. De repente se me acercó un hombre enorme. Venía con cara de pocos amigos. Me estremecí. Por unos segundos sentí como un tapón en los oídos. Me asusté y el pucho se me cayó de los dedos. *¡Eh! ¿Qué hacés parada acá, nena? ¡Eh! ¡Eh! ¿Qué hacés?*

Apoyó la bragueta en la puerta del *fitito* rozando mi mano que estaba sobre la ventanilla abierta. Confundida, ensayé una respuesta. *N... no, este... no, c... creí que estaban por ir... se, irse... sssolo quería e... estacionar.* A lo que me contestó: *¡Tomatelás! ¡Tomatelás ya mismo! ¡Estamos por cazar un pajarito! ¡Vía, vía!*

Miré hacia su auto. Era un Falcon negro. Otros dos tipos habían abierto el baúl y sacaban ametralladoras de un arsenal que llevaban allí. Había un tercero mirando desde la vereda, todos vestidos de civil. El de la vereda se corrió levemente el saco y me mostró

un arma en su cintura. Puse primera y arranqué. Mis manos estaban atacadas por una especie de mal de San Vito. No sé cómo logré estacionar en otro lugar, lejos, como a diez cuadras. No sé tampoco cuánto tiempo permanecí sentada en el auto, conmocionada. ¡Estaban por secuestrar a alguien!, ¡por *chuparlo*!, ¡por hacerlo desaparecer para torturarlo y asesinarlo! ¡Y yo vi todo eso y no pude hacer nada!

Cuando me tranquilicé, me bajé del *fitito*, tomé mi cuaderno y *La fenomenología del espíritu*, de Hegel. Cerré el auto. Me dirigí al barcito donde nos reuníamos con los compañeros del curso antes de la clase. Estaban conversando animadamente. Justo cuando llegué, una colega uruguaya preguntaba, en esa mesa donde el ochenta por ciento eran peronistas: *¿Al final, el peronismo, es de derecha o de izquierda? ¡De derecha! ¡De izquierda!*, contestaron dos compañeros al mismo tiempo. Carcajada general. *¡Uh, che!, ¡miren la hora! ¡Vamos! ¡Se nos está haciendo tarde!*, dijo alguien. No tuve ni tiempo de tomar café. Juntamos nuestras cosas y nos fuimos para la casa del profesor.

Acostumbrábamos a charlar un rato antes de comenzar la clase y lo hicimos distendidos como de costumbre. Uno de los colegas, el melancólico frankfurtiano Mario Camalí, siempre traía un estuchecito metálico con pequeños confites de colores y los ponía en una mesa ratona para que nos sirviéramos. A continuación, comenzaba el ritual filosófico.

Éramos seis o siete discípulos y el profesor. Todos con nuestro ejemplar de *La fenomenología del espíritu*, cuaderno y lápiz. Mercado Vera leía párrafo por párrafo y se detenía en cada uno para mejorar la traducción de Wenceslao Roces, de Fondo de Cultura Económica, que era la que teníamos todos. Tomábamos nota en el cuaderno y en el libro. Mi ejemplar de la fenomenología está intervenido con el *método Napoleón*, quien llenó los márgenes de *El príncipe* con aclaraciones que enriquecen el texto de Maquiavelo (de hecho, actualmente se pueden conseguir ediciones con sus comentarios). Yo anotaba las correcciones a la traducción en el libro y las elaboraciones conceptuales en el cuaderno. Al terminar la clase nos despedimos como siempre. Un manto de olvido cubrió lo ocurrido y no volví a acordarme hasta mucho después.

La locura asesina en la Argentina continuó varios años y, cuando hacía tres que ya estábamos en democracia, retornó el recuerdo como salido de la nada. Estaba con un par de amigas y surgió. Me acordé del incidente de la calle Sarmiento, del Falcon, el amedrentamiento, las braguetas hinchadas, la ostentación del armamento, yo misma huyendo en el *fitito* color turquesa. Quedé *shockeada*. ¿Cómo había podido olvidarme de algo tan tremendo? La negación es una de las formas del olvido. No obstante, hay circunstancias espantosas de esa época que recuerdo

porque las escuché, me las contaron o las leí. Pero la tarde que yo quería estacionar ellos iban por alguien determinado, buscado, fichado, acorralado. En aquella oportunidad, experimenté una proximidad máxima con el asesino, respiré su aliento, me rozó, me mostró sus armas. Vi la máquina represora en vivo. Fui testigo de la previa de un acontecimiento que no podía terminar sino en tortura, en muerte, en expansión del dolor de por vida en el entorno de esa víctima. ¿Cómo pudo desaparecer de mi conciencia semejante situación? ¿Por qué retornaba de pronto como por arte de magia?

Hacía ya muchos años que no existía para mí de Combray más que el escenario y el drama del momento de acostarme, cuando un día de invierno, al volver a casa, mi madre, viendo que yo tenía frío, me propuso que tomara, en contra de mi costumbre, una taza de té. Primero dije que no; pero luego, sin saber por qué, acepté. Mandó mi madre por uno de esos bizcochos, cortos y abultados, que llaman magdalenas [...] me llevé a los labios unas cucharadas de té en el que había echado un trozo de masa. Pero en el mismo instante en que aquel trago, con las migas de la magdalena, tocó mi paladar, me estremecí, fija mi atención en algo extraordinario que ocurría en mi interior [...]. Me daba cuenta de que iba unida al sabor del té y de la magdalena, pero le excedía en mucho y no debía de ser de la misma naturaleza. ¿De dónde venía y qué significaba? Dejo la taza y me vuelvo hacia

mi alma [...]. Y de pronto el recuerdo surge. Ese sabor es el que tenía el pedazo de magdalena que mi tía Leoncia me ofrecía, después de mojado en su infusión de té o de tilo, los domingos por la mañana en Combray, cuando iba a darle los buenos días a su cuarto [...]. Cuando nada subsiste ya de un pasado antiguo, el olor y el sabor perduran mucho más, y recuerdan, y aguardan, y esperan, sobre las ruinas de todo, y soportan sin doblegarse en su impalpable gotita el edificio enorme del recuerdo.

Este fragmento de Proust contiene una respuesta posible a mi inesperado recuerdo, aunque no tengo explicación para mi olvido. La memoria afectiva se puso en marcha porque una de mis amigas me había convidado un cigarrillo Camel. Al aspirar, el gusto y el aroma me devolvieron el pasado y sentí de nuevo la impotencia ante la prepotencia aquella tarde antes de ir a clase; la experiencia de ser testigo de aquel atropello que costaría una vida renació en mi ser. No poder, no saber, no atreverse. Vergüenza como la que sintió Primo Levi por sobrevivir a Auschwitz o los soldados rusos ante el horror del campo de concentración repleto de cadáveres. El humo aromatizado que invadió mi paladar y mi olfato me enfrentaron también con la vergüenza por semejante olvido.

En cambio, nunca olvidé otra situación ligada con épocas represivas. Recuerdo perfectamente algo que

me sucedió en una dictadura anterior. Fue durante el gobierno de facto de Juan Carlos Onganía. Al país llegaban ecos de Mayo del 68. En esa década las hormonas de la cultura occidental estaban alteradas y el deseo se expandía como despertándose de un letargo histórico; las universidades, convulsionadas; los trabajadores, movilizados; las instituciones, inquietas; los tradicionalismos, cuestionados, y la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA era especialmente resistente y convulsionada.

Las clases a las que asistía terminaban a las once de la noche. De día trabajaba en la peluquería que tenía en Ituzaingó y por la noche dejaba a mis hijos a cargo de una persona que los cuidaba y viajaba al centro para ir a la facultad. Vivíamos en el fondo de la peluquería. Había hecho colocar una mampara y detrás dos camas cucheta para los chicos y un colchón que tiraba en el suelo para mí. Estaba a media cuadra de la casa de mis padres, frente a la estación del ferrocarril. Al regresar de la facultad me ubicaba en el último vagón para estar más cerca de la puerta que me llevaba a casa. Una noche de 1969, tan pronto como bajé del tren, advertí que al final del pasillo había varias personas en actitud de espera. Me extrañó pues a esa hora no andaba casi nadie por las calles. Cuando me acerqué, vi que era mi familia: padres, hermanas, cuñados y algún sobrino. Se adelantaron a recibirme: *¿Cómo estás?, ¿qué pasó?, ¿no te lastimaron?*

No entendía nada. *Bien, todo bien*, contestaba mientras ellos se atropellaban para hablar y preguntar. Yo los escuchaba tratando de entender a qué venía tanto alboroto. Hasta que mi hermana Tita tomó la voz cantante y me dijo claramente que habían visto por televisión la irrupción de la policía en la Facultad de Filosofía y Letras, los palos que les daban a los estudiantes y cómo los subían a los carros de asalto. Mi familia temía que me hubiesen detenido o que estuviera lastimada porque se vio que les dieron duro. No tanto como tres años atrás, en la Noche de los Bastones Largos, pero más o menos. Y realmente había sido así. Luego algunos compañeros me contaron que a eso de las nueve de la noche —hora en que se daba la mayor circulación de alumnos y profesores— entraron a la facultad decenas de policías dando gritos y cachiporrazos a diestra y siniestra que desalojaban las aulas de manera violenta. Un estudiante entró en pánico y se tiró por una ventana del tercer piso; milagrosamente no murió. Lo asistieron unos vecinos que le dieron refugio. Habían cerrado la puerta de la calle Urquiza y la de avenida Independencia estaba custodiada por dos filas de vigilantes que les propinaban bastonazos sin ton ni son a todos los que salían. No se sabe con qué criterio detenían a unos u otros. Una compañera que llevaba volantes con consignas políticas alcanzó a esconderlos debajo de su pollera, los sostenía con las manos. Los represores creyeron que

estaba embarazada y la dejaron ir. La mayoría se llevó en el cuerpo de recuerdo algún moretón, lastimadura o chichón. Yo salí ilesa porque esa noche, en lugar de asistir a clase, me había ido a un hotel alojamiento con un compañero. Ni me acuerdo qué explicación le di a mi familia. El caso es que, mientras varios estudiantes quedaron magullados o pasaron la noche en alguna comisaría, yo llegué a casa fresquita y recién bañada.

Violencia doméstica*

Ese borracho enfurecido que superaba ampliamente mis fuerzas, peso y altura me tenía a su merced. No podía creer que eso me estuviera sucediendo. Mi marido —el padre de mis hijos— me estaba propinando una paliza feroz. ¿Cómo llegué a esa abyección? ¿Qué posibilitó que una chica de barrio de condición humilde, trabajadora y con inusuales aspiraciones intelectuales llegara a ser víctima de semejante violencia? Había sido testigo de la agresión a mi hermanita con un cuchillo de cocina por parte de mi papá y fui víctima también, ya que me endilgaron ese ataque, pero no había presenciado violencia física entre mis

* El presente apartado es una reelaboración de "Fui una mujer golpeada, dije basta y comencé de nuevo", publicado en la sección "Mundos íntimos" del diario *Clarín* el 28 de marzo de 2015.

padres. De manera casual descubrí (la víspera de mi casamiento) que, en la intimidad, se insultaban. Nada más. Llegar a ser una mujer golpeada era algo totalmente ajeno para mí.

Veintitrés años tenía cuando Guillermo me atacó. En ese tiempo no se hablaba de violencia de género y, aunque sabía que existían maridos que golpeaban a sus mujeres, me parecía algo irreal. Ni siquiera vislumbré esa posibilidad. Al dolor físico y la desesperación por no lograr escapar de esa máquina de tirar golpes se unía el desconcierto. ¿Qué era eso? ¿Cómo podía estar ocurriendo?

Me choqué contra el incesante peligro que acecha tras las mentidas seguridades familiares. Hace cincuenta y seis años de aquella noche funesta y me sigo preguntando si alguien que no lo ha padecido sabe lo que puede un violento.

Me remonto otra vez a mi infancia. Tenía menos de 10 años y fui feliz cuando se me reveló que podía escribir en verso. Las palabras surgían casi sin esfuerzo. En la escuela nos habían introducido al análisis poético. Me interesé por el armonioso formato del soneto. Leí "Insomnio" de Fernández Moreno, "Voy a dormir" de Alfonsina Storni, "Fugacidad" de Calderón de la Barca y "La llegada de la muerte" de Quevedo. Y aprendí de memoria el soneto más didáctico que pueda concebirse: aquel en el que Lope de Vega explica cómo se escribe un soneto.

Un soneto me manda hacer Violante
que en mi vida me he visto en tanto aprieto;
catorce versos dicen que es soneto;
burla burlando van los tres delante.

Yo pensé que no hallara consonante,
y estoy a la mitad de otro cuarteto;
mas si me veo en el primer terceto,
no hay cosa en los cuartetos que me espante.

Por el primer terceto voy entrando,
y parece que entré con pie derecho,
pues fin con este verso le voy dando.

Ya estoy en el segundo, y aun sospecho
que voy los trece versos acabando;
contad si son catorce, y está hecho.

Sin embargo, pronto encontré una carencia en esa composición artística. El poeta indica el número de versos que debe contener, muestra cuántas son las estrofas y qué cantidad de versos abarca cada una, pero nada dice acerca de que todos los versos deben tener la misma cantidad de sílabas y que estas deben ser once (cosa que, simplemente, hace). En la métrica poética, las silabas no siempre coinciden con las gramaticales. La monja que me enseñó a escandir daba

pequeños golpes con un lápiz en el borde del escritorio para acentuar cada sílaba. Parecía que marcaba la cadencia de un cante flamenco. Aprendí a contar las sílabas de la versificación por el ritmo sin necesidad de estudiar las reglas: *Un-so-ne-to-me-man-daha-cer-Vio-lan-te.* Descubrí la musicalidad de las palabras y, con el candor de la niñez, me embarqué en una tarea tan imposible como irreverente: enmendarle la plana a Lope de Vega.

Escribí sonetos que intentaban demostrar cómo se arma cada verso de un soneto. Utilizaba diferentes contenidos: la paleta de colores de los alelíes, las fragancias del jardín, los movimientos de la cola de mi perro, el deambular errático de las nubes, los sinuosos senderos de las hormigas, mi temor por los ciempiés. Cuando me parecía que había logrado algo bueno, se lo mostraba ansiosa a mi mamá. Ni lo miraba. Me decía que había cosas importantes que hacer: sacar el polvo de los muebles o secar los cubiertos. Esa descalificación me arrojaba en brazos de la tristeza. Yo estaba convencida de que no existía soledad como la mía. Imaginaba que no se podía ejercer una violencia mayor. Sin embargo, como ya relaté, el verdadero tsunami todavía no había llegado.

Por sugerencia de una maestra —que captó mi predisposición— me preparé durante un verano y rendí libre segundo grado, que por entonces se llamaba *primero superior*. Adelanté un año respecto de mis

compañeros. Pero, como ya he dicho, cuando estaba culminando el primario descubrí que no me iban a permitir cursar el secundario. Se desmoronaron todas mis expectativas de ser escritora. Lloré, clamé: *¡Por favor! ¡Quiero estudiar!* No hubo manera. En mi familia la palabra *estudianta* era equivalente a *puta*. La mujer decente debía ser esposa y madre y no existía otra posibilidad. Me abrumaron mandándome a aprender bordado a máquina a una agencia Singer de Morón. Eso, para mis padres, era lo que estudiaba una chica decente. Ni siquiera sabía cocer y me enviaron a bordar. Me atravesé un dedo con la aguja mecánica. En el taller cuchicheaban que yo era tonta. Bochorno, lágrimas y sangre sobre el bastidor. Aún no había cumplido 12 años. A los 17 intenté zafar metiéndome a monja de clausura en la Abadía Santa Escolástica en la localidad bonaerense de Victoria. Pero la falta de estudio y la abundancia de dogmas conventuales me desencantaron. Además, allí también había violencia: las monjas de coro (las que habían pagado dote y ejercitaban cantos gregorianos varias horas por día) maltrataban a las de torno (las pobres, las que limpiaban). Regresé a la casa de mis padres y me sometí al mandato machista (si hubiera sido varón, me habrían dejado estudiar). Un tiempo después me casé con Guillermo, el más buen mozo del barrio y el menos trabajador. Luego, lo que ya sabemos: para mantener la casa puse un biombo en la cocina e instalé una peluquería.

Pasó un tiempo y nos mudamos a un precario criadero de pollos en Puente Márquez. Vivíamos en una construcción de madera a dos cuadras de un río. Para ir a trabajar al centro de Ituzaingó tenía que recorrer veinte cuadras por caminos de tierra y al llegar al asfalto tomar un colectivo. Mis hijos quedaban al cuidado de una vecina. Lo tenebroso eran las inundaciones. Teníamos que poner a los pollitos bebés en cajas y colocarlos sobre los techos de los roperos. Piaban y piaban. El agua con olor a podrido solía llegar hasta la mitad de las patas de la cama. Le temía a esas culebras esmeralda que solían centellear en el río amarronado. Se escuchaban los chillidos de los pollos grandes. Esos doble pechuga comen las veinticuatro horas y son caníbales. Cuando uno de ellos se lastima, los demás se lo devoran vivo empezando por el ano. El ambiente parecía cargarse de la violencia que se avecinaba.

A veces me pregunto —y lo he escrito y lo he publicado, y así y todo no encuentro una respuesta— quién era esa mujer que debía competir con los pollos en una casilla. ¿Dónde estaban mis aspiraciones existenciales?, ¿dónde mi avidez de saber?, ¿por qué me sometí? Dejé de tocar el piano, me embrutecí, engordé. Un muchacho del barrio me dijo azorado que no podía creer que yo fuera aquella chica armoniosa y de ojos claros que ya no lucían en mi rostro abotagado.

Pero lo peor estaba por llegar. Una noche, cuando bajé del colectivo, al final del asfalto no había nadie.

Comencé a caminar hacia el río y escuché que el colectivero me llamaba. Apuré el paso. De pronto me vi iluminada por los focos que avanzaban detrás de mí. El colectivo arremetió por el sendero de tierra. No encontraba dónde ocultarme. Salí corriendo por el campo como alma que se lleva el diablo. Entre tinieblas advertí una zanja insalvable. No podía seguir. El colectivero, que me vio desaparecer del camino, detuvo el vehículo justo en el lugar de mi estampida. Se bajó y comenzó a buscarme.

Hecha un ovillo —como de chiquita cuando miraba las estrellas— me agazapé detrás de unas matas. La silueta sombría se acercaba de manera alarmante. Una ametralladora latía en mi corazón. El acosador gritaba *¡Vení, putita, vení que estás caliente!* De pronto se desorientó. Giró lentamente oteando a diestra y siniestra. Bruma y silencio. Poco después dio media vuelta como de mala gana y echó a andar sobre sus pasos. Aunque vi que el colectivo regresó al asfalto tardé en salir del escondrijo: temía una trampa.

Cuando mi marido escuchó el relato montó en cólera. Seguro que yo me le había insinuado; de lo contrario, el colectivero no habría actuado así. Estaba apabullada por la incomprensión. Intempestivamente comenzó a golpearme. Intenté encerrarme en el baño pero este segundo refugio no me protegió como el anterior. Guillermo dio un empujón a la puerta y el cerrojo voló por el aire. Me tomó de la nuca y comenzó

a estrellar mi cara contra los azulejos. Escuché el crujido de un huesito de la nariz. El rostro se desgranaba y me faltaba el aire. No sé cuánto duró. Solo sé que al tormento se sumaba el miedo de despertar a los chicos. Aullé sin ruido.

Nunca había presentido lo que me estaba sucediendo. Nunca imaginé lo que me faltaba padecer.

La policía me culpabilizó. No me tomaron la denuncia y me desnudaron con sus miradas socarronas. Como en mi frustrado intento de estudiar, bebí nuevamente del cáliz de la impotencia. Acudí a mi mamá que, cuando reconoció que esa deformación sanguinolenta era yo, me dijo secamente que hacía tiempo que me la estaba buscando. Luego giró hacia la mesada de la cocina y siguió pelando papas. Lejos estaba yo de imaginarme que se acostaba con mi marido.

Que el resto de mi familia me haya retirado el saludo a consecuencia de lo sucedido no es un detalle menor. No olvidaré la soledad de la mujer golpeada ni la constatación de que las marcas de la violencia en mi cuerpo eran leídas como culpabilidad. Tal como ya dije, unos años después, leyendo *Si esto es un hombre*, de Primo Levi, me identifiqué con la idea de que la ignominia (en su caso respecto de los campos de exterminio) contamina la inocencia de las víctimas. También yo en ese oscuro capítulo de mi vida me sentí deleznable.

No fue fácil conseguir el divorcio. Después de una larga lucha aceptó firmarlo pero con una condición:

debía pasar una noche con él en la ciudad de Mercedes (donde estaba el juzgado). Me arriesgué y me prostituí con el golpeador del que estaba separada de hecho. A partir de esa osadía, logré mi libertad legal. No volví a verlo. Ni siquiera recuerdo hace cuánto murió. Pero aquella experiencia inolvidable fue el estiércol que abonó la tierra de la que resurgió mi proyecto originario: estudiar, escribir, adquirir una formación sólida. Me había casado a los 20 años con el primer hombre de mi vida, con el único que me maltrató.

Después del corte definitivo comencé el bachillerato. Por segunda vez en mis empeños estudiantiles un docente me alentó a rendir materias libres. De día trabajaba en la peluquería, de noche viajaba al Liceo de Señoritas nº 7, ubicado sobre Callao a metros de la calle Corrientes. Liquidé en dos años el secundario de cinco. Para ingresar en Filosofía y Letras de la UBA había que aprobar un examen riguroso. ¿Cómo lograrlo careciendo de todo capital intelectual? Estudié y estudié. En el momento que publicaron las notas y leí mi nombre entre los que habían ingresado, un inesperado terremoto sacudió mi cuerpo. Tenía 29 años.

¡Chau peluquería! Trabajé de oficinista y me mudé a San Telmo con mis hijos. En cuatro años y pico (también acá *recuperé* tiempo perdido) me gradué en Filosofía. El país estaba entrando en un caos. Con el avance de los militares sobre la universidad tuve que guardar el título. Al regresar la democracia me nombraron

profesora titular en el CBC de la UBA y volví a la Facultad de Filosofía y Letras para obtener mi posgrado. Pasado medio siglo de vida me doctoré, superé el pasado, reafirmé el presente y aposté al futuro.

CAPÍTULO 7
HIJOS

Hijos de la carne

Fabiana

El balde se llenaba de sangre. Salía de la boca sin arcadas previas. No era sangre vomitada, era sangre que fluía de una canilla abierta. Una pequeña convulsión estremecía su cuerpo. Se incorporaba rápido. Cerraba los labios como si quisiera detener el torrente, pero se le escurría por las comisuras de los labios, la obligaba a abrir la boca y surgía a borbotones. Dicen que ya había llenado un balde en Ciudad Universitaria, donde trabajaba. Ahora, en la guardia del sanatorio, en una camilla, con la ropa puesta y manchas por todas partes, largaba sangre en cantidades increíbles. ¿Cómo podía despedir tanta sangre y seguir viva? Había otra mujer sentada en una silla de ruedas que, cuando entré a urgencias, se quejaba. Al reparar en el balde que se iba llenando de manera alarmante, se quedó muda. Miró a Fabiana, que ya se había entregado y no

intentaba detener lo indetenible, con la boca abierta inclinada sobre el balde que se seguía llenando. La mujer me miró con los ojos desorbitados. Yo recién regresaba de pedir auxilio, le sostenía la frente a mi hija y trataba de que no se cayera de la camilla.

Unas horas antes había salido a caminar por Puerto Madero, como suelo hacer por las tardes cuando la columna vertebral ya no quiere sostenerme en el sillón de trabajo y el dolor me obliga al movimiento. Enfrenté un bar para tomar un té mirando el agua. Pero hubo algo que me detuvo, no pude entrar. Una especie de hormigueo indefinido me viboreaba por el cuerpo y me inducía a regresar. Volví a casa. Por ese entonces, corría el año 2011, le daba muy poco uso al teléfono celular. Cuando entré a mi biblioteca, la luz intermitente del teléfono fijo me indicaba que había un mensaje. Intenté escuchar y solo oí un lejano *No, no hay nadie* y el tono que indicaba que cortaron. Reconocí la voz de Fabiana. Llamé a su casa; no contestó. Telefoneé a su trabajo y me dijeron que se había descompuesto. Había vomitado mucha sangre. La atendió un médico de guardia que la había derivado urgente a un sanatorio de la obra social. Se fue sola en taxi.

Gustavo, mi hijo, en situaciones límite me daba una mano, pero estaba en Europa con Susana, su mujer. Mis nietos, Wanda y Franco, eran chicos para contarles algo así, máxime estando sus padres lejos. Me fui a la clínica tan rápido como pude. Cuando llegué me

informaron que estaba en urgencias. Corrí hasta esa puerta y golpeé desesperada. No me atendían. Entré y comencé a recorrer boxes hasta que la encontré en una camilla, con suero en el brazo y un balde vacío en el suelo, a la altura de su cabeza. Fabiana me saludó con una sonrisa. Solo alcanzó a contarme que en el baño del trabajo había comenzado a largar sangre por la boca, no pudo continuar hablando: su cuerpo se agitó con un leve temblor y comenzó a derramar sangre. Salí corriendo por los pasillos para pedir ayuda. Cuando ya el balde rebalsaba vinieron dos camilleros; uno tomó el soporte del suero y el otro la camilla. Se iban sin decirme nada. *¿Dónde la llevan? A terapia intensiva.* Quise ir con ellos, pero no me permitieron subir al ascensor. Averigüé adónde era terapia intensiva y subí las escaleras a los saltos. Toqué un llamador que había en la puerta. Nadie respondía. Me quedé ahí. Cada vez que entraba personal habilitado, pedía que por favor saliera alguien a hablar conmigo. Al fin salió una enfermera y me dijo que regresara al otro día dentro del horario de visitas. Le rogué que me permitiera hablar con algún médico, que le tenía que informar qué tipo de adicciones tenía Fabiana (había escuchado de pasada que creían que esa sangre provenía de los pulmones por fumadora, pero yo sabía que no fumaba tanto tabaco como para una hemorragia semejante). Además, si le llegaba a ocurrir algo peor, ¿cómo me iba a enterar? La enfermera replicó que en

la ficha de mi hija figuraba un teléfono. *¡Pero es el de su casa! ¡Vive sola! ¡Por favor, anote mi teléfono!* Me cerró la puerta en la cara. No me fui hasta que no logré que saliera el médico terapista. Me escuchó de mala gana, anotó mi teléfono y me despidió secamente.

Al otro día, en terapia intensiva, Fabiana me saludó cordial. Hablaba con aparente tranquilidad de alguien que agonizaba frente a ella, pero se le notaba una inquietud funesta (después que salió me confesó que había sentido la muerte en el cuerpo). Los médicos no querían informarme de su estado. Les faltaban estudios para darme más precisiones, decían. Fabiana, para mi sorpresa, entre las cosas que me pidió incluyó mi libro de relatos sexuales, *El himen como obstáculo epistemológico*. Yo no podía creerlo. Aunque le gustaba leer, en general rechazaba mis producciones. Regresé con todo lo solicitado y, para la siguiente visita, ya se había deshecho de mi libro (se lo regaló a una enfermera) y, según iba recobrando fuerzas, comenzó otra vez a destratarme.

Cuando la llevaron a terapia intermedia, Gustavo ya había regresado de Europa y fue a verla. A mí apenas me saludó y se abrazó con ella como hacía siglos que nos los veía saludarse. Me alegré por ellos, me desconcerté por mí. Un psicoanalista con el que me traté muchos años me había dicho: *¿Usted no se da cuenta de que sus hijos no la quieren?* No. O mejor dicho, no podía admitirlo, todavía no puedo. Es algo

que no logro mirar de frente. Otros analistas descalificaron esa aseveración de su colega. En realidad, fue un exabrupto, pero ¿no contenía algo de verdad? Sea como fuere, me resisto a aceptarlo. Algunas señales me dejaron de que el antiguo amor, de alguna manera, persistía: la cariñosa despedida de Gustavo y el reencuentro final con Fabiana son un refugio para mi pena de amor filial.

El personal médico le comunicó a mi hijo en forma clara lo que a mí no me había querido explicar: Fabiana tenía várices esofágicas sangrantes por cirrosis de hígado. Gustavo, seis años antes, había sufrido una crisis similar pero más aguda. Ambos padecían hepatitis C, una enfermedad cancerígena. Para peor, Gustavo se enfermó lejos de sus afectos. Estaba en la ciudad de San Luis produciendo una película y, en mitad de la noche, solo en el hotel, comenzó con las evacuaciones y los vómitos de sangre. Estuvo internado casi dos meses. Susana, su mujer, suspendió un viaje de trabajo a Singapur y voló a San Luis para cuidarlo. No podían trasladarlo a Buenos Aires. Los médicos no garantizaban que llegara con vida ni siquiera viajando en el avión sanitario que su prepaga estaba dispuesta a proveer. Después de esa larga internación, regresó e inició una vida saludable. Estaba bien cuidado. Su enfermedad la viví y sufrí de lejos. Gustavo tenía voluntad de vivir. Fabiana, en cambio, si bien se asustó por la cercanía de la muerte y dejó de beber

alcohol, no se cuidaba lo suficiente. No demostraba tener proyectos ni demasiadas cosas que le hicieran atractiva la vida o, al menos, eso creo yo. Ante su descuido por el tratamiento alguien le había preguntado si se quería morir. Se limitó a contestar: *Y, sí.*

El psiquiatra del sanatorio nos citó a Gustavo y a mí antes de que le dieran el alta. La reunión fue en la habitación de Fabiana, con ella todavía en la cama. Una especie de ritual satánico de la medicina en el que debíamos comprometernos los tres para un seguimiento exhaustivo del estado de salud de Fabiana. Ella no podía beber alcohol ni fumar ni perder contacto con nosotros; además, seguiría un tratamiento psicoanalítico y no me acuerdo cuantos compromisos más. Fue tan tensa esa reunión que tengo un agujero en la memoria. Recuerdo entre nebulosas que ella me acusó de algo ante ese médico, que yo bajé la cabeza humillada, pero no hay magdalena ni Camel que me devuelvan la memoria afectiva: no sé qué ocurrió realmente.

Recuerdo, sí, la salida de los tres de ese lugar que, es el día de hoy, no puedo nombrar, pero al que, para mi horror, tuve que volver varias veces. Fabiana nos dijo que no pensaba analizarse; que por supuesto dejaría de beber, pero no de fumar, y que ni se nos ocurriera meternos en su vida. Ahí se terminó el cariño que le había demostrado a su hermano cuando estaba en terapia intermedia. Volvimos a la *normalidad.*

Es decir, se distanció de Gustavo y siguió tratándome con frialdad, cuando no con desprecio. Matizaba esos modos con arranques compulsivos de buen trato —para su hermano o para conmigo— que duraban tanto como la vida de un lirio.

Yo deseé a mis hijos. Los había deseado porque me habían castrado para desear otra cosa. Y, una vez que asumí mi ser madre, intenté serlo hasta las últimas consecuencias. Incluso quise quedar embarazada de ellos. Gustavo nació a los diez meses de casados; a Fabiana la concebimos una tarde cuando regresé de misa.

Mi sueño infantil no había sido tener hijos sino estudiar, leer, escribir, pintar y hacer música. De hecho, no me gustaban los juegos que en la época se usaban para domesticarnos: cambiarles los pañales a las muñecas, darles de tomar la mamadera, accionar ollas, pavas y cafeteras en unas cocinitas de latón, ¡hasta tablas de lavar en miniatura nos regalaban en esos tiempos! ¿A los varones? Ametralladoras que largaban humo con luces rojas intermitentes. Como ya conté, mi juguete preferido era una muñeca negra con cuerpo de trapo con la que salía a pasear por el jardín y el potrero. Hablábamos del aroma de los azahares, el colorido de las mariposas, la suavidad del pelo de los caballos y la dureza de sus ojos brillantes y vidriosos.

Tener hijos es un estigma para toda la vida. Cuando estaban bien, temía que les pasara algo malo y,

cuando estaban mal, mi vida perdía sentido. Una vez que se asumen, no se puede concebir la vida sin ellos. Marcan para siempre, vivos o muertos. Me veo a mí misma, veinteañera, siempre con Gustavo y Fabiana, uno tomado de cada mano. Cuando me recibí de profesora de Filosofía, podría haber accedido a una beca para hacer mi posgrado en Europa y escapar del infierno represivo que comenzaba a asolar la Argentina. Pero no hubiésemos podido sobrevivir los tres con ese único ingreso y renuncié a esa posibilidad. Y, aunque siempre dije que los hijos no son de los padres, nunca me resigné al amable y, por momentos, ríspido alejamiento de Gustavo, y menos todavía a los desplantes de Fabiana. Aunque fui la que se quedó con ellos, la que dio la cara, la que les pagó sus estudios hasta donde quisieron hacerlos, también fui la que les mostró sus miserias, su dedicación obsesiva a la filosofía, su atracción por los hombres jóvenes, sus ganas de vivir plenamente. *Sé que no fui una buena madre*, les dije un día a los dos cuando Fabiana estaba internada. Callaron. Me dejaron con eso.

Después de aquella primera crisis de Fabiana, transcurrieron dos años de relativa paz. Dejó de beber, se reintegró a su trabajo de no docente en la UBA y no faltaba nunca a su oficina en Ciudad Universitaria. Al mediodía, salía a comer un sándwich por ahí, cuando todavía esa costa era silvestre y estaba cubierta por pajonales. Me gustaba saber que se permitía esas

pequeñas distensiones, pero me angustiaba que no cumpliera el estricto tratamiento que su enfermedad requería. De eso no hablábamos.

A comienzos de 2013, un sábado por la noche decidí quedarme en casa. Había alquilado varias películas en VHS y, cuando me instalé para verlas, no silencié el teléfono. Hacía unos días —durante una breve estadía en el hotel Llao Llao— había iniciado una relación con alguien que podía llegar a llamarme. En efecto, a las doce de la noche sonó el teléfono. Pero no era el llamado esperado. Fabiana, muy asustada, me contaba que estaba con una hemorragia ginecológica imparable, que ya no sabía qué ponerse. Todas las toallas de la casa chorreaban sangre. El equilibrio de aquel sábado se agrietó como una taza. *¡Ponete sábanas entre las piernas!*, le dije. *Pásame el número de urgencias de DOSUBA. Llamo y voy para tu casa.*

Fue arduo que me entendiera la telefonista: yo tartamudeaba. Cuando logré pasar el mensaje, no atinaba a vestirme; temblaba. Llamé también a Gustavo. Me dijo que salía ya para la casa de su hermana. Cuando por fin me instalé en un taxi sonó mi celular. Era mi nuera avisándome que estaban en lo de Fabiana y que, como la ambulancia no llegaba, iban a llevarla al sanatorio, que fuera directamente hacia allá.

Llegamos al mismo tiempo. Mientras bajaba del taxi vi cómo la ayudaban a subir las escaleras. Fabiana sostenía una sábana entre las piernas que ya comenzaba

a gotear sangre. Me miró sonriente. Estaba hermosa. Hacía meses que no la veía. Antes de la crisis y la sangre, aceptaba venir a mi casa cada dos o tres meses. Luego se negó de manera definitiva. Visitarla estaba vedado para mí. Entre que había dejado de tomar cerveza y que tenía una enfermedad crónica —aún no detectada— estaba delgada. Llevaba el pelo cortito y su rostro se veía armónico, como cuando era jovencita. Esperamos mientras la atendían. De alguna forma lograron detenerle la hemorragia. Quedó internada.

El recuerdo es nítido y confuso al mismo tiempo. En ese sanatorio desangelado los allegados de los pacientes eran el enemigo. Si el familiar era una mujer, peor. Con Gustavo nos turnábamos para ir a verla. A mí, además, me tocó la ingrata tarea de ir a su departamento para limpiar los desperdicios de su gata y renovarle agua y comida. Allí descubrí un dólar enrollado en forma de canuto, como los que se hacen para aspirar cocaína. ¿Entonces? ¿Seguía consumiendo? Hasta donde yo sabía, Fabiana solo se veía con un muchacho más joven semimarginal que en otros tiempos oficiaba de novio. Ahora ya no tenían intimidad sexual, pero la visitaba seguido. Le proveía marihuana (reducción de daños). Pero ¿y ese canuto? Desbastada se lo comenté a Gustavo, que relativizó el hecho. Traté de olvidarme.

El resultado de los análisis arrojó un cáncer inoperable en el cuello del útero. Le dieron el alta para que

hiciera el tratamiento ambulatorio. Ahí comenzó otro infierno. Quiso retomar el trabajo mientras se sometía a quimioterapia y rayos. En medio del dolor por su cáncer, sentí un soplo de aire fresco. Los médicos decían que si cumplía el tratamiento podría salir adelante airosa. Creí que la había recuperado. La acompañé a hacerse los últimos estudios antes de comenzar el tratamiento, aceptó que almorzáramos juntas en un restaurante y que fuéramos juntas a comprarle un teléfono celular. Hasta me permitió que estuviera con ella durante la primera sesión de quimio. Después de ese día le sobrevino una especie de fobia y no volvió a permitirme que la acompañara a ningún lado. Yo había pedido licencia en la UNLa, donde dirigía dos posgrados (ya me había jubilado en la UBA). No podía pensar en mi trabajo y quería estar disponible para ella. Pero fue en vano. Anduve dos meses errando por las calles de Buenos Aires con mi angustia, el libro *Así habló Zaratustra* y mi teléfono a cuestas esperando su llamado.

Fabiana decidió hacer todo sola. Cuando por casualidad me enteraba de que discontinuaba el tratamiento, me llenaba de coraje y la llamaba para tratar de convencerla de que lo retomara. A veces lo lograba, aunque debía mantenerme alejada de ella como regla básica.

Al ver que no había manera de que me dejara acompañarla me reincorporé al trabajo. Mal que bien,

terminó una primera etapa de aplicaciones. Ella a toda costa quería retomar la rutina de sus días. Quise creer que zafaría. Me relajé un poco y con un año de anticipación compré pasajes para viajar a Marruecos. Siempre me desplacé sola por el mundo. Había suspendido un viaje importante cuando le detectaron el cáncer. Antes, en alguna de sus crisis, también había cancelado mi participación en un congreso de filosofía en Córdoba. Ahora tenía ganas de tomar distancia. Bajé la guardia. Fue entonces que sonó el teléfono: era ella.

Solo me llamaba cuando tenía problemas serios. Se le había formado un edema en la pierna izquierda. Estaba tan hinchada que le resultaba imposible calzarse los pantalones. Casi no podía caminar y me pedía que la acompañara al maldito sanatorio. Yo sabía que si me pedía que fuera era porque se trataba de algo en verdad grave. Otra vez corrí como alma en pena. Estaba en la sala de espera de la guardia. Ya había transcurrido media hora y no la atendían. Fui a reclamar a la recepción y, como de costumbre en ese lugar, me contestaron de mala manera. *Por favor, señorita, mi hija se está muriendo.* La señorita, altanera, me contestó displicente: *No es tan fácil morirse, señora.* Traté de explicarle de la mejor manera la complejidad del estado de mi hija. Como si escuchara llover, ni me miraba. Volví corriendo a la sala de esperar y comencé a golpear los consultorios de los médicos de guardia. Había diez puertas. En ninguna me atendieron. Abrí

una por una, no había ningún médico. En la antesala, había cuarenta personas esperando. ¿A quién? Tal vez ni siquiera a Godot.

Corrí hacia urgencias y expliqué desesperada la situación. Esa pierna que parecía querer reventar y sus múltiples dolencias y el cáncer y la bajada de las defensas por la quimioterapia y los rayos. Un camillero se apiadó de mí y agarró una silla de ruedas. Fuimos a buscarla. Una vez que fue engullida por una de esas puertas hospitalarias (¿hospitalarias?) ya nadie quiso informarme qué le ocurría. Llamé a Gustavo. Tal como había ocurrido las veces anteriores, a él sí le explicaron qué pasaba con Fabiana. Tenía ganglios y vasos linfáticos obstruidos por un golpe que ella sola, en un arranque de ira en su trabajo, se había dado con un cajón en un costado de la ingle. Eso, unido a su cirrosis y al cáncer, había producido la obstrucción. Había que internarla. Eterno retorno.

Durante esa internación, corría el año 2014, y yo estaba dirigiendo un congreso sobre Nietzsche en la Biblioteca Nacional. Lo llevé adelante repartiéndome entre el sanatorio, la Biblioteca y la UNLa, que era la institución que enmarcaba el evento. Atendía a los invitados internacionales y volaba a ver a Fabiana. Leía mi ponencia y me iba a darle de comer a la gata de Fabiana. Agasajaba a los invitados nacionales y corría a hablar con los médicos de Fabiana. Ella me trataba bien cuando me pedía lo que necesitaba

en sus internaciones, pero tan pronto como veía las cosas que le llevaba comenzaba el maltrato. Después de unos días le dieron el alta. Salió con la pierna tan hinchada como había entrado. En cuanto regresó a su casa ya no me dio cabida. Tampoco al hermano. Iba y venía con su pierna grotesca. Nada parecía lograr bajar la hinchazón. Ahora ni siquiera me atendía el teléfono.

Una tarde sí me atendió y me dijo que estaba recibiendo nuevamente quimioterapia. Logré sonsacarle que los estudios no daban bien, pero eso fue todo: no quiso darme ninguna otra información ni recibir ayuda mía o de su hermano. Decidí tomar el toro por las astas y dirigirme a los médicos por mi cuenta ya que a través de ella no era posible estar al tanto de la situación. Averigüé el nombre del jefe de Oncología del sanatorio y le escribí un *e-mail* solicitándole una entrevista. Narré a grandes rasgos la historia y expresé mi lógica preocupación por mi hija, máxime teniendo en cuenta que vivía sola y no tenía quién la asistiera. No recibí respuesta. Dejé pasar unos días y fui personalmente al sanatorio. Le pedí a la secretaria del médico que atendía a Fabiana que le pidiera que me recibiera. Al principio se resistió, pero al fin lo logré. El médico me atendió secamente (ni siquiera me dio la mano). Le solicité que por favor me pusiera al tanto de la situación y le expresé mi preocupación por el peligroso aislamiento en el que Fabiana se había

encerrado. Le dije que sentía que estábamos haciendo abandono de persona. Se burló de esa expresión y me espetó que mi hija era mayor de edad, que yo no tenía por qué meterme en su vida. Me tragué sus palabras e insistí. Me despachó diciendo que hablaría con ella y que volviera la semana siguiente. Me sentí tan sola y desconsolada que al irme del hospital me senté en un pilar a la salida del sanatorio y lloré con una amargura que no había sentido nunca en mi vida.

A la semana regresé y el médico no me recibió. Me mandó a decir por su secretaria que Fabiana no quería que se le informara a nadie de su situación clínica. Que no insistiera. Otra vez a llorar mi desesperación al pilarcito de la salida. ¿Qué hacer? ¿A quién acudir? Intenté con médicos prestigiosos y profesores de la Facultad de Medicina. Pedía entrevistas, los ponía al tanto de la situación y les pedía que trataran de obtener la información que a mí no me querían dar. Les dejaba los datos de mi hija y de su médico. Fueron todos muy cordiales y quedaron en darme respuesta; sin embargo, nunca se comunicaron conmigo.

No me resigné, pero no insistí. Llegaron las fiestas de fin de año. Ni siquiera sabía si estaba viva o si el cadáver se estaba pudriendo en su casa. Impotencia, desesperación. Las sacudidas de la mosca en la tira de papel engomado. El 6 de enero de 2015 no soporté más. Fantaseaba con comprar una rosca de Reyes y tocar el timbre de su casa, donde tantas veces me

quedé pagando porque no quiso atenderme. Tenía miedo, dudaba. Jorge, mi analista, me alentó a que lo hiciera. *Si no te atiende, dejásela al encargado del edificio para que se la entregue cuando la vea*, me dijo. Tomé fuerza y fui. Toqué el timbre temblando. Ya no temía el maltrato sino que estuviera muerta. Para mi sorpresa, me atendió enseguida. *Solo te quiero dejar algo rico y me voy*, le dije. *No*, me contestó, *bajo a abrirte y tomamos unos mates.* El corazón parecía salírseme del pecho. No lo podía creer. Era un milagro.

Pero, cuando salió del ascensor, el horror de Auschwitz se presentó ante mis ojos: era puro hueso y apenas podía caminar; un pañuelo en la cabeza dejaba en evidencia que estaba pelada. Sonreía, pero era una sonrisa flotante que parecía no estar sujeta a cuerpo alguno. Delgadez extrema y esa pierna izquierda, la del edema, enorme, deformada; demasiado hinchada en contraste con el puñado de huesos en que se había convertido el resto de su cuerpo. Hice un esfuerzo para sobreponerme y sonreír como si no pasara nada. Pero el mundo se vino abajo. A la vez, estaba feliz de que estuviera viva, de que me saludara, de que aceptara compartir ese momento conmigo.

Me pidió que prepara mate y se sentó en su cama. El esfuerzo de bajar y subir la había extenuado. Excusándose me avisó que se descubriría la pelada porque tenía calor. Cuando le vi sin pañuelo, en lugar de horror me produjo ternura: le había crecido una

pelusa mínima, de unos pocos centímetros, y se la había platinado. Eso, unido a la perfección redondeada de su cabeza, me hizo volver a verla linda, iluminada en su extinción. Comía la rosca de Reyes con tal avidez que comprendí que había estado dejándose morir. No había comida en su casa, no tenía agua mineral y resultaba evidente que no tenía fuerzas para bajar a hacer las compras.

Me ofrecí a ir a buscar provisiones y aceptó solo a condición de que pagara con su tarjeta de débito. No quería que gastara mi plata en ella y, al mismo tiempo, me decía que no fuera en subte a su casa. Todavía me resuena su: *Tomá taxi, ma, tomá taxi*. Ahora me doy cuenta de que era muy consciente de que se estaba muriendo, aunque no lo decía abiertamente, de que me estaba ofreciendo sus ahorros y de que presentía que le quedaba poco. Me resulta muy difícil describir el dolor que me produce volver a esto.

Cuando le serví agua, bebió como si acabara de atravesar un desierto. Me confesó que acostada no podía respirar y me pidió que le comprara algo que la aliviara en una farmacia; era evidente que a sus pulmones les costaba recibir aire. Me pidió también que le colgara una sábana en la soga para que se secara —¡Había lavado ropa!— pero no había logrado tenderla. Se admiró de mi *fuerza* para escurrirla y colgarla. Yo ya tenía 75 años y no hacía esas tareas, pero ante la nada en la que ella se había convertido parecía una persona fuerte.

Manifesté mi preocupación por su soledad estando tan débil y me señaló un juego de llaves que había mandado a hacer para mí. Incluso me indicó dónde estaban los últimos estudios y me dijo que los podía mirar y que, si quería me los llevara. No sé leer radiografías, pero encontré una placa torácica en la que se veían dos pulmones negros. Estaba todo negro, ni un resquicio por el que pudiera pasar el aire. Disimulé, le pedí que fuéramos a una consulta médica y me dijo que le habían dado turno para dentro de un mes. El médico le había dicho que no regresara hasta esa fecha y ella se esperanzaba con que la autorizaría para que se reintegrara al trabajo. No era ingenua: sabía que se estaba muriendo. Noté que no tenía televisor (ella que amaba ver películas) y me ofrecí a comprarle uno. Pensó mi oferta y respondió: *¿Para qué? Ya no tiene sentido.*

Su médico, el que me había echado, el que no quiso atenderme, sabiendo que vivía sola la había mandado a morir sin asistencia. Bien sabía él que para febrero ya no estaría viva. Esto es lo que algunos consideran *buena praxis* médica: respetar la voluntad del paciente, es decir, no comunicarle nada a ningún familiar directo, y permitir que una persona agonice sola hasta morir. ¡Y se había burlado de mí cuando hablé de abandono de persona! Sin embargo, no había tiempo para el rencor. Quería beberme cada minuto de esos instantes que me brindaba y que le quedaban. A pesar

de que el pecho se me estrujaba al pensar en lo que se avecinaba, agradecí al destino haberla encontrado con vida, verla beber, escucharla hablar. Me embargaba una emoción que me hacía delirar que podría llegar a tener una mejora. Contra toda evidencia, por momentos creía que quizás saldría de esa como había salido de tantas otras.

¿Cómo explicar mis sensaciones? Fabiana agonizaba y yo la recuperaba como hija. Después de treinta años de rechazos, volvía a tenerla aunque más no fuera al borde mismo de la muerte. Le propuse ir cada día para hacer las compras, dejarle comida y ayudarla en lo que necesitara. *Día por medio*, me dijo. *Bueno, pero ¿puedo llamarte los días que no venga?, ¿me vas a atender? Sí*, respondió de buen modo. Comenzó así una rutina que me hizo adelgazar y me produjo dolores de espalda. Le propuse llevar una señora de confianza para que me ayudara con las tareas más pesadas pero no aceptó. Estando yo en su casa, de vez en cuando tocó el timbre su *amiguito* y no quiso atenderlo. En esa situación límite, solo me soportaba a mí. Se había vuelto obsesiva y meticulosa. Ella, que siempre había sido desordenada, ahora necesitaba que cada cosa estuviera en su lugar. Nada podía estar ni un milímetro corrido de la posición que había dispuesto. Me permití hacerle bromas sobre eso y, para mi sorpresa, las festejó.

Un día le llevé medio kilo de helado y lo devoró. *Hacía años que no tomaba helado*, me dijo. El 20 de

enero, quince días después de que me dejara entrar, la noté agitada. Seguía negándose a recibir asistencia médica ad hoc, decía que confiaba en su médico y que él le había dicho que la esperaba en febrero. Incluso me pidió que reconfirmara por teléfono esa cita imposible. Aceptó que le dejara milanesas preparadas.

Me preocupaba que estuviera todo el tiempo en la cama, aunque se mantuviera sentada y me indicara con energía cómo debía hacer las cosas. De su casa me fui a gimnasia preocupada. Cuando salí de la clase, la llamé y me dijo, entre ahogos, que necesitaba urgente ir al sanatorio, que no podía respirar. *Ahora me ocupo. Si llegan antes que yo, deciles a los de la ambulancia que me esperen, que estoy yendo para allá*, le contesté.

Como ya sabía, por experiencias anteriores, que tardaban muchísimo en atender el teléfono, opté por tomarme un taxi e ir personalmente al sanatorio. Allí me dijeron que ellos no tenían nada que ver, que solo eran prestadores, y que tenía que comunicarme con la obra social. Pedí la ambulancia a DOSUBA mientras iba hacia lo de mi hija. Llegué al departamento de Fabiana antes que el auxilio médico. Ella boqueaba tratando de hacer ingresar un poco de oxígeno en sus maltrechos pulmones. Intenté darle aire con un abanico. No sabía qué hacer. Llegó la ambulancia. Cuando el médico vio los estudios, torció la cara. *Voy*

abajo para ver dónde hay cama para internarla, me dijo. *Vaya vistiéndola.* Al rato suena el portero eléctrico y el médico me dice que en el sanatorio donde la atendían siempre no había cama, que estaba buscando en algún hospital público, pero que faltaban cinco minutos para que terminara su turno, así que si no conseguía nada en ese tiempo se iría y yo tendría que llevarla en taxi al sanatorio (¡al mismo que me acababa de decir que no tenía cama!). *¡Doctor! ¡Espere un segundo que bajo!*, grité. *Ya vuelvo, Fabiana*, le dije y bajé furiosa, pero tratando de contenerme.

Enfrenté al médico y le supliqué que no me dejara sola. ¿No se daba cuenta de que no podía meterla en un taxi en esas condiciones? Además, él mismo había comprobado recién que en ese sanatorio no había cama. Lo agarré de los brazos y le supliqué. *¡No me deje sola! ¡No me deje sola! ¡Usted sabe lo grave que está! ¡Por favor! ¡No se vaya!, ¡no se vaya!* Accedió. *Bueno, suba que sigo buscando*, me dijo resignado.

Subí. Fabiana seguía luchando por aspirar un poco de aire. Me llamó el médico: *Bajen, conseguí una clínica.* La ayudé a subir al ascensor. Al cerrar la puerta, su ahogo empeoró. Intentaba abanicarla con el sobre de los estudios mientras la sostenía para que no se cayera, pero se irritaba porque nada de lo que yo hacía la aliviaba. La acostaron en la ambulancia. ¡Peor! *No la acueste*, le dije al enfermero. *Déjela semisentada*

para que pueda respirar. Pero no lograba respirar en ninguna posición. Mientras tanto, el médico se entretenía con su teléfono celular lo más tranquilo sentado en la parte delantera de la ambulancia. Lo encaré: *¡Haga algo, por favor!* Bajó a regañadientes y le indicó al enfermero que le pusiera oxígeno con un medicamento. Al abrir el frasco con una sustancia para agregar a la válvula de oxígeno, se le cayó al pavimento una especie de embudito a través del que pasaría el líquido. Lo levantó y amagó con ponerlo así nomás, sin desinfectarlo. ¡Lo había levantado del piso lleno de basura! Fabiana miraba todo en silencio. Detuve al enfermero con mi mirada. Tomó un frasco con desinfectante y enjuagó el embudo. Le colocaron la máscara y la ambulancia comenzó a volar ululando por las calles de Buenos Aires.

¡Qué alivio!, ¿no?, le dije con dulzura a Fabiana. Con un movimiento de cabeza me contesto que no, pero se quedó tranquila. Se dio cuenta de que, si no hablaba, podía respirar mejor. Desde la ambulancia, llamé a Gustavo y le dije el nombre de la clínica. *Voy para allá*, me contestó. Llegamos y la llevaron adentro. *¿Vio que no la abandoné?*, me dijo el médico. Le agradecí. Llegó Gustavo. Otra vez la espera mientras la asistían. Al fin, pasada la medianoche, salió un profesional y nos dijo que le harían estudios toda la noche, que nos fuéramos a descansar y regresáramos al otro día con la historia clínica y la orden de la

obra social. Nos repartimos las tareas para la mañana: Gustavo volvería a la clínica y yo iría a hacer los trámites.

Conseguir esa historia clínica al día siguiente —en realidad, unas pocas horas después— fue otra odisea. Los médicos de oncología del maldito sanatorio donde la habían atendido durante los últimos cuatro años, los mismos que la noche anterior habían dicho que no había cama disponible, se negaron a suministrame la información que solicitaban en la clínica donde la habíamos internado de urgencia. Fue inútil tratar de hacerles entender que ellos no tenían camas libres y que en la clínica que la estaban atendiendo estaban a ciegas, que necesitaban los antecedentes de Fabiana. Todo fue inútil. ¿Por qué tanta crueldad desde ese poder médico jerárquico, machista y, en muchos lugares, ruin? Al final, tras insistir bastante, un residente peruano me llamó aparte con disimulo y me susurró que fuera a *Legales*. Le besé la mano en agradecimiento. Volé por las escaleras hasta el lugar indicado y se produjo lo que a esta altura parecía un milagro: los abogados me comprendieron, fotocopiaron esa historia clínica, que era tan extensa que parecía los siete tomos de *En busca del tiempo perdido*, y me la entregaron.

Cuando regresé a la clínica, Gustavo ya había hablado con los médicos. El cáncer de Fabiana se había extendido por todo su cuerpo. Los pulmones

estaban totalmente colonizados. Ya habían comenzado con la morfina. Antes de irse, Gustavo me pidió que a la noche me fuera a mi casa a descansar. *No. Me voy a quedar hasta el final*, le dije. Fabiana, cuando despertaba, seguía suplicando por un poco de aire y se negaba a que yo la asistiera cuando hacía pis (no quería que viera que había sangre en su orina).

Me llamó la neumonóloga y me comunicó compungida que no se podía hacer nada; solo restaba conectarla a un respirador. *¿Para qué?*, pregunté. *Para que viva quizás un par de días más. ¡No!, ¡por favor! No quiero ni un minuto de vida artificial.* Luego de ese intercambio le aumentaron la dosis de morfina. Dormía profundamente y respiraba con la boca abierta. A la hora se le habían resquebrajado los labios y se le inclinaba la cabeza hacia un costado, ya que la habían colocado semisentada. Me atreví a enderezarle la cabecita pero no a tocarle los labios. Tenía miedo de despertarla, de asustarla. ¡Parecía dormir con tanta placidez! Le rogué a una enfermera que le pusiera crema en los labios. Me dijo que lo haría pero nunca volvió. Estaban preparando todo para trasladarla a una habitación individual en el último piso de la clínica. Más tarde me di cuenta de que era el *moridero*.

¿Qué pasa! ¿Dónde estoy!, preguntó sobresaltada cuando dos camilleros enormes la levantaron sosteniendo las cuatro puntas de la sábana para pasarla a

una camilla móvil. *Vamos a una habitación más tranquila* —intenté apaciguarla, mientras acompañaba con mi mano en su nuca el traslado un tanto violento—. *Seguí durmiendo, Fabi, dormí tranquila, hija.* Y ella dijo con ojos maravillados: *¡Qué lindo! Estaba en un lugar hermoso, verde, había pasto, flores, pájaros, ¡qué lindo!* La alenté con dulzura a que siguiera ahí: *Dormí, querida, dormí...* Ya no volvió a despertar.

Pedí que me dejaran a solas con ella. Le acaricié la peladita linda, como cuando era chiquita. Treinta años hacía que no me permitía tocarla. Aún estaba tibia. El rostro había perdido el gesto adusto de las últimas décadas. Emanaba serenidad. Desde mi desgarro, me alegré de que hubiera tenido ese final tan plácido. Desde mi soledad profunda, la acariciaba y la besaba agradeciendo haber estado con ella en ese momento. Nos habíamos desencontrado a sus 20 años y a su 50 nos reencontrábamos. El precio que pagamos fue irreversible. Lo más espantoso de la muerte es el *nunca más*.

Fue muy dura mi vida durante esas tres décadas, pero mientras ella estuvo viva jamás perdí las esperanzas de recuperarla. En los últimos cuatro años, desde la primera hemorragia hiperbólica, mis incertidumbres y temores respecto de su vida y bienestar rayaban en el horror. Temía que muriera sola, que nadie la asistiera, que se extinguiera por inanición. La pena que me invade desde ese día es el horizonte

de (sin)sentido de mi vida. No me abandona, siempre está presente. Pero desapareció la incertidumbre. Me ocurrió lo peor que le puede pasar a una persona: murió mi hija. De eso no se vuelve, pero se sobrevive. Pasado el desgarro del primer año y medio, el recuerdo se toma descansos y, aunque el vacío permanece, queda un hueco. La tranquilidad de que ya no sonará el teléfono con noticias espantosas de Fabiana no me produce satisfacción sino desazón. Mi vida se convirtió en una sonata en sordina.

Escribe Ana Rossetti después de despedirse de su hija como yo me despedí de la mía:

> Se acabó el presente interminable. A partir de ahora ya no será necesario resistir, tener valor, aguzar el oído al otro lado de la puerta, intentar identificar sus pasos, la canción que cantaba; atisbar en todas las muchachas la semejanza a una forma de peinarse, un andar, esa blusa de colores, esa falda, igual a la suya [...]. A partir de ahora, se encajarán días, horas, sucesos. A partir de ese cadáver, la hija deja de existir.

Gustavo

Agosto de 2017. La lluvia repiqueteaba en mi ventana. No lograba concentrarme en lo que estaba escribiendo. Una y otra vez pensaba en Gustavo. Abandoné

la computadora y tomé de la biblioteca *El intruso*, de Jean-Luc Nancy.

Releí el epígrafe de Antonin Artaud: *No hay nada más miserablemente inútil y superfluo que el órgano llamado corazón, el medio más inmundo que hayan podido inventar los seres para bombear la vida en mí.* Nancy eligió ese introito para el relato-alegato sobre su propio trasplante de corazón. *Inmundo* y *vida* son las palabras clave. ¿Hay o hubo un intruso en mi cuerpo?, se pregunta. Este cuerpo ha conocido la intrusión. No obstante, esa otredad, ¿es el órgano joven que se le arrancó a un muerto para darme vida, o es el órgano viejo, que nació conmigo, y me está matando? ¿Cuál de los dos es el intruso?

El implante impone la imagen de un pasaje a través de la nada, una salida hacia un espacio vaciado de toda propiedad o toda intimidad, o, muy por el contrario, de la intrusión en mí de ese espacio: tubos, pinzas, suturas, sondas [...]. El intruso no es otro que yo mismo y el hombre mismo. No otro que el mismo que no termina de alterarse, a la vez aguzado y agotado, desnudado y sobreequipado, intruso en el mundo tanto como en sí mismo, inquietante oleada de lo ajeno, *conatus* de una infinidad excreciente.

Leer eso me introyectaba esperanza. Cuando le trasplantaron el corazón, el filósofo era algo mayor

que Gustavo en ese momento y salió airoso del procedimiento. Retomó su cátedra, viajó dando conferencias. Actualmente (2018) sigue vivo y activo. Mi hijo Gustavo aguardaba un trasplante de hígado.

Ese trasplante tiene muchas más posibilidades de éxito que cualquier otra operación de ese tipo. Noventa y tres por ciento de esperanza de sobrevida. Por entonces, yo les preguntaba a mis discípulos científicos de la salud y todos coincidían en que era el más seguro de los trasplantes. Ya le habían practicado uno a Gustavo hacía unos cuarenta días. Doce años habían transcurrido desde esa crisis de salud en San Luis que lo había dejado al borde la muerte. Los síntomas y la enfermedad habían sido los mismos que los de Fabiana. Pero ella sobrevivió solo cuatro. Y no es que Gustavo no hubiera padecido carcinomas, pero se cuidaba y lo cuidaban. Él tenía muchas cosas valiosas para reafirmar la vida: el amor de su mujer y de sus hijos Wanda y Franco, el cine —que es lo que siempre hizo y le gustaba—, un campo con nogales en Traslasierra, una confortable casa en Buenos Aires, amigos, viajes. Además, con la familia de su mujer había construido la red de contención que nunca tuvo en los diecisiete años que vivió conmigo.

Esa tarde lluviosa de 2017 tenía motivos para no poder concentrarme. Hacía más de un mes que le habían trasplantado el hígado y daba muestras de rechazarlo. Otra vez tenía prioridad absoluta en la

lista de espera de donantes del INCUCAI. Mi inquietud era similar a la de aquella tarde que regresé de mi caminata por Puerto Madero sin saber el motivo y me encontré con el mensaje que me abrió las puertas al infierno que estaba padeciendo Fabiana.

Abandoné la tarea que sin éxito intentaba realizar y llamé a mi hijo. Me dijo que en ese momento lo estaban trasladando al Hospital Italiano porque había aparecido un donante. Colgué, me vestí con premura y salí rumbo al hospital. Cuando llegué lo encontré en una silla de ruedas esperando que lo llevaran al quirófano. Lo acompañaban Susana, su mujer, un hermano de ella, y sus dos hijos. Fui con un poco de temor porque en el primer trasplante no me autorizó a que lo visitara en el hospital. Esta vez me mandé sin decir nada. ¡Y me aceptó! Incluso mostró alegría al verme. Parecía tranquilo, aunque luego me enteré, por Susana, que había manifestado su temor de no salir con vida. Había dicho, risueño: *Bueno, si me muero, no me voy a enterar; el bardo se los dejo a ustedes.* Cuando fueron a buscarlo, se despidió cariñoso de todos y lo último que dijo antes de desaparecer tras las puertas de un ascensor fue *¡Gracias, vieja, por haber venido!*

Comenzó ahí una larga espera. En el primer trasplante habían tardado ocho horas. En el segundo lo llevaron a prequirúrgico a eso de las siete de la tarde y hasta doce horas después no tuvimos ninguna

información. Nos instalamos los cuatro en una sala de espera. Fue una noche interminable. Comenzaba a hacerse de día y seguíamos sin noticias; la angustia nos corroía. Al fin nos llamó el cirujano. Inmutable nos explicó que el hígado anterior estaba necrosado. Sacó su teléfono celular e intentó mostrarnos una foto. *¡No!*, exclamamos con Susana al mismo tiempo. No podíamos creer que fuera tan insensible con esa masa de angustia que éramos nosotros. Franco, que estaba junto al médico, llegó a ver. Más tarde nos dijo que era algo sanguinolento con manchones negros y aureolas amarronadas. Y, como si esto fuera poco, el cirujano nos contó con parsimonia que el hígado nuevo era un poco grande para la cavidad torácica de Gustavo, así que había tenido que empujar con las dos manos y hacer mucha fuerza para introducirlo.

Estaba horrorizada. Pensar que sufrí tanto cuando los médicos de Fabiana no me querían decir nada y me echaban; pero esto no era mejor. ¿Para qué nos daba esos detalles siniestros?, ¿tantas precisiones morbosas? ¿A qué venía esa crueldad cientificista? Me aparté un poco porque no quería, no podía seguir escuchando. El médico hablaba mirando a un punto fijo. En un determinado momento miró a Susana y a Wanda, pero a mi nieto y a mí nos ignoró. Incluso cuando estuvimos por cruzar miradas, desvió la vista. Creo que notaba mi indignación. Pero callé. Yo

ahí no tenía arte ni parte. La situación y las actitudes de los seres más cercanos a Gustavo me dejaron bien en claro que no tenía ninguna injerencia sobre ese ser que estaban destrozando en un sofisticado quirófano con tecnología de avanzada y *objetividad* científica. A ese ser que era nada más y nada menos que mi hijo, pero que más que mi hijo era pareja y padre de quienes ahora decidían sobre él. El médico dijo que se había descompensado, que debía volver para seguir tratando de reanimarlo y que nos tendrían al tanto.

Cuando quedamos solos, Susana y mis dos nietos se abrazaron llorando. Yo, sentada frente a ellos, lloraba en soledad. *El otro como extranjero (como intruso) puede manifestarse* [...]. *Eso se denomina "rechazo"*, dice Nancy. Eso era lo que le estaba ocurriendo de nuevo.

¿Era posible que se estuviera muriendo el único hijo que me quedaba? No podía creerlo ni me sentía capaz de poder soportarlo. Me levanté y busqué un lugar alto para tirarme. Prefería morir antes que pasar por el martirio de otro duelo cuando aún no había logrado salir del primero. Comprobé entonces que los arquitectos que diseñan hospitales se cuidan bien de no dejar resquicios para ese tipo de *soluciones mágicas*. Mientras tanto, pasaron a Gustavo a terapia intensiva. Nos informaron que *seguía abierto*, que no habían cerrado la herida para

que drenara la sangre. Lo mantenían *vivo* con un respirador artificial. ¡Qué carnicería! ¿Por qué ese ensañamiento?*

Si hubiera tenido el poder de decidir, habría pedido lo mismo que pedí cuando Fabiana no podía respirar. ¿Para qué ese simulacro que le quita toda dignidad al morir cuando no hay ninguna posibilidad de que sobreviva? Pero sus seres más cercanos se aferraban a la idea de que ocurriera un milagro y, como dije, nadie pedía ni quería mi opinión. Al final de ese día infernal, la falta de sueño sumada la desesperación hacía que Susana y yo no pudiéramos mantenernos en pie. Los chicos habían dormido un poco en los sillones, pero todos estábamos destruidos. Al caer el día los médicos mismos sugirieron que fuéramos a dormir un poco. Nos fuimos. Mi nuera y mis nietos a su casa y yo a la mía. Me prometieron que si *ocurría algo* me llamarían urgente.

---

* En bioética se usa el término *ensañamiento* para describir cuando los médicos siguen poniéndole aparatos para que respire a un ser que ya está en estado terminal y sin posibilidades de respirar por sí mismo, es decir, cuando se manipula un cuerpo tal como estaban haciendo con mi hijo. Es lo que Foucault en su concepción de la biopolítica (administración, por parte del poder, de la vida de la población) denomina *tanatopolítica* (no dejar morir); en lugar de ayudar a vivir y acompañar el morir, tal como dice el juramento hipocrático, la medicina se convierte así en una mera lucha contra la muerte sin medir las consecuencias.

Me bañé, tomé tranquilizantes y logré dormir. A las cinco de la mañana sonó el teléfono con el llamado obvio, aborrecible. Desde esa madrugada (cuando estoy escribiendo esto ya han transcurrido catorce meses) todos los días me despierto sobresaltada a las cinco de la madrugada. Mi histórica apnea del sueño ahora tiene horario fijo. *Te esperamos en el café Martínez, frente del hospital*, me dijo Susana por teléfono. Me vestí veloz y volé en un taxi.

Cuando llegué, además de Susana y mis nietos, ya había algunos familiares de ella. Franco se acercó a recibirme y me dijo que habría cremación. *De acuerdo*, le contesté, aunque advertí que no me estaban consultando, sino informando. Ya habían hecho todos los trámites y habían desayunado. Esperaron a que tomara mi té y se levantaron para irse. Susana notó mi desconcierto y me propuso ir con ellos. Se lo agradecí. ¿Cómo volver a mi casa sola en ese momento?

Duro, muy duro entrar a aquella casa que Gustavo cuidaba con tanto cariño y que nunca más vería. Pero en la intimidad de ese hogar, con Susana, Wanda y Franco, me sentí algo más contenida. Hasta que comenzaron a llegar amigos de esa vida desconocida para mí, de ese mundo que Gustavo había construido con cordura y buen tino. Los amigos sacaban sus teléfonos y leían mensajes plenos de cariño y anécdotas y alegría que mi hijo les había mandado. No podía dejar de compararlos con los pocos y escuetos

que me mandaba a mí muy de vez en cuando. Sentí una melancolía inmensa y lógica al mismo tiempo. Hacía mucho tiempo, Gustavo y Susana habían intentado incluirme en la familia de ella, que eran todos buena gente y muy generosos conmigo. Pero, con mi antifamiliarismo irredento, yo no había logrado integrarme. Comprendí que el señor que esos desconocidos estaban llorando y ensalzando no era el Gustavo que yo tenía en mi mente. Era una persona independiente que había hecho su vida. No había lugar (tampoco supe cómo ganarlo) para alguien como yo en ese mundo.

En ese momento deseé hacer el duelo sola en mi casa. Cuando me iba —supe que comentaron quién era yo, además de la mamá de Gustavo—, una de las amigas de ese grupo que para mí representaba la extrañeza me corrió hasta la puerta. Una sonrisa de oreja a oreja se superponía con las lágrimas. *¿Vos sos Esther Díaz? Leí lo que escribiste sobre el neoliberalismo y Las palabras y las cosas y quedé fascinada, me encantó. ¡Qué bien escribís!* Esa era mi cosecha: tenía entidad como filósofa, pero no como miembro del grupo de personas que lloraban a alguien que hace mucho tiempo había nacido mi hijo. Gustavo murió a los 54 años y Fabiana a los 50, diecisiete meses antes que él. Se llevaban dos años y nacieron y murieron con casi dos años de diferencia, pero invertida: Gustavo nació primero y Fabiana murió primero.

El día anterior, cuando un terapista nos había dicho que Gustavo no sentía nada, no sufría, no soñaba; en fin, cuando utilizó un eufemismo para decir que era un muerto atado a un respirador, las lágrimas me cegaban. Pero, en el momento en que la actitud de los otros me demostró que había un desfasaje insalvable entre el Gustavo que yo conservaba en el recuerdo y el que esas personas lloraban, mis lágrimas se secaron para siempre.

El duelo está y amenaza con no irse. Si muere un padre o una madre, el duelo un día se acaba, es algo *natural*. Pero nadie está preparado para ver morir a sus hijos. Ni siquiera existe una palabra en castellano o en los idiomas que conozco para nombrar a la madre que pierde a sus hijos. Si muere un padre, hay huérfanos. Si muere el cónyuge, viudos. Pero quien pierde hijos se queda sin entidad nominal y en completa soledad existencial.

Gustavo era mi hijo preferido y, en mi fuero íntimo, siempre lo quise más que a Fabiana. Era un ser amable, dulce, querible; nunca lo vi maltratar a nadie. Solo yo solía irritarlo. Aunque también, de vez en cuando, me brindaba gestos de cariño, como aquellas florcitas de marihuana que cultivaba con esmero y me regalaba. Fue con la primera persona que fumé porro: me regaló un par para un cumpleaños. Pero hacía mucho tiempo que se había distanciado de mí; quince o veinte que no me saludaba para el Día de la Madre. En mi fuero

interno rescato que lo último que dijo antes de partir fue *¡Gracias, vieja, por haber venido!* También en este caso rescaté la comunicación perdida.

A mis dos hijos los recuperé en el mismo momento en que los perdí. Fabiana hacía tres décadas que no me saludaba el Día de la Madre. No obstante, como ya conté, demostró que me tenía en cuenta. Sus cenizas las enterramos en un predio de la UBA parquizado, con verde, pájaros y flores como los que ella vio en su último delirio. No sé, en cambio, dónde están las de mi hijo. Los primeros días pregunté y rogué que me avisaran cuando decidieran qué harían con ellas. Llegó un momento en el que no insistí más; capté que no debía hacerlo. El lugar en el que descansan sus cenizas es para mí un misterio como, en definitiva, lo fue también su vida.

Profesores y alumnos

Seis y cuarenta y cinco de la mañana. Es invierno y todavía no salió el sol. Sobre Paseo Colón doblando por Cochabamba una larga fila de personas espera restregándose las manos. Algunas dan saltitos para ahuyentar el frío. Hay de todas las edades, pero la mayoría son muy jóvenes. Llaman la atención algunos grupos vestidos de cuero negro, pelos aceitados, cabezas coronada con crestas puntiagudas, adornados con cadenas y

alfileres de ganchos, *piercings* en orejas y narices, borceguíes poderosos. Son punks que han salido de bailar en Cemento y caminaron las once cuadras que los separaban de la sede del CBC para escuchar a una profesora que ellos revindican como *su pata en la UBA*, tal como lo relata Juan Carlos Kreimer en su libro *Más allá del bien y del punk*. Me consideraban *pata* en el sentido de *compinche* pero también indicando que fui quien dio el primer paso para que su visión del mundo entrara en la UBA con mi modo de dar clase, mi forma de vestirme, los contenidos críticos de mis conceptos y, también, por mi defensa de la militancia microfísica frente a los poderes coaccionantes.

Los miraba desde la ventana de un bar frente a la sede del CBC mientras tomaba un café que me ayudara a afrontar otro teórico de Pensamiento Científico, la materia de la que era profesora titular desde el retorno de la democracia. Mi vestimenta —si bien un poco más moderada— era similar a la de aquellos jóvenes. Pelos parados, cuero, tachas, remera de algún grupo de *rock* emblemático. Algunos de los punks que esperaban para entrar al aula magna eran realmente mis alumnos; otros iban a escucharme por coincidencias entre mi modo de ser en el mundo y mi teoría, lo que ellos llamaban mi *pensamiento crítico*, mi estética corporal y mi manera de impartir clases recorriendo el escenario micrófono en mano y diciendo lo que consideraba que era verdad sin medir las consecuencias, en fin, *rockeándola*.

Mi afinidad con el punk —actualmente con el pospunk— no es solo estética ni tampoco absoluta. Me identifico con su crítica al sistema domesticador, capitalista, jerárquico y represor. En una palabra, careta. Contra la entrega del arte al capitalismo o, mejor dicho, contra la mercantilización del arte y la cultura en general, y con el rescate de lo que el sistema descarta. No adhiero, en cambio, a la violencia de algunas facciones ni a las provocaciones —gratuitas, desde mi perspectiva— como escupirse entre ellos o a otras personas, por ejemplo. Admiro a los punk que, ya ancianos, posan desnudos, como Iggy Pop, o continúan poniendo el cuerpo y comprometiéndose con causas como la defensa de los derechos de las minorías de Patti Smith. Admiro también a los jóvenes reciclados, como los de la Orquesta Típica Fernández Fierro, que hacen tango punk.

Pero no solo de punks estaba compuesto mi auditorio de Pensamiento Científico. Quienes no militaban en ningún movimiento contracultural también estaban, me seguían, me leían y me aplaudían cuando entraba al aula con vestimenta plateada o de cuero u orlada con una pluma de pavo real o con un clavo en el lóbulo de la oreja. Era el guiño inicial para una experiencia extraordinaria donde exponía Kant, Popper, Nietzsche, Spinoza, Foucault, Feyerabend o Deleuze para iluminar problemáticas científicas o existenciales y, al mismo tiempo, mechaba mi discurso con ejemplos

de música pop, de sexualidad —que desbordaba en el aula repleta de juventud—, de arte en general y del popular en particular, del poder abusivo en todos los estratos de la sociedad, de diversidad sexual, de machismo, de cultura musical hibridada con cultura intelectual. En resumidas cuentas, trataba sobre la vida y el cuerpo porque si no hay vida no hay concepto y sin concepto no hay filosofía. Y la filosofía se hace desde el cuerpo, aunque la mayoría de las veces se la intente mostrar como si fuera solo algo proveniente de la razón pura.

Se podría preguntar: pero ¿cómo?, ¿no era una cátedra de epistemología? Sí, pero elegí proponer una epistemología ampliada. Mejor dicho, esa es mi apuesta conceptual: pensar la ciencia no solamente desde su historia interna —métodos, lógica, prescindencia moral—, sino en relación con su exterioridad —deseo, poder, ética, grandezas y miserias de cualquier producción humana, de lo humano mismo, de lo no humano, de la vida—. Ese alimento les impartí a mis hijos del espíritu, a mis alumnos, a mis lectores y, en la actualidad, también a mis espectadores desde que soy protagonista del film documental *Mujer nómade*, que es una extensión de mi obra filosófica.

DINEA se llamaba la institución estatal que encuadraba la enseñanza de nivel secundario para adultos. Ahí comencé a dictar clases recién graduada en Filosofía en 1974; también daba clases en colegios

secundarios y en 1984 comencé a hacerlo en universidades. Hoy, pasados ya cuarenta y cinco años, sigo dictando temas filosóficos con el mismo espíritu y entusiasmo. Suelo encontrarme con familias en las que he sido profesora de tres generaciones. ¿Cómo no voy a considerar que de algún modo, con los alumnos y los lectores tengo una cierta filiación semejante a la que se tiene con un hijo, entendiendo por *hijo* alguien a quien se le dio la vida o herramientas conceptuales para moverse por ella?

Mi modo de difundir la filosofía es no quedarme sentada detrás de un escritorio ante los estudiantes, pero, eventualmente, apoyarme sobre el escritorio; no pasar PowerPoint y escribir a mano en el pizarrón delante de los alumnos; meterme entre los cuerpos, hablar sobre la vida e interesarme por la de los otros; involucrarme. Se produce así una urdimbre en la se entretejen los conceptos desde los órganos sexuales internos, desde la experiencia propia y la ajena. Así me gusta exponer(me), desde mi propio *background* teórico y desde el pensar in situ, pues la filosofía es pensamiento del presente y no hay presente sin cuerpo.

Mi modo de ser en el mundo —cooptada por el estudio— no registra antecedentes familiares. Pero antes de ser profesora fui alumna y aún disfruto escuchando a un gran profesor disertando: amo ser discípula. Reconozco influencias en mi modo de dar clase. Esa mezcla de pasión, erudición y vitalidad proviene,

entre otros, de Valentín Aragüés y Oroz, mi profesor de Castellano del secundario, quien me legó su histrionismo y su disposición a ilustrar los temas con anécdotas entretenidas. Francisco Olivieri, profesor de Filosofía Antigua en la carrera de Filosofía, me impactó por su rigor para diseñar cuadros sinópticos. *Si puede resumir con tal lucidez problemáticas tan complejas, las debe de haber estudiado muy bien*, pensaba yo mientras lo veía y escuchaba. Eso quería para mí, ese fue mi objetivo (lo opuesto a repetidores de PowerPoint enlatado). Victoria Solá, jefa de Trabajos Prácticos en Latín, se sentaba sobre el escritorio para impartir clase. Le copié la idea y la enriquecí con inesperados paseos por el estrado, micrófono en mano. También Los Rolling Stones me inspiraron. Mick Jagger recorriendo de una punta a otra el escenario fue el modelo sobre el que recorté mi manera de dictar clases.

Gerardo Pagés, el titular de Latín, tenía un carisma que me enamoró; creo que era algo natural, pero de todos modos trato de producir ese efecto amoroso en mis exposiciones. Pérez Amuchástegui, profesor de Historia y especialista en José de San Martín, me abrió las puertas hacía una metodología tan rigurosa como alegre. Adolfo Carpio, titular de Introducción a la Filosofía, fue mi modelo por excelencia: dictaba clases en el aula magna de Filosofía y Letras —por entonces ubicada en Independencia y Urquiza— ante cientos de alumnos y su claridad dejaba pasmado a

cualquiera. Además de profesor de Filosofía (se ponía furioso si le decían *filósofo. Solo profesor de Filosofía*, contestaba gruñón), representaba, para mí, la didáctica en acción. ¿Era reaccionario? Sí, lo era. Pero me estoy refiriendo a su manera de transmitir la filosofía tanto en palabras como en escritos, no a su ideología que, de todos modos, no afloraba en sus clases y producciones.

Carpio decía que el pensar libre y responsable no es algo que pueda lograrse *en el aire* (según pretendía cierta pedagogía liviana) simplemente poniéndose a discutir sin más guía o preparación que el talento, la fortuna o la experiencia de cada cual. En filosofía —como en ciencia, como en arte—, esa manera de encarar las cosas no puede desembocar sino en la improvisación, en la irresponsabilidad, en el dislate o —en el mejor de los casos— en el descubrimiento de lo obvio. Consideraba además que no hay mejor enseñanza del pensar que la que brindan los grandes pensadores. Los problemas no pueden comprenderse si se los formula solo en términos abstractos o concretos independientemente de las formulaciones que los filósofos y las épocas les han otorgado. Si en verdad se quiere *pensar* con seriedad y no divagar es preciso el estudio, la disciplina, el esfuerzo y el conocimiento puntual del tema. He aquí la herencia que he recibido de mis profesores y el legado que me gustaría dejarles a mis alumnos.

CAPÍTULO 8
EL DEVENIR ES LARGO

Ciega

Cuando ella comenzó a quedarse sin aire yo comencé a quedarme sin luz.

Las branquias trepidan veloces como vibrato de soprano. Los ojos siempre abiertos parecen ampliarse. El agua es su posibilidad de vida y se la han quitado. Lo expulsaron a una playa seca que lo ahoga. El pez sacudiéndose por el vano esfuerzo de oxigenarse se va convirtiendo en pescado. Abre la boca como si por ahí pudiera entrar lo que le está faltando para vivir. Esa era la imagen de Fabiana queriendo asirse a una pizca de aire. Sus pulmones, ennegrecidos, embarrados, enquistados, la habían arrojado a un desierto sin oxígeno. Boqueaba.

Había hecho un esfuerzo físico y psíquico indescriptible para atender a Fabiana durante esos días y ahora veía que moría, que irremediablemente estaba muriendo. Algo en mí se negaba a aceptarlo, era demasiado. No podía ver esa realidad que se me imponía.

Una especie de neblina se comenzó a extender delante de mis ojos. Parecían mucosidades, pero me pasaba con suavidad la punta de un pañuelo descartable por la superficie de los globos oculares y salía seca. La niebla no era exterior: las nubes eran internas. Por momentos se disipaban, pero viboreaban y, poco a poco, como quien no quiere la cosa, se fueron instalando. Fabiana murió y a mi desgarro por su ausencia definitiva se sumó ese impedimento visual.

¿El diagnóstico? Maculopatía degenerativa por la edad, aunque en su faz seca, la primera etapa de esta enfermedad para la que no existe cura sino solo un control trimestral, por si se humedece. Cuando llega la etapa húmeda es como una especie de cáncer por la rapidez con que degrada la visión. El tratamiento, que debe comenzarse en forma inmediata, consiste en la aplicación de inyecciones en el ojo afectado. No se recupera lo perdido. Nadie garantiza que esas aplicaciones de drogas importadas y carísimas logren detener la ceguera. Se estima que alrededor del setenta por ciento de los afectados quedan ciegos. Mi mamá y mi hermana mayor ya llegaron al grado máximo de entropía de sus máculas: están ciegas, alcanzaron el límite.

Es un tipo de ceguera parcial pero fatídica. El campo de la visión se presenta con un cuadrado negro en su centro. Es decir que se ve alrededor o *por los costados* del cuadrado, pero no se puede fijar la vista,

no se puede leer. Esa amenaza es inquietante para alguien que, como yo, *imaginé el paraíso bajo la forma de una biblioteca* y con la forma de una pantalla cinematográfica. La acechanza de la ceguera me despierta muchos miedos. Intentan consolarme diciéndome que se puede ver televisión. Nulo alivio para quien no tiene ese hábito.

La tomografía de coherencia óptica (OCT, por su sigla en inglés) muestra una imagen que semeja dos placas, una encima de otra. Si la mácula está sana, su unen como dos imanes horizontales sin resquicios en la juntura; cuando está afectada, en cambio, se abren espacios —pequeñas montañitas— entre las dos placas. Al comienzo de la degradación, la imagen muestra las dos plaquetas no horizontales sino oblicuas. Los resquicios en la juntura que permite ver la OCT se multiplican en forma de montañas empinadas, unas más picudas que otra. Esas son las peores: son irreversibles y las que tengo yo.

El 21 de enero de 2015 murió Fabiana. Una semana más tarde, cuando reuní fuerzas para consultar al oftalmólogo, se detectó la enfermedad que, unos meses antes, no se había manifestado (me había hecho un control porque es una enfermedad hereditaria). Pero en los quince días que asistí a mi hija, mis ojos manaron veneno. Por supuesto que el mal moraba aletargado en mi genoma, pero se despertó durante la agonía de Fabiana. No puedo dejar de asociarlo.

Somos una totalidad múltiple. Se ha formado un rizoma entre mi pena y mi incipiente ceguera. Sin embargo, eso no me impide disfrutar de ciertos placeres. Si tuviera que identificarme con un lema, sería *Reafirmar la vida*, aunque, desde la muerte de mi hija, el placer viene acompañado de vacío, son simultáneos. No es que goce y después sienta un vacío; es que, aun gozando, lo siento. Esta contradicción es el estado en el que vivo estos duelos que siempre temí pero que, en el fondo, no creí realmente que tendría que atravesar. El desierto se amplió con la muerte de mi hijo. Se fueron y me dejaron anodina por dentro. ¿Quién está preparado para ese tipo de orfandad?

Desde el momento en que diagnosticaron la degeneración de mi mácula, seguí con la rutina del control trimestral. Transcurrió un año y medio. El día que Gustavo continuaba en el quirófano tras doce horas de intervenciones tenía turno para hacerme una OCT. No fui. Coincidió con la jornada en que se ensañaron con el cuerpo de mi hijo y lo hicieron respirar a fuerza de tecnología.

Supe que estaba muerto cuando escuché al terapista. Hacía apenas unas horas Gustavo se había despedido sonriente. *¡Gracias, vieja, por haber venido!* Pero ahora me decían que no sufría, no soñaba, no sentía; en fin, que ya no era una persona. Por segunda vez en mi vida, fue demasiado, más que demasiado. De nuevo las brumas colonizaron mi visión. A mi cuerpo no

le bastó manifestarse con lágrimas ni con gritos; además necesitó cegarse.

El 17 de agosto de 2017 murió Gustavo. Diez días después fui al oftalmólogo. La maculopatía había devenido húmeda. Perdí para siempre el ochenta por ciento de la visión del ojo derecho. Al otro día comenzaron a inyectarme. Dos meses más tarde el mal se *contagió* al izquierdo. Perdí el treinta por ciento de visión de ese ojo. El mundo se ha tornado menos luminoso. Son menos nítidos los contornos de las cosas. Busco un objeto y no lo veo, aunque, en una segunda mirada, aparece como por arte de magia. También comenzaron a inyectarme el ojo izquierdo. Cuando estoy finalizando este libro, ya he ido veinte veces al quirófano. Las montañas de mis dos máculas decrecen y, de pronto, vuelven a crecer. En septiembre de 2018 dicté una conferencia en el exterior a 2500 metros de altura. Me apuné. Cuando regresé, las tomografías revelaron una suerte de cordillera de los andes en mi mácula.

Voy penetrando lentamente en una nebulosa. Hay días en que veo mejor. La incertidumbre me acompaña. Todo lo cercano se aleja. Cada mes o mes y medio espero esos estudios sofisticados que a veces hablan de una mejoría y otras, de una recaída feroz. Mientras tanto, mis ahorros menguan al ritmo de las aplicaciones.

Si mis hijos estuvieran vivos, quedarme ciega no sería lo peor que me podría ocurrir. Habría preferido

cambiar mi vista por sus muertes. Pero ahora, al no estar ellos, lo peor que me puede suceder es que el tratamiento deje de dar resultado o que no pueda sostenerlo. A pesar de todo, reafirmo la vida, aunque me acongojan los posibles males venideros. Me identifico con *El porvenir es largo*, la autobiografía de Louis Althusser, en la que declara: *Es mi destino no pensar en calmar una inquietud más que exponiéndome indefinidamente a otras.*

Para ahuyentar ese fantasma decidí escribir mis propias memorias y, llegando ya al final, caigo en la cuenta de que casi no escribí nada si comparo estas páginas con todas las vicisitudes que alcanzo a recordar. Los acontecimientos chorrean por mi memoria, se derraman. Algunos no los relato por obvias cuestiones de extensión, pero otros no puedo contarlos y quedarán en el núcleo duro de mi subjetividad, desaparecerán conmigo porque se resisten a mi estado de parresía, a mi pulsión por decirlo todo sin medir las consecuencias, y chocan con fronteras infranqueables.

Hice de mi existencia una lucha contra las simplificaciones, contra el cientifismo, contra el pensamiento binario. Pierdo los estribos ante las contradicciones de los demás y no siempre advierto las mías. Existen infinitas posibilidades, indefinidas variables complejas y caóticas, por no hablar de la incidencia de lo no pensado: *De lo que no se puede hablar es mejor callar.* Hay motivos que gravitan a favor de la pluralidad que

ni siquiera se pueden expresar con palabras y que encuentro tan (o más) válidos que la demostración de un teorema. Apuesto al pensamiento complejo, al que no se deja encerrar en proposiciones formales, al que no se reduce a un mensaje digital. Me pliego al pensar cuestionador que rechaza las soluciones mágicas de los antidepresivos o las recetas de autoayuda. Prefiero asumir la conflictividad de la existencia aunque en situaciones límite, cuando el pensamiento se obnubila, se acuda a ellas como a una tabla que —aun podrida— le sirve al náufrago para mantenerse a flote. No se puede sobrevivir demasiado tiempo en estado de naufragio y, aunque resulte más complicado, es mejor buscar buenas maderas no solo para flotar sino también para navegar y, eventualmente, llegar a buen puerto.

El tiempo no para, pero el porvenir es largo. ¿Por qué ese título —he pensado varias veces— si cuando Althusser escribió sus memorias estaba cerca de los 70 años? La respuesta la encontré en Maurice Blanchot, quien considera que la autobiografía de Althusser parece un suicidio perpetuo mediante el cual, valga la paradoja, busca sobrevivir. Una muerte anticipada que expresa esa radicalidad de la inexistencia que en la escritura propicia el asedio constante de otras voces.

Protagonista

Vivir quiero conmigo, [...]
a solas, sin testigo,
libre de amor, de celo,
de odio, de esperanzas, de recelo.

Esos momentos deseados por Luis de León representan un oasis en el desierto de mi pena. Ensimismarse con los fantasmas interiores. Dialogar con ellos, insultarlos o agradecerles hasta olvidarme de que estoy hablando conmigo misma. Por momentos creo —sin ser supersticiosa— que mis muertos interactúan conmigo desde no sé dónde. Me ocurre de manera natural: peleo con ellos o nos reconciliamos. En algún momento despierto y los acuerdos establecidos se desvanecen, aunque ya no importen tanto.

Sobreviví en esa burbuja que, para mí, es un refugio después de las interacciones sociales, familiares, amicales y filosóficas. Necesito de los demás, por supuesto, aunque a partir de mi intento de suicidio sufro bastante las relaciones. Esto viene de lejos pues desde niña amé la soledad. Soñaba con ser como un hombre renacentista y dominar las ciencias y las artes, lo cual requiere concentración, retiro, dedicación.

Y un día me llegó el duelo que, salvo los primeros meses, no es llorar todo el tiempo, hay remansos. Pero, de pronto, me posee un penoso no estar en ninguna

parte. Aparece un lugar sin nombre signado por el nombre del que ya no será llamado ni llamará. La pura insuficiencia se transforma en vacío. En la serenidad que me sobrevino cuando mermó lo más acuciante de las pérdidas ya no existen las grandes preocupaciones que me asaltaban cuando mis hijos vivían y, si bien eso tranquiliza, inhabilita el disfrute. Todo parece sobrevolar la superficie de las cosas.

No hacía un año que había muerto Fabiana y, aunque enfermo, Gustavo todavía vivía, cuando Martín Farina irrumpió en mi vida. Mi pena estaba en carne viva. Había sufrido dos heridas irreparables: mi hija había muerto y me habían echado de la UNLa *por mi edad*. En esa institución diseñé y dirigí investigaciones, revistas científicas y posgrados exitosos durante veinte años. La enfermedad visual que arrastré hasta el fin tiene la misma causal que el despido: *por la edad*. Cuando te otorgan la jubilación, tenés que irte del trabajo. Es tan sencillo que hasta que no se lo experimenta en una misma no se ve ninguna dificultad; al contrario, parece algo *natural* y se lo exige como derecho. Pero el sentimiento tiene razones que la razón se niega a comprender. En dos oportunidades me jubilaron con ninguneos (aunque no cobro dos jubilaciones). Las dos veces me sentí expulsada. La primera fue de mi cargo de profesora titular regular en el CBC en 2005. En la UNLa, en 2014, se anuló la jubilación que me había otorgado la UBA y recibí una un poco más

digna como investigadora científica. Todo era legal, pero me sentí echada, sobre todo porque existía la posibilidad de seguir ejerciendo, por ejemplo, en posgrado como actualmente hago en forma esporádica en la UBA y en otras universidades. En la UNLa, sin embargo, no me dieron esa opción.

Se dio la circunstancia de que me expulsaran de la UNLa y solo quince días después muriera mi hija. Para mí la universidad era lo que le daba sentido a todos mis esfuerzos relacionados con el estudio: no soy familiera, no tengo pareja, tengo pocos amigos. En los últimos años había puesto casi toda mi libido en mis cargos universitarios y, de pronto, me había quedado sin trabajo y sin hija. Mi cuerpo no soportó tanto dolor. Creo que comencé a quedar ciega negándome a ver esa realidad que *se me imponía*. Por supuesto que mi enfermedad no es solamente psíquica, pero me parece evidente la relación entre la ceguera y esas dos grandes pérdidas que, aunque sin duda no son equiparables, son terribles. Creo también que la muerte de mi hijo terminó de desencadenar mi enfermedad visual.

Unos meses después de expulsarme de la UNLa, me llamaron para otorgarme un premio *a la tercera edad*. ¡Me habían echado por vieja y después pretendían premiarme por vieja! Si el premio hubiera consistido en darme un nombramiento de profesora consulta o emérita, creo que habría podido tolerar esa paradoja pero, como nunca moví influencias para

conseguir tales cargos y distinciones, no los obtuve. El *premio* que querían darme consistía en una cucarda similar a las que les colocan a las vacas en La Rural. Una escarapela para marcarme como excluida de la vida académica. Me pregunté entonces: *¿Esto es una universidad?* Sentí algo similar a lo que experimentó Primo Levi con la vergüenza de *ser hombre*. Atisbé la mezquindad. No podía aceptar el galardón de cartón que pretendían brindarme, el certificado que me convertiría en *adulta mayor que le había procurado varios aportes a la ciencia. ¿Había?*

Estoy viva, sigo produciendo y otras universidades nacionales y extranjeras continúan convocándome. ¿Qué les pasa por la cabeza a los otorgadores de falsos prestigios? Decliné el ofrecimiento. Habría deseado recibir otro tipo de reconocimiento: el que se obtiene por estar en actividad, produciendo. Pero los funcionarios, en general, están demasiado ocupados intentando reforzar su propio poder como para ocuparse de otras cosas. Solo otorgan medallitas y pergaminos, y esperan que los demás se los agradezcan. Merecen una carcajada nietzscheana.

Ese regusto amargo paladeaba en mi boca cuando ese joven talentoso me propuso protagonizar un film en el que pretendía que su cámara captara cómo la filosofía atraviesa un cuerpo. Por supuesto que entre la banal propuesta universitaria que me coronaría como vieja acabada y la vital propuesta artística

que me abriría otra vez las puertas a una existencia plena ni lo dudé y con Farina pusimos manos a la obra. Cambié pasado por futuro. Después de dos años de arduo trabajo, rigor, alegrías y contratiempos se logró el largometraje *Mujer nómade*, con el aval del Instituto Nacional de Cine y Artes Audiovisuales (INCAA).

La película ya es un hecho. Cuando escribo estas líneas (noviembre de 2018) se está proyectando regularmente en el Museo de Arte Latinoamericano de Buenos Aires (MALBA). Ha pasado por varias muestras y festivales nacionales e internacionales, y existen invitaciones para proyectarla en diferentes festivales latinoamericanos y europeos. *Mujer nómade* no fue realizada con fines militantes, no repite consignas y, no obstante, encontró eco en grupos que luchan contra la discriminación, que cuestionan los poderes coaccionantes. Arrojé mis vísceras a la cámara del realizador. La devolución fue reencontrarme con alumnos y lectores, interactuar con gente nueva y tener la posibilidad de asomarme al glamoroso mundo del cine.

La maravilla que realizó la película ocurrió después del gran derrumbe. Después de que la UBA me mandara un telegrama a cara de perro para que me jubilara, después de que en la universidad donde diseñé carreras exitosas me echara por medio de una empleada administrativa. Me habían otorgado el *beneficio* de la jubilación y debía irme ese mismo día. Ni me

permitieron firmar las actas de exámenes del seminario de doctorado en Filosofía que acaba de tomar.

El proyecto y la realización de la película comenzaron después de la muerte de Fabiana. Un año y medio más tarde, cuando *Mujer nómade* estaba en posproducción, murió Gustavo. Antes de que se estrenara comencé a devenir ciega. En ese apagón de mi existencia pensé que mi vida pública había tocado su techo y me refugiaba en la privada. Pero la manera en que fue recibido el film me arrojó a un mundo que solo había visto, justamente, en las películas. ¿Es mi nuevo modo de ser en el mundo? No. Lo disfruto en su fugacidad. La tarea que realizamos con Martín produjo el milagro de que una vida se convirtiera en obra de arte. Esa realización fue mi manera proustiana de recuperar no ya el tiempo sino el sufrimiento perdido.

* * *

En la Grecia arcaica, si dos monarcas establecían un convenio, lo sellaban partiendo un ánfora por la mitad. Cada cual se llevaba una parte. Pasado el tiempo, si alguno de ellos necesitaba comunicarse con su aliado, enviaba a un mensajero con su fragmento. El destinatario, al recibirlo, lo unía con el que tenía. Si coincidían, tenía la prueba de la autenticidad del mensajero y del mensaje. La unión de los fragmentos era el símbolo de la verdad.

En los arcanos de la etimología de *símbolo* se encuentra la idea de que la unión de los fragmentos revela la verdad. Durante muchos años imaginé que algo similar ocurría en el transcurso de una vida: vamos esparciendo fragmentos, pero no dos sino varios. La verdad siempre se nos presenta desgajada del todo. Atisbamos apenas algunos sentidos, pero la mayoría se pierden. Trozos aislados, meras partes de una verdad fugitiva. He intentado aliviar las ansiedades de la existencia imaginando que, en algún punto del recorrido, las fracciones se unirían revelando la verdad completa, como Afrodita surgiendo de la espuma del mar. Pero ya tengo edad suficiente como para afirmar que no hay tal revelación totalizante. Partimos tan desnudos como llegamos.

Ahora que el final acecha, comprendo que no existe nada tan verdadero como la muerte y he recorrido lo suficiente como para preguntarme: *¿Esto es la vida?*, y responderme, ante la forzosidad de lo ocurrido: *¡Así la quise*. Ahora mi deseo se expande a imponderables futuros y a estas páginas que confío a quien lee y me permiten imaginar que el porvenir es largo.